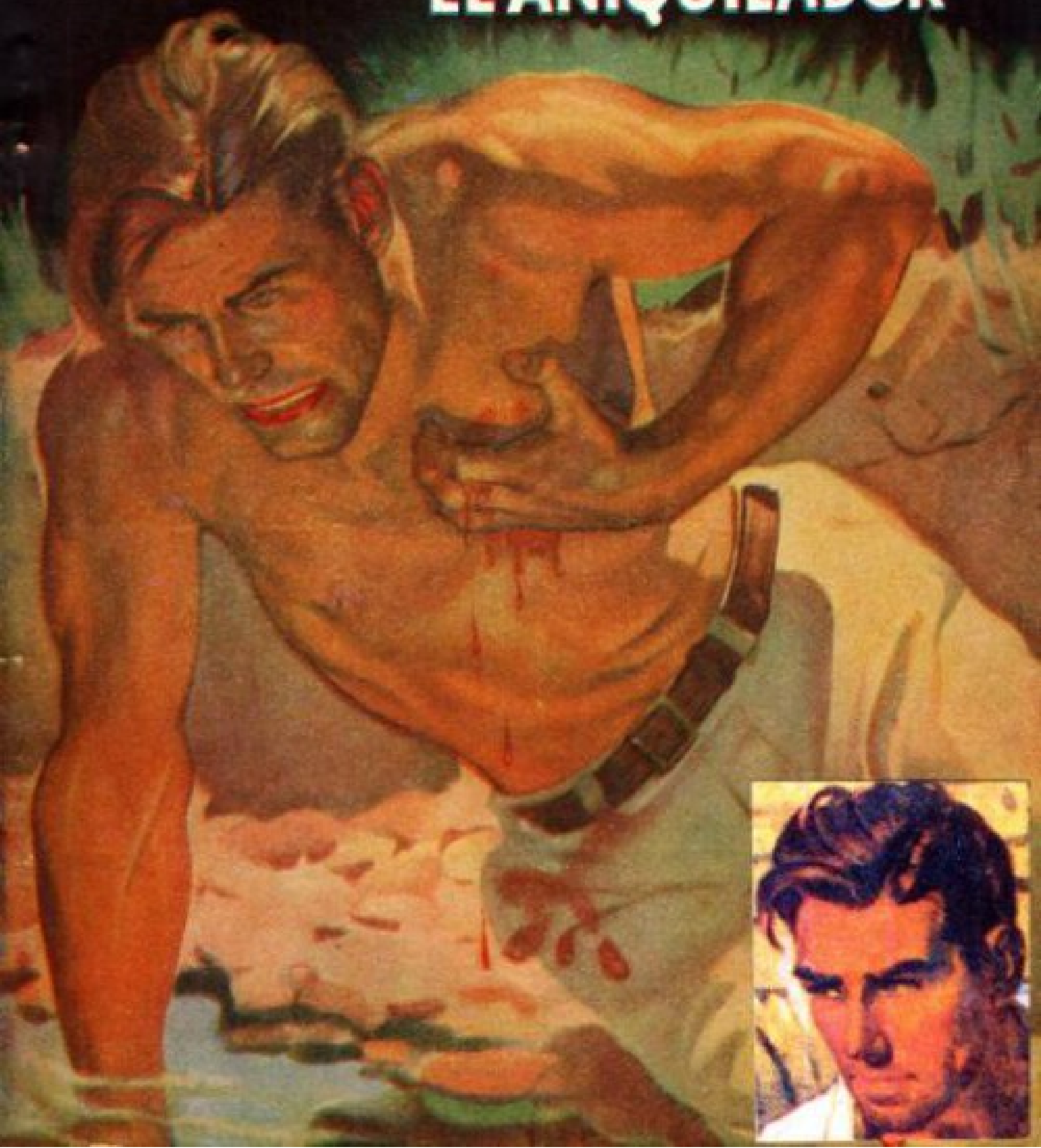
DOC SAVAGE

Por KENNETH ROBESON

EL ANIQUILADOR



El aniquilador

Kenneth Robeson
Doc Savage/23

CAPÍTULO I

LOS OJOS DESENCAJADOS

LA primera persona que miró con los ojos desencajados fue Juan Enrique Cowlton. Cowlton acababa de heredar, era un joven actor de la Park Avenue al decir de la nota cronológica publicada en los diarios de la mañana, al día siguiente de su fallecimiento.

Se le halló en el gimnasio de su estudio, poco menos helado que un témpano porque la noche había sido muy fría y estaban abiertas todas las ventanas. Su cuerpo de atleta ostentaba señales de violencia, pero sus ojos llamaban la atención.

Aquellas pupilas parecían deseosas de salirse de las órbitas, sin motivo aparente, en opinión del coroner. ¡Eran unas pupilas espantosas!

A aquella muerte singular sucedió la de Everett Bucket, cuyo cuerpo quedó exánime en el interior de la limousine que solía conducir de ordinario.

"Bucket de Sangre", apodo que le habían ganado sus operaciones, era corredor de bolsa en Wall Street. Su fortuna ascendía a cuarenta millones de dólares.

Su cadáver tampoco ostentaba señales de violencia, pero las personas que desfilaron ante él repararon, a simple vista, en la espantosa dislocación de sus pupilas.

Aquella dislocación era no sólo horrible; dio harto que hacer a los empleados de la funeraria.

Como es de suponer se relacionó esta muerte con la de Cowlton. Pero, lo curioso del caso era que no había otra relación entre los dos hombres, pues, ni siquiera se habían conocido.

Y, desde luego, nadie se atrevió a asociar con el de "Nutty" Olsen, los nombres del zorro de Wall Street y del actor de la Park

Avenue.

Este "Nutty" Olsen fue la tercera víctima y también se le descubrió, con los ojos desencajados, en su mísero y mal oliente cuchitril.

"Nutty" había corrido mucho. Su hoja de servicios era poco limpia. Incluso se le sospechaba autor del asesinato de su madre quien, en cierta ocasión, se atrevió a entregarle a la policía. Pero el hecho no se pudo probar.

Ahora bien: estos tres fallecimientos acaecieron en Manhattan.

El siguiente fue en el Bronx. A la sazón se comenzaba a insertar la noticia de muertes tan extraordinarias en la primera plana de los periódicos y las gentes ociosas se decían si no había estallado una nueva y misteriosa epidemia.

El hombre fallecido en el Bronx era un abogado, honrado a carta cabal, que tenía familia dilatada. Se le oyó gemir en su habitación. Cuando se acudió a socorrer estaba tendido en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos desmesuradamente abiertos.

Se publicó la noticia con grandes titulares, en una edición extraordinaria y de allí a poco, los más tímidos habitantes de Nueva York se dedicaron a mirarse a menudo al espejo para ver el estado de sus ojos.

Mas no era el caso para tomarlo a risa. De igual modo murieron un quinto y un sexto individuos de opuesta categoría social.

El séptimo en fallecer fue el profesor de una universidad urbana de las más importantes.

Otra vez se procedió a una investigación sin que ella descubriera la relación que pudiera haber entre aquellas siete personas difuntas: sólo que todos morían con los ojos desorbitados.

Acuciado por el alcalde, el jefe de policía envió a buscar a un especialista en enfermedades poco comunes, ya que ninguna de las víctimas del extraño mal presentaba en su cuerpo señal alguna de violencia. En cuanto los diarios parecían empeñados en soliviantar al público.

Ciertas personas de carácter medroso iniciaron la desbandada trasladándose al Sur de la Florida antes de tiempo; otras, se marcharon a Europa.

Las familias que tenían casa puesta en el campo se apresuraron a hacerle una visita. Hasta aquí, se preocupaban del caso únicamente

los tímidos y pusilánimes. Pero, antes de mucho cundió y se generalizó el terror en toda la ciudad.

En general se había creído en una nueva epidemia.

Mas no se estaba en lo cierto. Y hasta qué punto no se estaba en lo cierto sólo se supo más adelante. Fue descubierto después de los hechos acaecidos en la "Asociación para la defensa de la salud".

En dicha asociación había cierto despacho particular en cuyos cristales deslustrados se leía:

Dr. SULTMAN, presidente

Pues bien; una tarde se oyó gritar al otro lado de aquella puerta. La voz ronca de un hombre exclamaba:

—¡No! ¡Repito que no lo haré!

A continuación se oyó ruido de refriega y fue derribada una silla. El pomo de la puerta se movió como si alguien tratara de salir del despacho.

Las mecanógrafas dejaron de teclear en la gran oficina exterior y la rubia encargada del teléfono entreabrió los labios, dando al olvido su tarea maquinal de masticar goma.

A la sazón, un hombrecillo estaba sentado en uno de los sillones de cuero reservados a los miembros de la asociación. Tenía un periódico en las manos.

Al oír aquel ruido lo bajó un poco y miró por encima. Luego ocultó algo tras del diario, entre éste y su pecho. Tenía una untosa cabellera, las pupilas verdinegras, y vestía humildemente.

—¡Maldito bribón! ¡Déjeme salir! —rugió la voz al otro lado de la puerta.

Al propio tiempo sonó el fragor de una explosión y se rompió el cristal deslustrado.

El hombre que había hablado lo acabó de abatir con los puños, echó el abrigo color tabaco sobre los dentados bordes del hueco abierto y pasó por él a la oficina. No se molestó en recuperar el abrigo una vez que estuvo fuera.

Por el contrario, jadeando, corrió desalado en dirección a los ascensores. En su rostro se pintaba el horror.

Era calvo, rubicundo, rechoncho, y no parecía habituado a ejercicios violentos. Tenía grandes manos, de largos dedos, cuya piel fina en extremo denunciada su molicie.

El hombrecillo de cabello sedoso se levantó al verle aparecer,

dejó caer al suelo el periódico y le apuntó con un automático que ocultaba detrás del papel.

—¡Un momento, hermano!

El individuo rechoncho miró el arma, rápidamente se desvió a la izquierda y se dejó caer detrás de un largo diván de cuero.

—¡Socorro! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Socorro! ¡Llamad a la policía!

El hombrecillo torció la boca y aquella mueca prestó a su rostro diabólica expresión. Apuntando con el arma al diván comenzó a disparar. El automático saltaba y se estremecía en su mano después de cada disparo.

Gimieron las mecanógrafas; las nurses comenzaron a correr y la rubia encargada del teléfono se tragó la goma y trató de esconderse debajo del cuadro telefónico.

Cuando el hombrecillo hubo vaciado el automático insertó en la cámara un nuevo cartucho con la habilidad de un experto tirador. Y entonces dio una vuelta en torno al diván.

El hombre rechoncho estaba exánime, convertido en un montón de trapos, derramando abundante sangre por distintas heridas, pues las balas habían atravesado el cuero y el embutido del diván. Una vez más disparó, lentamente, y se estremeció la cabeza de su víctima mientras un pequeño agujero azulado aparecía en su frente, entre los dos ojos. Sólo entonces la abandonó el asesino y corrió a la escalera, junto a los ascensores.

Llegado al primer rellano se detuvo, retorciéndose, con un alarido.

Entre aullidos se mordía con tal fuerza los labios que un arroyo escarlata brotó, al cabo de ellos, deslizóse por su barbilla, y le tiñó de rojo cuello y pechera de la camisa. Se dobló hacia adelante, hirió el suelo con el pie repetidas veces y echó atrás la cabeza.

Y entonces, mientras la tenía así colocada, se hizo visible que algo les sucedía a sus pupilas. Fue como si una fuerza invisible, situada detrás de las órbitas, las obligara a desencajarse poco a poco.

El hombrecillo cayó al suelo, sobre el rellano, los ruidos gorgoteantes emitidos por la garganta se debilitaron, hasta que, antes de que hubieran transcurrido muchos segundos, cesaron del todo. Dejó de respirar y su cuerpo se mantuvo rígido, grotesco, en la

primera posición adoptada.

Los ojos se le salían fuera de las órbitas.

Solamente un tramo de escalera separaba las oficinas de la calle y unos pies pesados lo hirieron en el acto de ascender. Aparecieron dos agentes con las manos puestas en las caderas, sobre el revólver de reglamento.

Inmediatamente descubrieron sobre el descanso el cadáver del hombre.

—¡Diantre! —exclamó uno de ellos impresionado por las pupilas del muerto—. ¡Es ya el octavo!

Continuaron subiendo y entraron en la gran sala de recibo de la asociación.

En ella reinaba intensa excitación. Una de las mecanógrafas se había desmayado.

Los dos agentes les recomendaron, a voces, silencio, dieron la orden de que nadie saliera y uno de ellos se situó junto a los ascensores después de asegurarse de que no había puerta de escape en la oficina.

El otro agente sometió a breve examen al hombre rechoncho que había sido muerto a tiros detrás del diván.

El muerto tenía extendido uno de los brazos y la muñeca ceñida por una brillante banda de metal que, de momento, tomó el agente por un reloj de pulsera. Mas luego, tras de mirarlo más de cerca, vió que la banda terminaba en un disco redondo del mismo metal, que ostentaba una inscripción. Decía:

"De sucederle algo a este hombre, ponedlo en conocimiento de Doc Savage".

—¡Caramba, caramba! —exclamó atónito, el agente. Y corrió al teléfono.

La telefonista rubia estaba nerviosa y no pudo ponerle en comunicación con el número que solicitaba, por lo cual lo pidió él mismo tras de tantear, no sin cierta torpeza, el cuadro telefónico.

—Doc Savage al aparato —le dijeron, al cabo, desde el extremo opuesto de la línea.

La voz que le contestaba era tan poco corriente que, sorprendido, el agente guardó un silencio momentáneo. Su potencia y sonoridad eran tan extraordinarias, que ni aun después de pasar por el aparato podía éste desvirtuarlas.

—Aquí ha muerto un hombre-le notificó el agente —, cuya muñeca ostenta una placa de identificación en la que se lee el nombre de usted…

—¿Qué número lleva esa placa? —deseó saber Savage.

El agente se acercó al cadáver y examinó el disco de metal descubriendo en su reverso el número, que le había pasado inadvertido durante el examen anterior. Una vez que lo hubo leído volvió al teléfono.

—El veintitrés-dijo. Y aguardó un comentario.

Una cómica expresión de aturdimiento se reflejó a continuación en su semblante y, abstraído, alzó la mano y se frotó la oreja como si el órgano le jugara alguna de las suyas.

Motivaba la acción un sonido de los más extraordinarios que le habían llamado la atención en el curso de su existencia. Era una especie de trino fantástico, una nota cadenciosa, y sin embargo, desprovista de armonía, producida al parecer, bien por una brisa, que soplara por entre las frías aristas da un campo de hielo, bien por el gorjeo de un ave exótica tropical.

Aquel sonido subió de diapasón y se apagó de la misma misteriosa, manera que había surgido.

—Dentro de poco estaré ahí-dijo Doc Savage. Y no había señales de emoción en su voz extraordinaria.

El agente colgó el auricular, suspirando.

—¡Uf! Ese hombre sugestiona incluso cuando habla por teléfono-comentó.

El segundo agente, que se le había aproximado y oído parte de la conversación, interrogó:

—¿Quién es ese Doc Savage?

El primer agente pareció sorprenderse.

—Oye: ¿es que me tomas el pelo?

—Te diré-le explicó el otro —. He oído hablar de él pero confusamente. ¿En qué se basa la popularidad de que goza?

—¡Pues, casi en nada! En sus cualidades extraordinarias; en su fuerza, en su energía, en su talento. ¡Es un sabelotodo!

—Y ¿en qué se ocupa?

El primer agente se encogió de hombros.

—De la aventura en gran escala-explicó —. Le agrada la emoción. Y gusta de sacar a la gente de apuros. Devuelve sus tronos

a los reyes caídos e impide las guerras. Ese es su calibre.

El agente que le interrogaba dijo:

—Y para colmo le ayudan cinco pájaros de cuenta ¿eh?

—Sí. Son hombres de ciencia. Cada uno de ellos se halla especializado en una rama distinta del saber.

El otro agente le indicó, con la mirada, el cadáver y el teléfono.

—¿Por qué le has llamado? —preguntó.

—A causa de esa placa de identificación.

—¡Ah, ya! Pero, esa tarea le está reservada al inspector Humbolt. Le desagradará, sin duda, que llames a ese Doc Savage.

—¡Me importa poco! —replicó el primer agente—. Más bien ha hecho en el mundo ese Doc Savage, como le llamas, que diez hombres juntos... o que cincuenta cuyos nombres puedas citarme.

—De todos modos vas a ver la que va a armar Humbolt. Y lo mismo seria si hubieras llamado al alcalde o al gobernador, o a la marina. Rabiará y pataleará porque le agrada mandar, disponerlo todo.

—Bueno, deja que rabie-dijo, zumbón, al primer agente.

*****

El roadster tenía una amplia base para ruedas, pero no era ostentoso y su aspecto no ofrecía nada de extraordinario. Sólo un examen minucioso hubiera descubierto que tenía blindada de acero la carrocería y que sus neumáticos estaban rellenos de una llanta esponjosa refractaria casi por completo a las balas. Asimismo eran irrompibles los cristales del coche al que se había anexionado un aparato lanza-humo y lanza-gases.

Bajo el capot sonaba, sin estridencias, una sirena especial.

Seria difícil de precisar si esta sirena o el aspecto poco común, del hombre de bronce que conducía el roadster, era lo que a su paso motivaba una instantánea interrupción del tráfico.

Nosotros nos limitamos a anotar el hecho. Desde luego, la sirena era de un tipo igual al que usa la policía y además la placa de la matricula del coche constaba, sencillamente, de tres letras y un número: D O C 1.

Más de cuatro peatones reconocieron al hombre de bronce, cuya fotografía aparecía, con frecuencia, en diarios y revistas y cuyo nombre surgía de continuo, en letras de molde.

—¡Ahí va Savage! —exclamaba una determinada persona; y en

el acto corrían todas hasta la esquina para echarle un vistazo.

El roadster era un coche grande, un coche en el cual hubiera parecido pequeño un hombre de estatura y volumen corrientes. Pero el hombre de bronce poseía la figura de un gigante, aun en el descubierto roadster.

Una tremenda fuerza muscular era aparente en sus manos vigorosas y en los tendones verticales de su cuello, que eran como cables protegidos por una chapa de bronce.

Este motivo del bronce repetiase en todo su cuerpo, ya que su piel extraordinariamente fina tenía un tinte metálico debido a una larga exposición a la intensa luz solar; su cabello, liso y adaptable que le ceñía la cabeza, semejante a un casco dorado, era de un matiz poco más oscuro; el color castaño apagado de su traje de diario se sumaba a aquella sinfonía de metal.

Quizá fueran los ojos del hombre de bronce el rasgo más saliente de su persona. Eran muy singulares, fantásticos casi, como dorados lagos chispeantes movidos, de continuo, por ligera brisa. Y además hipnotizaban.

No se había puesto sombrero y sus pupilas erraban de aquí para allá sin que, al parecer, se fijaran ni una sola vez en el volante sino en las calles que atravesaba el coche. Sin embargo, a pesar de aquella aparente indiferencia, su manera de conducir denotaba la pericia de la persona segura de sí misma.

AL llegar frente al edificio donde estaba instalada la asociación para la salud física, aproximó el coche a la acera y paró el motor.

El hombre de bronce alzó la musculosa diestra bronceada y oprimió un botón. Del altavoz de un aparato de radio se derramó en el interior del coche toda una serie de chasquidos apagados que, gradualmente, aumentaron de volumen sonoro, al propio tiempo apareció en la mano bronceada un micrófono minúsculo.

—¡Monk! ¡Ham!

Una voz que, en apariencia, salía de una boca infantil surgió del altavoz.

—Nos hallamos a tu espalda, Doc —dijo—, separados por unas pocas manzanas de casas...

—¿Está Ham contigo? —interrogó Doc.

—¿El picapleitos? Si, él me acompaña.

—Bien. Esperadme en la calle-dispuso Doc en voz baja.

—Comprendido-repuso la voz infantil de Monk —. ¿Qué sabes respecto a la asociación para la salud?

—Poca cosa-replicó el hombre de bronce —. La dirige un tal mister Sultman, su fundador, y ha sido creada para el examen sanitario de sus miembros. En esto estriba el negocio de Sultman, precisamente.

Monk deseó saber:

—¿Tienes idea de lo que significa el drama desarrollado en ella?

—Ni la más mínima-replicó el gigante de bronce; y cerró la llave del aparato de radio.

En cuanto hubo sentado el pie en el edificio, captaron sus oídos un zumbido prolongado, el murmullo de muchas voces perplejas. Un médico forense examinaba a la sazón, el cuerpo tendido en el primer rellano de la escalera.

Vió entrar a Savage y le dedicó un saludo respetuoso.

—¿Qué es lo que le ha matado? —interrogó Doc Savage, señalándole con el gesto al cadáver.

—¡Lo ignoro totalmente! —replicó, sin vacilar, el forense—. El caso me tiene perplejo, pues es igual a los siete que ya conocemos.

El hombre de bronce guardó silencio, pero, se arrodilló junto al muerto dispuesto, por lo visto, a hacerle un reconocimiento.

Simultáneamente sonaron pasos en la escalera. Alguien bajaba del primer piso. Doc no se molestó en volver la cabeza.

El recién llegado era un mocetón casi tan corpulento como el propio Savage, tenía unos pies enormes y andaba como si le lastimaran. Su rostro producía en el observador la impresión de que no había en él más que mandíbulas.

Llegado a espaldas de Savage le puso, pesadamente, una mano en el hombro. Aquella mano era roja y huesuda con una piel semejante por el grosor a la piel del rinoceronte.

—¿Qué hace usted aquí? —gruñó—. ¡Sepárese de ese cadáver!

Doc se puso de pie, pero el mocetón no le quitó la mano de encima. La dejó resbalar y sujetó a Doc por un brazo. Al comprobar la dureza de aquel miembro se reflejó en su semblante de perro dogo, la sorpresa leve que le invadía. Luego a la sorpresa sucedió el asombro. Con pasmosa facilidad se había librado Doc de la sujeción a que le tenía sometido.

Embobado se contempló la muñeca donde unas pálidas manchas

indicaban el lugar elegido, de momento, por Doc para apoyar sus dedos. Movió los dedos y pareció sorprenderse de que no hubieran perdido el movimiento.

De pronto soltó un rugido, sacudió el brazo y, como por encanto, su diestra apareció armada de un revólver. Era probable que el arma hubiera pendido hasta entonces de un gancho o descansado en un bolsillo interior de la manga.

—Eres fuerte, ¿eh? —gruñó.

—¡No sea bobo, Hardboiler! —le advirtió, atragantándose, el forense—. El señor es Doc Savage.

—Sí, ya lo sé-tronó Hardboiler —. Es un entrometido y un mal enemigo ya que hace desaparecer misteriosamente al atrevido que osa hacerle frente.

El forense observó:

—Doc Savage desempeña el cargo honorífico de inspector de policía, téngalo en cuenta.

—Sí, ya lo sé-gruñó otra vez el mocetón. Se inclinó y con la culata del revólver dio leve golpecito en el pecho de Savage.

—Escuche: mis deberes me han impedido ocuparme de usted como era mi deseo-le dijo, —pero he oído hablar de usted y si no me engaño los dos nos conocemos de vista. Usted sabe, sin duda, que soy agente de policía y hombre de pelo en pecho; por lo menos de tal se me califica en los periódicos ¡malditos sean! Yo sé que usted es un ser misterioso, que tiene enemigos y que éstos han tratado de matarle en diversas ocasiones, pero usted sabe desembarazarse de ellos… a espaldas de la Ley. Ahora bien: esto no me gusta, ¿entiende? Y de hoy en adelante le aconsejo que cuando alguien pretenda matarle de un tiro, llame a un agente y ponga en sus manos al presunto asesino. ¡Actúe usted como todo el mundo!

—O dicho de otro modo: debo dejar que la policía libre mis batallas ¿no es eso? —interrogó Doc.

—Llámelo como quiera-replicó Hardboiler con un expresivo fruncimiento de cejas —. Las leyes se han hecho para castigo de los delincuentes. Y otra cosa voy a decirle: repórtese y no tendrá que librar batallas.

Doc le preguntó en tono seco:

—Así, usted me toma por un bribón. ¿Me equivoco?

Hardboiler le lanzó una mirada fulminante.

—¡Yo no me ando con rodeos! —exclamó—. Digo lo que siento.

Doc replicó:

—¡Pues dígalo de una vez!

Balanceando el revólver como para apoyar con el balanceo cada una de sus palabras tronó el mocetón:

—¡Repito que actúa usted a espaldas de la Ley! Y que por ello se expone a una detención. Las leyes se hicieron para el castigo de los criminales. ¡Y no me venga con el cuento de que la Ley es imponente, hoy día, porque eso no es cierto! ¡Dejemos que siga su curso y ya se verá!

Doc observó:

—Yo no discuto eso.

Hardboiler alzó la barbilla con aire de reto.

—Pues yo sé que a menudo se constituye en juez, jurado y verdugo, todo en una pieza-replicó —, y no estoy dispuesto a tolerarlo. Como vuelva a escurrirse, le haré sufrir un escarmiento. Mi obligación es arrestar a los indeseables de esta ciudad y cumpliré con ella. Además, no soportaré que se metan en mi trabajo.

Doc murmuró imperturbable:

—Comprendido.

Hardboiler se engalló un poco más al añadir:

—Y ahora le recomiendo que conteste con franqueza a las preguntas que le dirigiré dentro de poco. Bueno-añadió variando de tono —. Aquí se han cometido dos asesinatos. Una de las víctimas es la octava de la serie misteriosa de muertes acaecidas en estos días y que comienza a tenernos preocupados...

—Ya, ya...

—La otra se encuentra en el primer piso. Suba y examínela. Quizá pueda identificarla...

El forense maniobró de tal suerte que, logró unirse a Doc mientras subía la escalera.

—Ese Hardboiler es todo un carácter-comentó —. ¿Querrá decir que ha insultado al presidente? Tiene la piel muy gruesa, pertenece a la antigua escuela y desde que se le ha encomendado la vigilancia de una parte de Manhattan, viene haciendo en ella prodigios de limpieza. Pero en cuestión de los deberes anexos a su cargo de agente, tiene una verdadera fobia. Según él ha de cumplirse la Ley al pie de la letra.

—Conozco su hoja de servicios-replicó fríamente Doc —. Es el hombre que necesita Manhattan.

El forense se echó a reír.

—¡Y pensar que estuvo a la sombra, en cierta ocasión, por zurrarle al alcalde! —comentó—. La culpa fue suya, no obstante, por defender a un amigo que había infringida las leyes de la velocidad. ¡Es todo un hombre! Lástima que le duelan siempre los pies porque esto le hace andar mal.

Hardboiler se aproximó al cadáver del individuo calvo, rechoncho, muerto a tiros, y preguntó a Doc Savage:

—¿Quién es?

—Se llamaba Leandro Court-replicó el hombre de bronce.

—¿En qué se ocupaba?

—Era médico cirujano.

—¿Cómo ha llegado a engancharle?

Las doradas pupilas del hombre de bronce despidieron acerados reflejos.

—No comprendo-dijo.

—Este hombre lleva una placa de identidad en la muñeca-explicó Hardboiler —, en la cual ruega se ponga en conocimiento de usted cualquier accidente que pueda ocurrirle. ¿Cómo ha sido eso?

—Me niego a responder —dijo Doc.

Hardboiler le miró iracundo.

—Oiga: ¿es que no le ha hecho efecto la repulsa que acabo de hacerle? ¡Coopere conmigo o lo pasara mal!

El forense le gritó:

—¡No sea bobo, Hardboiler! ¡Se va a poner en ridículo!

Hardboiler gruñó arrugando la frente:

—Me desagradan los métodos empleados por mister Savage y no me muerdo la lengua. Es preciso que lo sepa. Además estimo que su obligación es responder a mis preguntas. Este crimen obedece a razones secretas y deseo saber cuáles son. También quiero saber por qué se ha asesinado a las otras siete personas.

—Pues bien: puedo afirmar-replicó Doc Savage —, que ignoro lo que ha motivado el asesinato de Leandro Court y de las siete personas mencionadas.

—¡Bueno, bueno! Ahora, dígame: ¿por qué llevaba esa placa de identificación? —insistió Hardboiler.

Doc fingió no haber oído.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí? Veamos… —interrogó a su vez.

El médico forense, confuso por la actitud que asumía Hardboiler se apresuró a responder:

—Pues, de acuerdo con la entrevista concertada de antemano, con la encargada, llegó hará cosa de una hora, a este despacho, ese desgraciado, Leandro Court, diciendo que deseaba ver a mister Sultman, presidente de la Asociación, y la encargada le acompañó al despacho.

"Mister Court permaneció algún tiempo encerrado con mister Sultman. Luego, a gritos, comenzó a pedir que le dejaran salir del despacho, que se negaba a hacer no se sabe qué, y rompiendo el cristal de la puerta, salió a esta oficina donde el individuo muerto en el rellano de la escalera hizo fuego sobre él.

—¿Cuándo apareció ese individuo? —inquirió Savage.

—Poco después de la llegada de Court-respondió el forense —. Es posible que le viniera siguiendo.

El hombre de bronce hizo un gesto de conformidad.

—¿Y después?…

—Después de haber hecho fuego sobre Court el hombre huyó. Bajó veloz la escalera, llegó al primer rellano y murió, presa al parecer, de un ataque. Esto es, sobre poco más o menos, lo que se ha logrado reconstruir del reciente drama.

Doc le señaló la oficina.

—¿Con quién hablaba Court antes de abandonar esta sala?

—Eso es un misterio.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no había nadie en el despacho.

Doc Savage se acercó a la puerta y miró por el hueco dentado que dejaba la rotura del cristal. La pieza que se extendía el otro lado estaba apenas amueblada y en la fachada se abría una sola ventana.

Como había dicho el forense, estaba desierta. Doc probó a abrir la puerta.

Pero resistió a todos sus esfuerzos.

—La cerradura es especial-observó el forense —. Es de resorte y tiene que abrirse, a un tiempo, con llave, desde uno y otro lado de

la puerta.

Savage le preguntó:

—¿Está seguro de que ninguna persona determinada salió de aquí, valiéndose de la agitación provocada por el crimen?

—Hubiera tenido que encaramarse hasta el techo para pasar inadvertida-replicó el forense.

El hombre de bronce volvió a examinar la puerta. Más allá estaba la ventana cerrada con un candado. Era, pues, imposible de todo punto que nadie hubiera salido por allí.

—¡Qué misterioso es todo esto! —exclamó Doc.

—Sí, pero no lo es tanto como que usted se niega a decirnos por qué llevaba Court una placa de identificación-interpuso, malhumorado, Hardboiler.

—¿Qué ha sucedido aquí? —interrogó en voz alta una persona desconocida.

CAPÍTULO II

SE BUSCA LA SOLUCIÓN DEL MISTERIO

ERA un individuo corpulento, de cabellos ensortijados y revueltos que lucia un ridículo bigotillo estilo Charlot. Vestía un traje a cuadros, muy llamativo, que armonizaba de manera increíble con la revuelta cabellera.

—¡Eh, polizontes! ¿Qué hacen aquí? —dijo con marcado acento extranjero. A poco reparó en el cadáver de Court y balbuceó:

—¿Quién lo ha matado?

Hardboiler se le aproximó preguntando:

—Y usted ¿quién es?

El agente de guardia situado junto al ascensor, le gritó desde la escalera:

—Dice que es Yanko Sultman, presidente de la Asociación. Por ello he creído oportuno dejarle pasar.

Doc Savage interrogó de pronto:

—Sultman; ¿para qué vino a verle Leandro Court?

Sultman se quedó perplejo. Sus dedos se crisparon, extendió un brazo, y se alisó, abstraídamente, el cabello.

—¿Leandro Court? —murmuró—. Lo siento, señores, pero es la primera vez que oigo ese nombre y ese apellido.

—¿Tampoco le conocía? —preguntó el hombre de bronce; y le señaló el cadáver.

Sultman sacudió, enérgico, la cabeza.

—¡No le he visto jamás!

Hardboiler Humbolt miró ceñudo a Doc, que asumía el interrogatorio y se interpuso entre el hombre de bronce y Janko Sultman.

—La telefonista ha declarado que Leandro Court entró en esta

oficina y que manifestó estar citado con usted, por lo que deseaba aguardarle en su despacho particular-dijo al presidente con voz sonora.

—¡Qué raro! —exclamó Sultman—. Jamás he visto a este hombre, créalo usted.

Hardboiler se apoyó sobre un pie y luego sobre el otro, como si ambos le dolieran y dijo:

—Por lo visto nadie sabe lo ocurrido... ¡excepto usted! —terminó dirigiéndose a Savage.

El hombre de bronce le indicó con un gesto la puerta destrozada.

—Si me lo permite haré una pequeña prueba-declaró.

—¿Se trata de uno de esos trabajos detectivescos que le han dado tanta fama?

—Es posible-admitió Doc.

—Bueno. Haga lo que guste, pero antes hablemos claro.

—¿De qué?

—Queda detenido provisionalmente por el hecho de negarse a declarar.

Todos, a excepción de Doc Savage, se mostraron sorprendidos en extremo y el hombre de bronce interrogó en voz baja:

—¿Qué le oculto yo?

Hardboiler tendió la mano y le señaló el cadáver acribillado de Court.

—¿Por qué lleva esa placa de Identificación? —interrogó.

Doc Savage se condujo como si no hubiera oído la pregunta y propuso:

—Examinemos el despacho donde estuvo aguardando Leandro Court.

Hardboiler profirió un juramento y gruñó:

—Ya descubrirá que no soy un muñeco al que se puede zarandear-y les precedió en el camino que llevaba al despacho de donde saliera, tan atropelladamente, el ahora difunto Leandro Court.

De uno de sus bolsillos sacó Doc una pequeña lata perforada y le dio media vuelta a la tapa de una manera que quedaron abiertas las perforaciones, como en un salero.

Luego bajó las persianas de la ventana y se hizo de noche en el despacho.

Fuera seguía imperando la luz crepuscular de una helada tarde de otoño.

Doc sacudió la lata junto al suelo y de ella se desprendió como un fuego liquido. Eran unos polvos luminosos como el fósforo que se apagaron al ponerse en contacto con el entarimado, excepto en distintos puntos determinados hollados, al parecer, por unos pies.

Las huellas demostraban que había entrado una persona en el despacho y ocupado, allí, una silla. De la silla habíase aproximado la persona al lugar del teléfono y de aquí se había dirigido a la puerta.

Pero desde el teléfono a la puerta en cuestión, aparecían las huellas muy espaciadas como si la persona hubiera volado más que corrido.

Doc tomó el receptor, escuchó un instante y lo volvió a colgar de su gancho.

—Es una línea exterior que no pasa por el tablero de la central-explicó —. Esto aclara lo sucedido. Leandro Court aguardaba sentado en esa silla cuando le llamaron por teléfono. El se excitó, dio voces y rompió el cristal de la puerta a fin de salir cuanto antes del despacho.

—¡Bah! ¡Cuentos! —exclamó Hardboiler—. No hay hombre que grite a causa de una llamada telefónica.

Doc Savage se guardó la caja en el bolsillo.

Hardboiler la señaló, interrogando:

—¿Qué preparado es ese?

—Un polvo que brilla o resplandece expuesto al aire-replicó Doc —. El más ligero contacto remueve las partículas de que se compone y expone al aire nuevas capas, que brillan a su vez.

—Pero, ¿qué es lo que ha originado la aparición de esas huellas? —persistió el agente de policía.

—El peso de Leandro Court oprimió las fibras de la alfombra a su paso-dijo Doc —. Estas fibras van levantándose, ahora, poco a poco, pero su movimiento basta para remover los polvos, que, a su contacto, resplandecen y señalan las huellas dejadas por los pies del desdichado.

—¡Maldito sea! —gruñó Hardboiler—. Yo creía que...

Le interrumpió un crujido que procedía de la ventana. De ella se elevaron como de un geiser partículas de cristal brillantes como

gemas.

Al propio tiempo Yanko Sultman, presidente de la Asociación para la salud, lanzó un alarido aterrador y cayó a tierra. Un tortuoso hilo de sangre surgió de entre su poblada cabellera y formó un charquito en la alfombra.

Hardboiler dio un salto que le elevó lo menos un pie en el aire, rugió: "¡Han disparado sobre él!" Y corrió a la ventana. Vivamente alzó el bastidor y se inclinó sobre el alféizar, pronto a hacer fuego.

El arma que sacó de un bolsillo interior de la chaqueta, no era de reglamento sino una pistola del calibre veintidós similar a las que se utilizan para tirar al blanco. Con ella en la mano examinó la calle de una ojeada dirigida primero a la izquierda, luego a la derecha.

—Por la calle baja un coche-anunció a sus acompañantes —, pero ni el tiro se ha disparado desde la calle ni el tirador ha tenido tiempo de meterse en un taxi.

—¿Qué clase de coche es ese? —interrogó Doc Savage.

—Un coupé gris-dijo Hardboiler. Rápidamente se apartó de la ventana y blandiendo el revólver se situó, de un salto, junto a la puerta del despacho.

—¡Usted quédese, Savage! —aulló—. ¡Recuerde que continúa detenido!

Y atravesó el umbral con la rapidez de un cohete.

Avanzaba a saltos como quien atraviesa terreno candente. Su manera de andar y las zapatillas de piel que calzaba denotaban el estado lamentable de sus pies.

Doc permaneció junto a la ventana sumido en una momentánea contemplación. Luego avanzó hasta colocarse junto a Sultman y miró el redondel abierto por la bala en el cristal de la ventana. El redondel seguía una línea recta con la parte alta del edificio que tenían delante.

—Es raro que no hayamos oído la detonación-observó el forense.

El hombre de bronce no replicó. Se inclinó sobre Sultman y le separó los cabellos, Luego, con toda su fuerza, le aplicó en la mejilla un bofetón.

Sultman lanzó un gemido, se movió, y poco después estaba sentado y agitaba los brazos. Tenía los ojos nublados.

—¡Boke! —murmuró con lengua tartajosa.

—¿Quién es Boke? —inquirió Doc.

Se disipó la nube de los ojos de Sultman, que se cogió la cabeza con ambas manos.

—¡Joke! —gimió—. Decía que no ha sido una broma lo del disparo. Pero, usted no me ha entendido bien.

—¿Quién habrá sido la persona que ha hecho fuego sobre usted? ¿Por qué habrá intentado matarle?

Sultman meneó la cabeza y repuso con tono lastimero:

—No lo sé. La verdad es que lo ignoro.

Doc pasó a la oficina sin dirigirle más preguntas y la encontró, otra vez, en efervescencia. Dos mecanógrafas gemían, presa de ataques de nervios y la rubia encargada del teléfono declaraba en voz alta que iba a presentar la dimisión de su empleo.

—Me voy. Ya estoy harta de estar aquí-lloriqueaba —. ¡Vaya usted a saber a quién le tocará ahora!

Doc se dirigió al ascensor y el agente de guardia le detuvo, diciendo:

—Lo siento, pero Hardboiler me ha ordenado que no le deje salir.

El hombre de bronce hizo un gesto de resignación y se dedicó a recorrer el piso sin deliberada intención, aparentemente. Asomó la cabeza a las pequeñas habitaciones donde se sometía a un examen médico a los miembros de la asociación y pasó por delante de médicos y enfermeras sin dirigirles la palabra.

Abajo, en la calle, sonaban a la sazón los silbatos de alarma de la policía.

Doc penetró en un lavabo cuya puerta cerró tras de sí y abrió la ventana diminuta. Daba a un patio exterior. Doc reparó en que no había allí la usual escalerilla de incendios, pero así y todo, salió al exterior escurriéndose por el hueco abierto, con pasmosa agilidad.

EL noventa y nueve por ciento de los espectadores que, en otra ocasión, hubieran presenciado la hazaña, hubiera jurado que ni para un gato era posible el ascenso de aquel muro. Mas el gigante de bronce la escaló valiéndose de un expediente sobrenatural, al parecer; sostenido, en realidad, por la fuerza de sus músculos y el apoyo que le prestaban las estrías esculpidas entre uno y otro ladrillo.

Llegado a lo alto recorrió los tejados. Buscaba una claraboya. AL

cabo descubrió una bajo la cual estaba un artista pintando. Sorprendido trazó, con su pincel, una raya en el cuadro mientras Doc rompía la claraboya y se dejaba caer, de un salto, a su lado. Mientras miraba con la boca abierta, el hombre de bronce salió del estudio.

Repuesto de su sorpresa le gritó el artista:

—¡Eh! Venga a posar aquí y le daré cien dólares!

Como no obtuvo respuesta corrió, desalado, a la puerta, sin ver a nadie.

Gruñendo volvió a situarse junto al cuadro. Era un esbozo inacabado de una figura de Hércules que tenía un coche de marca en la mano. EL esbozo estaba destinado a figurar en un poste de anuncios.

—¡Qué lástima! Acabo de perder un soberbio modelo —se dijo, desconsolado, el pintor.

Un vigilante del cuerpo de policía deambulaba en el punto mismo dónde se hallaba, estacionado, el roadster de Savage. De su actitud se deducía que estaba allí para vigilar el coche.

Daba vueltas y más vueltas en torno a él, haciendo girar la porra entre los dedos y le observaba con minuciosa atención. Había comprendido, sin duda, que no era un coche corriente de los que se construyan en serie.

A su espalda-quizá al otro lado de una puerta-sonó, inesperadamente, una voz imperiosa. La voz le ordenó:

—¡No se ocupe tanto del coche! Baje la calle y ayude a esos muchachos que andan detrás del que ha disparado.

El vigilante saludó, muy tieso, y echó a andar. Creía reconocer la voz.

Dobló la esquina, dio unos cuantos pasos... y se halló frente a frente de Hardboiler.

—¡Diantre! ¿Cómo es que le hallo aquí? —exclamó estupefacto.

—¿Qué significan esas palabras? —gruñó Hardboiler.

El vigilante blandió la porra.

—Usted acaba de ordenarme que abandone el roadster-explicó —, y cuando me lo ordenó estaba detrás de mí. De aquí mi sorpresa.

—¡Qué iba a estar! —protestó Hardboiler. Y dobló de un vuelo la esquina. De pronto se paró en seco y comenzó a proferir maldiciones.

¡El roadster había desaparecido!

—¡Idiota! ¿No le ordené que vigilara el coche? —dijo al vigilante de policía.

—Sí, pero también acaba de ordenarme que le abandone.

—¡Yo no he dicho eso! ¿Piensa, tal vez, que soy un embustero? —rugió Hardboiler.

—No, señor. Sin duda he oído mal-replicó, con prudencia, el vigilante.

Cuando varias manzanas le hubieron separado del lugar donde se alzaba el consultorio, Doc Savage penetró con el coche en la hilera originada por el tráfico urbano de última hora.

El gigante de bronce era hombre de ingenio feraz. Con frecuencia apelaba a mil ingeniosos recursos y, entre otras cosas, era hábil mímico y ventrílocuo.

De aquí que, sin mucho esfuerzo acababa de imitar la voz áspera de Hardboiler para que el vigilante se apartara del roadster.

De vez en cuando inclinaba el cuerpo y llamaba por el aparato de radio: ¡Monk! ¡Ham! —sin que hasta el momento hubiera recibido una respuesta.

El aparato era de onda corta y, a pesar de lo reducido de su volumen tenía potencia más que suficiente para que Doc comunicase con sus amigos a larga distancia, no obstante las condiciones poco favorables que dificultaban la operación, dada la prodigiosa altura de los rascacielos.

Al cabo de un rato tornó a llamar:

—¡Monk! ¡Ham!

La voz infantil del químico contestó por al altavoz:

—¡Presente, Doc!

—¿Habéis logrado dar con la pista del que disparó?

—Le tenemos localizado-replicó Monk —. En este momento y metido en un taxi baja por el Boradway.

—Bien. ¡No le perdáis de vista! —recomendó Savage.

Ahora el hombre de bronce movió el volante, el coche se desvió hacia la derecha y poco después atravesaba el rico cañón de la Park Avenue, pasando por delante de imponentes edificios donde se hospedaban más multimillonarios en una sola manzana que quizá, en ninguna otra calle del continente.

Poco después se detenía el roadster ante un rascacielos suntuoso,

ultra moderno, que se alzaba en el punto más elegante de la avenida. Dos porteros vestidos de flamante uniforme saludaron y acompañaron a Doc hasta la sala de recibo, situado en la planta baja, y allí le salió al encuentro una joven exquisita muy bien vestida, de rojo cabello, que con tono cortés le preguntó qué deseaba.

—Pues vengo a ver a Pat-repuso Doc sencillamente.

La belleza, a estilo Ticiano, de la muchacha, fue eclipsada totalmente por la hermosura de la que entró, a poco, en la sala.

Era ésta una mujer alta, divinamente formada, estupendamente vestida.

Sobre todo, llamaba la atención, el color particular de sus cabellos cuyo matiz bronceado era similar al de Doc Savage. La cola de su vestido de noche le prestaba regio aspecto.

Varios caballeros que aguardaban, como Doc, en la sala de espera, suspiraron al aparecer la bella de los cabellos de bronce.

—¡Hola, Pat! —dijo Doc.

Pat interrogó:

—Bueno: ¿quién trata ahora de matarme?

Pat, o Patricia Savage, como se llamaba en realidad, era la prima del hombre de bronce. Le agradaban las emociones fuertes, y desde largo tiempo atrás venia pidiendo que se la sumara al grupo compuesto por Doc y sus cinco ayudantes.

Teniendo en cuenta loa peligros que para ella hubiera supuesto una asociación semejante, Doc se había negado a darle el gusto. Mas con frecuencia apelaba a su ayuda. Entre aventura y aventura, se dedicaba, Pat a regentear la actual combinación que representaban al gimnasio y el salón de belleza.

—Bueno ¿quieres ayudarme? —volvió a preguntar Doc.

—Eso equivale a preguntarme-replicó, Pat —, si deseo que me peguen un tiro, que me den de puñaladas, que me ahoguen, o den algo por el estilo. Mas, en fin, te prometo mi ayuda. ¿Contra quién luchas en este momento?

—Lo ignoro —repuso Doc.— Esta vez se trata de un asesinato de lo más misterioso. Figúrate que un individuo desconocido acaba de matar a Leandro Court, tras de lo cual él mismo ha sido víctima de un ataque singular; se ha desplomado en tierra con los ojos desencajados. Es una muerte poco común.

—¿Sabes qué es lo que la origina?

—¡No! —se apresuró a responder Doc.

—¡En ese caso sí que es poco común! —murmuró Pat—. ¿Y qué papel tendré yo en ese asunto?

Doc Savage le dio una somera explicación de lo ocurrido.

—Janko Sultman es el presidente de la asociación de salud física-dijo para concluir —, y deseo que la visites y trates de recoger los informes que puedas.

—¿Quieres decirme cómo debo componérmelas para darte gusto?

—Tu ingenio es excelente. Ponlo en juego-replicó Doc —. Pero, sobre todo, vigila a un tal Hardboiler Humbolt que es hombre duro y agente de policía.

—Le conozco por lo que se cuenta de él en los periódicos —observó sonriendo Patricia—. ¡Vaya tío! Su sola presencia es capaz de asustar a cualquiera. Y por ello no mc extraña que el alcalde le haya confiado la misión de limpiar de maleantes la isla de Manhattan.

—¡Si, si, es tremendo! —convino Doc—. ¡Figúrate que me ha detenido a mí!

—¡Bondad divina! Y ¿por qué? —exclamó Pat.

—Pues, porque me sometió a un interrogatorio-explicó Doc en tono seco —, y no pudo sonsacarme. Desea saber algo que no debe divulgarse, de momento.

—¿Y es...?

—La relación que tenía conmigo Leandro Court.

El rostro de Pat se nubló de repente.

—¡Oye, Doc! ¿es que alguien intenta...?

—Todavía es pronto para afirmarlo-replicó él, interrumpiéndola, —y por ello tengo que entrar en campaña.

El roadster blindado le llevó, rápida y silenciosamente, hacia el Sur. Entre tanto, abrió la llave del aparato de radio y del altavoz se derramó en el interior del coche la voz débil de Monk, que se apresuró a darle explicaciones.

—Nosotros, Ham y yo-declaró, —estábamos en la calle, frente a la asociación, cuando oímos la apagada detonación de un rifle y el impacto de la bala en el cristal de una ventana del edificio. Decidimos que el disparo venia del tejado de la casa de enfrente y

que, en este caso, el que había disparado, saldría a la calle por una casa de la manzana contigua. En consecuencia nos apostamos junto a ella y, en efecto, vimos salir al hombre. Es un individuo delgaducho cuyo rostro se asemeja al de una bruja del viejo Salem. AL salir de la casa llamó un taxi y en él va, actualmente. Lleva metido el rifle en la caja del trombón.

—¿Dónde estás tú ahora? —deseó saber el hombre de bronce.

Monk le indicó una calle de la parte baja de la ciudad.

Doc describió un ángulo, marchó en dirección a la isla de Manhattan, tomó por la vía del tren aéreo hacia el Sur, salió a Canal Street y la halló atestada de taxis, de camiones, de carros tirados por percherones.

Un grito le llamó la atención. Luego sonó en el altavoz la vocecilla excitada de Monk.

—¡El hombre se apea del taxi!

—Bueno. No le pierdas de vista-le advirtió Savage.

—¡O. K.! —dijo Monk—. Ahora entra en un almacén.

—¿Puedes vigilar todas sus puertas?

—¡Tú lo dices! —repuso la voz confiada del químico—. Justamente nos hemos estacionado en la esquina más próxima. El hombre ha entrado a comprar algo, sin duda.

Los pocos segundos que sucedieron a la última frase emitida por el altavoz, no aportaron un nuevo cambio a la situación. Doc Savage captó, en el ínterin, una serie determinada de palabras sarcásticas cambiadas entre la voz atiplada del químico y la sonora de Ham, propia de un orador. Los dos caballeros disputaban como si estuvieran a punto de llegar a las manos.

Doc Savage se hizo el sordo. Despreciaba aquella verbal hostilidad a la que ya estaba habituado. Nadie que conociera a fondo a la pareja podía afirmar que la había oído sostener una conversación cortés.

Discutían, de continuo, por cualquier motivo, mas, su amistad era tan inquebrantable, en el fondo, que cada uno de ellos se hubiera sacrificado gustoso, por el otro.

Así, concentró la atención en cruzar por entre una flotilla de cargados camiones que, evidentemente iban a depositar sus mercancías en los centros detallistas anexos a la ciudad.

Inesperadamente, como una explosión sonó la voz de Monk en el

altavoz.

—Eh, tú, ¿qué idea te ha dado de…?

Una voz ronca, totalmente desconocida, le contestó:

—¡Babiecas! Habéis estado siguiendo a una persona que no es la que os interesa…

Doc aplicó atento oído pero, casi al momento, salió del altavoz un fuerte chasquido y tras de él un gemido prolongado, penetrante, una queja plañidera que ponía los pelos de punta. Indicaba que le había sucedido algo al aparato transmisor del coche ocupado por Monk y Ham.

CAPÍTULO III

LA REUNIÓN DE BOKE

EL hombre que había disparado era muy flaco. La naturaleza lo había dotado de un par de ojos azules y soñadores y de una barbilla pronunciada que formaba un ángulo agudo semejante al que gustan de dar a las brujas los dibujantes de los cuentos de hadas.

Habíase valido de la caja del trombón para reducir a astillas la parte alta de la caja que encerraba el aparato transmisor y receptor de radio. Su otra mano, la izquierda, exhibía un automático que parecía compuesto, casi exclusivamente, del largo cañón.

Monk dirigió la mirada al almacén que tenía delante y gruñó:

—¿De manera que has salido de ahí para situarte detrás del coche, eh?

El hombre brujo mantuvo el arma apuntada por debajo del nivel de la ventanilla, con lo cual quedaba invisible. Esto era una fortuna ya que muchos transeúntes volvían, al pasar, la cabeza para mirar al coupé y sus ocupantes.

Indudablemente era Monk el imán que atraía su atención.

—¡Quiá! —dijo el tirador—. Lo que hay es que el almacén ese tiene una sucursal un poco más abajo, en la misma acera, un túnel subterráneo une las dos tiendas.

Monk guiñó los ojillos. El gesto le daba un aire imbécil. Mas, pese a las apariencias, no había químico más hábil en todo Nueva York.

El hombre del automático miró al segundo ocupante del coche, o sea a Ham (Teodoro Marley Brooks), el hombre del talle de avispa, la hermosa boca móvil de orador y los vivos ojos penetrantes. Vestía un traje que era una creación desde los pantalones de corte irreprochable hasta el chaqué gris, y sobre las rodillas llevaba un

sencillo, bastón de fina caña negra.

El aspecto de Ham era, asimismo, engañador pues se le consideraba como uno de los abogados de más talento entre los salidos de las aulas de Harvard.

El tirador pareció perplejo y con gesto pausado meneó la cabeza pero sin dejar de apuntarles con el revólver.

—No lo entiendo. ¿Son ustedes dos jueces o qué? —exclamó en un inglés dificultoso.

Ham replicó con tono de voz insultante:

—Francamente, amigo, confundes las categorías... además, hablas un pésimo inglés.

—¡Por el collar de un perro! —exclamó el hombre—. ¿Qué les ha impulsado a seguirme?

Ham iba a responder, pero se interrumpió bruscamente y le miró a la cara.

El hombre flaco llevaba puesto un abrigo gris, de piel de conejo, sin duda y retrocediendo un paso introdujo la mano armada en uno de los bolsillos.

Como hacia muchísimo frío, nada era tan natural como aquel ademán.

—Vengan ustedes que quiero que les vea Boke-explicó a la pareja.

—¿Eh? —Monk tornó a hacer un guiño inexpresivo.

—¡Vamos, andando!

—Pero ¿quién es ese Boke? —deseó saber Monk.

—Dispónganse a dar un paseo-replicó el tirador sin contestar a la pregunta.

Y, así diciendo, abrió la portezuela del coupé y se retiró un poco, como si llevara a cabo un acto servil, pero no bajó la vista y vigiló los rostros y las manos de la pareja. Cuando hubieron salido del coupé echó a andar detrás, murmurando.

—Diríjanse a la parte alta de la calle. La casa de Boke está ahí, muy cerca.

De esta suerte dieron, los tres, varios pasos. El aire frío de aquella tarde de otoño vaporizaba su respiración; bajo sus pies crujían en la acera, brillantes partículas de nieve, que más parecían trocitos de hielo.

Monk hundió la barbilla en el cuello de su abrigo como si

tuviera frío y su voz alta pronunció tres palabras en un dialecto ininteligible.

El tirador gruñó:

—¡Muérdete la lengua o te cierro yo la boca!

De pronto pegó un bote y lanzó un grito de dolor. Monk actuó entonces con una rapidez indicadora de que aguardaba el incidente y de que él mismo lo había provocado. Se arrojó sobre el hombre y sus dos manos velludas, ahuecadas, asieron el bolsillo que encerraba la mano y el revólver del tirador.

Al alcanzar su objetivo cerró las manos y tiró del bolsillo. Entonces se desprendió todo un costado del abrigo. Monk y el hombre lucharon por la posesión de aquel trozo de tela. La caja del trombón cayó a tierra.

Ham se había puesto debajo del brazo el bastón de caña negra. Ahora echó mano de él, le dio una vuelta al puño y tiró hacia sí, descubriendo lo que era, en realidad: un bastón-estoque, cuya punta estaba impregnada de una substancia pegajosa.

Manejando la hoja con la habilidad de un maestro de esgrima, Ham introdujo su extremo bajo la piel del hombro de su enemigo a media pulgada, quizás, de profundidad. El resultado fue sorprendente.

El hombre abrió mucho los ojos, se volvió a mirar quién le había pinchado y pareció aturdirse. Sus tentativas de servirse del arma en contra de los esfuerzos que Monk hacia para impedírselo, se debilitaron gradualmente.

Luego se quedó dormido, profundamente y al apoyo que Monk y Ham le prestaron debió el poder mantenerse de pie.

En este momento sonaron gruñidos de satisfacción a los pies de ambos y, por vez primera, los dos hombres miraron al animal que tanto había contribuido a su triunfo.

—No ha estado mal, Habeas-dijo Monk con el plácido rostro vulgarote, lleno de satisfacción.

Habeas Corpus era un cerdo y el favorito de Monk, a quien el químico tenía enseñado a obedecer las órdenes que él le daba en el dialecto maya de que se servían entre sí, Doc y sus ayudantes, siempre que deseaban dirigirse una pregunta o hacerse una consulta que no entendieran probables oyentes.

El cerdo iba con ellos en el coupé mas como estaba sentado en el

suelo le había pasado desapercibido al pistolero de la cara de bruja y por ello su ataque, provocado por Monk, había sido una sorpresa.

—Aquí no podemos permanecer mucho tiempo-profirió vivamente Ham; y dirigió al cerdo una mirada de soslayo. Le trataba con igual cortesía que a Monk.

Con todo y ser tan breve como había sido, la lucha había llamado la atención, moviendo a detenerse a los transeúntes, que les miraban indecisos.

—¡Ea, marchemos! —ordenó Ham con viveza.

Mas con ello consiguióse muy poco, ya que no había aun a la vista un agente de policía.

—Lo mejor será que metamos al individuo este en el coupé-gruñó Monk —. Natural es que Doc desee saber lo que nos ha ocurrido y también quién es ese Boke, o como se llame cuando llegue aquí.

En consecuencia, los dos hombres se dirigieron al coupé llevando entre ambos a su inconsciente cautivo. Pero no llegaron muy lejos.

Tras del apiñado grupo de peatones se produjo una conmoción, luego un hombre penetró en él y se abrió camino a codazos y empujones. Era un individuo flaco y huesudo, con el rostro sin afeitar, pobremente trajeado que, al llegar frente a Ham y Monk se detuvo a mirarles, visiblemente satisfecho.

Su presencia allí le llenaba de embeleso, al parecer.

—Son ustedes agentes de policía, ¿eh? —exclamó excitado—. Pero no me lo digan. Ya lo sé. ¡Buena presa han cogido ustedes!

Monk le miró con las pupilas contraídas. Ham abrió su boca de orador como si intentara decirle algo, mas el recién llegado siguió hablando sin interrupción.

—Vengan conmigo. Ese tipo debe estar llevando a cabo algún feo negocio y quiero mostrarles lo que, por casualidad, he visto en su habitación.

Así diciendo giró rápidamente sobre sus talones y Monk y Ham le siguieron, llenos de asombro. La nieve helada crujía bajo sus pies y los tacones del inconsciente cautivo, que entre los dos arrastraban, le arrancaba sonidos estridentes. El desconocido había recogido del suelo el estuche del trombón.

De este modo llegaron ante una puerta y el guía tartamudeó:

—¡Aquí es! Justamente esperaba la vuelta de ese individuo cuando vi que le ponían las manos encima.

Monk se detuvo de pronto.

—¿Le esperaba aquí? —interrogó mostrándole el hueco del portal con un ademán.

—Sí-replicó el desconocido.

Monk señaló con un nuevo ademán las partículas de nieve cuya profundidad, en la acera no era suficiente para retener las huellas de unos pies pero que a la entrada misma de la casa formaba un grueso escalón intacto, lo cual era sospechoso, ya que había tenido que romperse con la brusca apertura de la puerta.

—¡Pues, es usted un embustero! —exclamó—. Y para colmo no sabe urdir mentiras.

El desconocido tosió como si se hubiera enfriado súbitamente y a cubierto de su ataque de tos hizo un rápido movimiento de ambas manos y apareció entre ellas una pistola.

—¡Ahora se verá quien soy yo! —dijo.

La muchedumbre, había seguido, curiosa, al pequeño cortejo preguntándose a qué vendría todo aquello y poseída del morboso deseo de averiguar cómo acabaría, pero no había avanzado bastante deprisa que se hallara tan cerca de Monk, Ham, el detenido y el desconocido, para sorprender la escena desarrollada entre ellos.

Tres individuos corpulentos con las bocas metidas en sendas bufandas destacáronse, a la sazón, de la multitud y se volvieron contra ella con las caras duras y el aire de retador.

—¡EA, largo de aquí todos! —dispuso uno de ellos. Y sus palabras se helaron en el aire transformándose en pequeñas bocanadas de vapor—. ¡Largo! Ninguno de ustedes vive aquí. Nosotros somos del cuerpo de policía.

La muchedumbre se disolvió, mansa como una oveja, como suele hacerse ante la autoridad en las ciudades.

Monk dijo algo en el extraño, pero armónico dialecto maya y Habeas Corpus, el cerdo, dio media vuelta y corrió calle abajo. Sus pezuñas arañaban y hacían crujir la nieve al caminar.

El armado desconocido gruñó:

—¡Profiera otra palabra que yo no comprenda y verá la que se arma!

Los hombres que habían ordenado retroceder a la multitud se

reunieron al desconocido de la pistola y sacaron también sus revólveres.

—¡Adentro! —profirió uno de ellos. La orden iba dirigida sobre todo a Monk y Ham—. Sabed que os vimos jugar en la calle con nuestro camarada, aquí presente, por ello os invitamos ahora a entrar en un lugar caliente.

Otro se rió y crujió la nieve mientras Monk y Ham echaban a andar llevando aun, entre ambos, al hombre dormido por efecto del pinchazo de Ham. AL llegar ante la puerta se miraron y dejaron caer, pesadamente, su carga.

—¡Recogedle! —se les ordenó.

Ellos obedecieron la orden y entraron en un pasillo más helado que la propia calle; mientras se les amenazaba con los revólveres les registraron unas manos. El minucioso examen llevado a cabo demostró a la pareja que sus apresadores sabían muy bien los puntos donde se suelen ocultar las armas.

Desde luego ellos llevaban en su correspondiente funda sobaquera, un arma de fuego parecida por la forma a un automático de gran tamaño de cámara estriada, intrincado mecanismo y delicada construcción.

—¡Diantre! ¡Es la primera vez que veo unos juguetes así! —dijo muy bajito uno de los pistoleros.

Un compañero se le aproximó para examinarlas.

—¡Campanas del infierno! —exclamó. Su semblante palideció; sus manos temblaron un poco.

El resto de la cuadrilla le miró y fue interrogado:

—¿A qué viene ese temblor de manos y esa cara de yeso chupado?

El pistolero en cuestión dando un golpecito en el cañón de una de aquellas armas balbuceó, excitado:

—¡Doc Savage!

—Oiga: ¿qué significa eso?

—Estas armas, son invento de Doc Savage-explicó el pistolero —. Son pistolas-ametralladoras que llevan, únicamente, él y sus ayudantes. Lo he leído en los periódicos.

No se habló más por espacio de varios segundos, Uno de los pistoleros, sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios, luego se lo quitó de la boca y lo deshizo, lentamente, con los dedos. Jadeando

ruidosamente otro pistolero salió al portal y miró a la calle.

—Vamos a Boke con el cuento-les propuso un tercero —. De verdad os digo que me desagrada el giro que van tomando las cosas.

El hombre de la cara de bruja sobreponiéndose a los efectos del estupefaciente inyectado en su hombro por el estoque de Ham, comenzó a gemir y a retorcerse.

Ham y Monk le pusieron de pie, pero sus piernas se negaron a sostenerle, de modo que se dobló por la mitad y cayó de bruces al suelo. Abundante saliva se derramó de su boca y formó un charco en la sucia y vieja alfombra.

Monk le administró un puntapié; el golpe le volvió del otro lado.

—¡Cuidado! —dijo entre dientes uno de los pistoleros.

El de la cara de bruja alargó el brazo y se frotó el punto lastimado por el puntapié; a continuación rodó sobre la alfombra hasta variar de postura, y apoyó sobre ella las dos manos. Con deliberada lentitud se puso, al fin, de pie.

—Ya veis como necesitaba el puntapié-observó Monk con melancolía.

Uno de los bandidos le miró con el ceño fruncido, miró luego a Ham de igual modo y les dijo:

—Marchad delante de nosotros, pero haced testamento antes de proferir un grito o dar un brinco.

El hombre de la cara de bruja observó mientras se dirigía, haciendo eses, a una puerta.

—¡La de cosas que voy a decirle a Boke!

El pasillo terminaba en un patio pavimentado que olía a desperdicios o basura helada. Un gato, único ser viviente que se apreció a las miradas del grupo, arqueó el lomo al aparecer aquél en el patio y corrió a refugiarse tras de un montón de latas vacías hacinadas.

El cortejo cruzó el patio, penetró en otro pasillo, cuyo aire era muy cálido, subió una escalera y abrió una puerta. De ella salió cálida bocanada impregnada de penetrante olor a tabaco.

AL otro lado una chimenea encendida, de las de campana„ iluminaba la habitación con sus rojas llamaradas. La habitación no tenía ventanas y brilló deslumbrante de blancura cuando un dedo oprimió el botón de la luz eléctrica.

A Monk y Ham se les obligó a permanecer, de pie, cara a la

pared como escolares pillados en falta y se les recomendó que no volvieran las cabezas.

Monk, que se atrevió a infringir la orden, fue derribado mediante un golpe asestado a sus rodillas con un trozo de leña seca de la hacinada junto a la chimenea.

Uno de los pistoleros dijo, preocupado:

—Quisiera saber qué ha sido del puerco.

—¡Que se vaya al infierno! —exclamó un camarada—. ¡Eh, Boke, nos han sucedido cosas imprevistas! —agregó, variando de tono.

Una voz de las más agradables que sonaran en los oídos de Ham y de Monk contestó al pistolero.

—¡Vaya, vaya! Es muy de lamentar.

Monk y Ham volvieron a una, la cabeza. La persona que hablaba no estaba en la habitación. ¿De dónde provenía, pues, aquella voz? No lograron descubrirlo porque ante la amenaza de un golpe tuvieron que volver a mirar al rincón.

El pistolero comenzó a decir:

—Pues en ocasión de estar, todos, de guardia junto a la puerta por si sucedía algo extraordinario, vimos...

—Deja que hable "Frightful" —le rogó la misteriosa, amable voz.

Monk lanzó un tremebundo resoplido dándose cuenta de pronto de que Frightful era el apodo con que se designaba al individuo de la cara de bruja.

—Bien. He cumplido tus órdenes, Boke-el acento inexpresivo de “Frightful" mostraba que se hallaba todavía bajo el efecto soporífero de la droga de Ham.

Boke dijo con agrado:

—A ver. Explícate.

—Que le he disparado un tiro a Sultman en la cabeza-manifestó el pistolero.

—¡Tienes mucha sangre fría! —exclamó la voz—. Pero, no entres en detalles. No podría soportarlo. Tengo los nervios de punta.

El de la cara de bruja parecía estar habituado a salidas semejantes por parte de su jefe pues, sin inmutarse, siguió diciendo, rápidamente:

—También quiero enterarle de una cosa que he visto mientras me hallaba apostado en el tejado. Frente a mi tenía la casa de

Sultman, pero Sultman no estaba en ella. Su despacho estaba vacío. Luego, al cabo de un rato entró en él un individuo, y ¿quién diría que era?

En lugar de contestar como era de suponer, Boke ahuecó su voz tan extraordinariamente suave.

—Daría mi brazo derecho por que no hubiera sido preciso eliminar a Sultman-dijo —. ¡Un crimen! ¡Qué cosa más horrible!

"Frightful" continuó diciendo, sin prestarle atención:

—Fue Leandro Court el que entró en el despacho, mientras yo estaba al acecho.

Boke inquirió con un aullido inesperado.

—¿Quién?

—Leandro Court-replicó pacientemente "Frightful" —, penetró en el despacho y allí estuvo, sentado, hasta que sonó el timbre del teléfono y contestó a la llamada. Lo que oyó le excitó sin duda, porque dejando caer el auricular salió del despacho tras de romper el cristal de la puerta. Yo me figuro que esa puerta tiene una cerradura especial.

—Así es, en efecto-replicó la agradable voz de Boke —. Y ¿qué más sucedió?

—Fue que al llegar a la oficina se levantó un individuo que allá estaba aguardándole y le acribilló a tiros. Yo mismo he presenciado la escena. Luego, corrió a la escalera. Ignoro qué fue exactamente lo que sucedió allí, pero le oí gritar; un enjambre de guardias entró en la oficina y les oí decir que el desconocido acababa de morir con los ojos desencajados.

—¿Con qué?

—Con los ojos desencajados. Lo mismo que todos los otros de que han hablado los periódicos últimamente.

—A excepción de esto, todo me parece muy claro-dijo Boke. Y su amable acento descubrió que estaba perplejo —. Janko Sultman nos ha traicionado, ha estado jugando con dos barajas como ya sabéis y de aquí la cita con Leandro Court. Quizás le hizo proposiciones por teléfono, quizás se las había hecho de antemano, y Court fue a su despacho para darle personalmente una respuesta.

"Sea como fuere, Court se negó a secundarle y trató de huir y el pistolero había sido apostado por Sultman en la oficina para que le matara en el caso de que se obstinara en su negativa o le amenazara

con hablar a Doc Savage. Sí. Todo está muy claro. Pero ¿qué le habrá sucedido al pistolero? ¿Estás seguro de que se le desencajaron los ojos?

—Yo repito lo que he oído-gruñó "Frightful".

—Pues me desconcierta. Confieso que no lo entiendo.

Monk volvió la cabeza en un nuevo esfuerzo por averiguar de donde surgía la voz de Boke y uno de los hombres le pegó en forma tal que fue a chocar contra la pared. Monk replicó al ataque con rapidez maravillosa y su asaltante retrocedió tambaleándose. Su barbilla había variado ligeramente de forma.

Las bocas de las pistolas le obligaron, con todo, a refugiarse en su rincón y a situarse otra vez cara a la pared.

—¿De dónde han salido esos hombres? —interrogó la voz de Boke.

—Venían siguiéndome los pasos-replicó "Frightful" entre dientes —. Son dos ayudantes de Doc Savage.

—¿Dos qué? —Boke pareció atragantarse.

—Dos ayudantes del hombre de bronce —repitió el pistolero. Luego pareció desasosegado y sus compañeros dieron muestras de idénticos sentimientos.

Cuando tornó a sonar la voz de Boke, habíase desvanecido de ella la preocupación y se estaba riendo.

—De todos modos es cuestión de ir tirando unos días, horas quizá-dijo —, al cabo de los cuales tendremos que presentarle la batalla. Pero, no os digo nada nuevo.

"Frightful" hizo un mohín de desagrado.

—Confieso que no había caído en ello-replicó.

—Bueno-siguió diciendo la voz —. Retened a los dos prisioneros y tratad ahora de apoderados del socio de Court. ¿Sabéis a quién me refiero?

—Si, —dijo "Frightful" asintiendo, al propio tiempo, con un ademán—. A Roberto Lorrey.

—Justamente, proporcionadme una entrevista con él. Hay que darse prisa, no sea que huela Doc Savage lo que se trama. Y no comentáis el error de menospreciarle, porque os aseguro que es muy listo.

Uno de los pistoleros comenzó a decir:

—No se apure, jefe, yo no creo que ninguno de nosotros tenga

en poco al hombre de... —No concluyó, abrió unos ojos enormes y la mandíbula inferior se movió lo suficiente para que se le entreabriesen los labios y enseñara los dientes. Estos no eran bellos porque estaban rayados y tan amarillos como huesos expuestos largo tiempo a la intemperie.

Al propio tiempo alzó los brazos y se palpó los oídos como para asegurarse de que no era juguete de una ilusión, porque en la habitación había sonado un trino singular.

CAPÍTULO IV

MÁS OJOS DESANCAJADOS

MONK y Ham se volvieron lentamente, aguzando la mirada, con los músculos en tensión. Conocían el trino fantástico. Había sido lanzado por Doc Savage.

—¡Eh! —Monk lanzó de repente esta exclamación y señaló un punto del techo—. ¡Mirad! ¡Para que aprendáis!

Casi todas las miradas se dirigieron a lo alto. Monk era un buen actor cuando le venia en gana. Mas dos o tres pistoleros no se dejaron engañar por el ardid y fueron ellos los que vieron abrirse de golpe, la puerta y aparecer en el umbral una figura hercúlea de bronce, que al pasar, la llenó totalmente.

—Cuando se habla de Roma… —chilló uno de los bandidos y se apresuró a llevar una mano al bolsillo.

Doc se lanzó sobre él con la velocidad de una luz proyectada por bronceada lente, y… de pronto se detuvo, parecía una estatua de piedra. Luego inició un retroceso.

Monk y Ham le miraron, perplejos, sin comprender por qué vacilaba. Quizá recordaron que en pasadas ocasiones había obrado de igual suerte.

Entre tanto el hombre había sacado el arma, tambaleándose como si tuviera débiles los músculos de las piernas, y afinaba la puntería.

Sólo entonces le acometió Savage, pero, demasiado tarde, sin duda. El arma era un revólver y un dedo oprimía ya el gatillo.

El modo con que Savage, metálico gigante, se llegó al pistolero y le arrancó el arma fue tan extraordinario que Monk y Ham lo recordaron siempre. Ellos le habían visto ya actuar con ligereza sin igual, pero nunca con tan vertiginosa, desconcertante rapidez. Y

cuando dio un paso atrás comprendieron por qué había vacilado antes de atacar a su presunto asesino.

¡Era porque tenía los ojos desencajados! Al perder su arma dio, tambaleándose, unos pasos tras de Savage, luego hizo alto y se llevó una mano a la cara, se palpó los ojos —que parecían saltarle de las órbitas-de un modo que ponía espanto en el ánimo, porque era indudable que no veía ya.

Entonces comenzó a gritar y a doblarse y desdoblarse en convulsiones de espantoso dolor; cayó al suelo, con los miembros en cruz y con los puños cerrados estuvo golpeando la alfombra hasta desollárselos.

Otro pistolero comenzó a gritar entonces, a arañarse la cara y azotar el aire con los brazos como en lucha con una arpía invisible. Un tercero, luego un cuarto, luego otros, unieron sus voces a aquel coro espeluznante hasta llenar la habitación de alaridos que desgarraban el tímpano, de cuerpos que se retorcían en el suelo.

Un hombre se había caído de cabeza en la chimenea y las llamas le consumieron los cabellos con un maloliente siseo. Su carne comenzó a chirriar mientras él gritaba a voz en cuello, privado de todos los dones de que le dotara la naturaleza.

Monk se le acercó corriendo, se apoderó de sus pies y le sacó a rastras, aullando todavía. El único agente refrescante que había a mano era una botella de vino color de ámbar y Monk derramó su contenido sobre la víctima que continuó retorciéndose y murió al cabo de un momento.

Monk retrocedió; el horror se pintaba en su rostro vulgarote. Monk era duro; En ocasiones habían tratado de asesinarle y también había visto cosas espantosas en los cuerpos humanos, pero, en aquellos momentos se le pusieron los nervios tirantes como cuerdas de guitarra; por sus venas corrió una sangre helada como el agua y se sintió incapaz de articular una palabra.

De súbito se dio cuenta de que reinaba el silencio en la cámara mortuoria sembrada de escalofriantes cadáveres retorcidos, y que sólo se mantenían en pie él, Doc, y Ham.

Monk trató de hablar por dos veces consecutivas mas fue en vano. Sólo a la tercera logró murmurar:

—¿Qué demonios ha sucedido aquí?

Como no obtuviera respuesta, miró a Doc y su asombro subió, si

cabe, de punto porque las regulares metálicas facciones de su jefe expresaban el mayor aturdimiento.

—Así... ¿ignoras... lo que ha podido... ser? —inquirió, a intervalos.

El hombre de bronce movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Sé, únicamente, —repuso—, que jamás he presenciado tan escalofriante y misterioso espectáculo.

—Con excepción de nosotros tres, han muerto todos los reunidos en esta habitación —dijo Ham que clavaba una obstinada mirada en el techo, como para no ver los cuerpos tendidos en el suelo—. ¿Cómo explicas tú eso?

Monk saltó por encima de los cadáveres y anunció a sus compañeros:

—Yo me voy de aquí, no sea que se le ocurra volver a esa... maldita epidemia y acabe también con nosotros.

Doc Savage tornó a decir que no con la cabeza. Continuaba perplejo.

—De haber invadido un gas la habitación nos hubiera matado también-dijo —. Por otra parte no se ha oído nada, no se ha disparado una flecha y de haber sido envenenados estos infelices... pero, no, ¡es imposible! No creo que ningún veneno conocido haya producido la muerte simultánea de todos.

—Quizás se trata de algún rayo mortífero-tartamudeó Ham.

—¡Bobalicón! —exclamó el químico—. De ser así también nos hubiera alcanzado el rayo.

Doc dijo de pronto:

—AL llegar yo a la puerta estaba hablando aquí otro individuo, un tal Boke. ¿Dónde está?

Monk se encogió de hombros.

—¡Que me ahorquen si lo sé! —exclamó—. Lo más chocante es que sonaba su voz, pero él permanecía invisible.

—¿Qué os parece? ¿Será el jefe de la cuadrilla?

Ham se encargó de responder:

—¡Desde luego! Sultman le ha estado engañando y en consecuencia ordenó que le pegasen un tiro-Ham miró el cuerpo dislocado de "Frightful" el hombre de la cara de bruja que justamente yacía, muerto, a sus pies.

—Lo sé. He oído casi toda la conversación-manifestó Savage —.

Abajo, en la calle, me encontré con el cerdo que salía, pero no me ha sido difícil seguiros la pista, por lo visto los tres hemos llegado aquí casi a un tiempo.

—¿Dónde está ahora Habeas? —deseó saber Monk.

—Sigue abajo-replicó Doc.

Ham hizo un molinete con su bastón. Lo acababa de coger del lugar donde lo depositara uno de sus infortunados apresadores.

—Pero ¿qué será lo que ha matado a estos hombres? —interrogó.

Doc Savage replicó pausadamente.

—Pues lo mismo que mató al asesino de Leandro Court; creo que podemos estar seguros de ello.

—Pero ¿qué habrá sido? —insistió Ham.

—Creed que nunca me he sentido tan incapaz de explicar lo ocurrido como hoy-confesó el hombre de bronce.

—Lo cual quiere decir que tenemos que aclarar un profundo misterio-gruñó Monk.

—En fin, echemos en torno un vistazo-les propuso Doc —, y veremos de hallar algo que nos ayude a descifrarlo.

Y los tres iniciaron un registro minucioso de la habitación.

Ham exclamó, de pronto, como asaltado por una idea luminosa:

—¿Habéis oído decir al misterioso Boke que iba a hablar con Roberto Lorrey?

—Sí-replicó Savage —. Luego nos ocuparemos de ése.

Monk gruñó:

—Yo me figuro que lo que está pasando se relaciona con nuestro establecimiento be…

Doc le atajó con un imperativo:

—¡Chitón! que pueden oírte…

Y Monk se calló porque había un tema respecto al cual los ayudantes de Doc evitaban toda discusión. Era éste aquél que se relacionaba con determinada institución de beneficencia situada en los cerros extremos del estado de Nueva York.

Ahora bien: con la sola excepción de Doc Savage, de sus ayudantes, de Patricia Savage y de los empleados de la mencionada institución, nadie más conocía su existencia. Ni siquiera sabían el punto donde se hallaba enclavada, los estudiantes graduados en ella.

Porque estos estudiantes eran introducidos sin que hubiera de intervenir para nada su voluntad, mientras se hallaban sometidos a los efectos de una droga estupefaciente. Y más tarde, en el momento de salir de la institución, volvía a administrárseles la droga.

Los estudiantes eran criminales y la institución o "instituto" como se le denominaba, un establecimiento extraordinario que les transformaba en hombres honrados quisieran o no.

La sociedad desconocía la existencia del establecimiento. La sociedad se hubiera, probablemente, escandalizado de haberla conocido.

Como presidente de la Junta nombrada para la cura moral de los criminales, figuraba un tal Roberto Lorrey, sabio cirujano de fabulosa habilidad, educado por el propio Doc Savage.

La operación realizada por Lorrey con objeto de convertir a los criminales en honrados ciudadanos era conocida de él y también de su ayudante, el difunto Leandro Court, el mismo a quien se había dado la muerte con tan ostentosa sangre fría en las oficinas de la asociación.

Lo que él hacia tenía que ver con complicados estudios quirúrgicos, manipulaciones químicas y una larga práctica del caso.

Naturalmente, Doc conocía todo esto.

AL abandonar la Universidad-única en su clase-de Savage, los criminales habíanse olvidado de su pasado; Debido a motivos secretos, de ellos mismos ignorados, odiaban el mal bajo todos sus aspectos y se les había enseñado un oficio o carrera que les servía para, más adelante, sufragar los gastos de una honrada existencia.

Ahora bien: de haberse conocido el Instituto no hubiera figurado otra historia igual en la primera plana de los periódicos. Doc sabia, asimismo, que podía excitar, su existencia, la indignación de mal informados ciudadanos cuyas instigaciones provocarían un registro gubernamental ya que los criminales no elegían, voluntariamente, el tratamiento a que eran sometidos.

Además, Doc reconocía que, siendo él un solo individuo, un ser independiente, un simple ciudadano, carecía de autoridad suficiente para administrar justicia. Para ello están los tribunales, y Doc no se había presentado jamás en uno de ellos con una querella criminal.

Así, sabia muy bien que de darse publicidad a la existencia de la institución, ello le acarrearía serios disgustos y por esta razón se

había negado a decir a Humbolt la relación que existía entre él y Leandro Court.

Y así fue también para evitar que saliera de ellos el secreto de la existencia de la institución, por lo que rogó a Monk que no hablara de ella. Lo que el químico se preguntaba era, sin embargo, perfectamente puesto en razón.

El caso misterioso que se les presentaba ¿guardaría, alguna razón con el benéfico establecimiento?

Monk dijo, con un gruñido:

—Lo que quisiera saber, sobre todo, es dónde ha estado oculto Boke. Desde luego aquí no era, estoy bien seguro, pues de tanto mover la cabeza para mirar en torno no sé como no padezco una tortícolis.

Ham dijo, despiadado:

—Lo cual no es muy de lamentar-y añadió en otro tono: —¿Qué os parece? ¿Registramos más habitaciones?

Se pasó revista minuciosa a otras habitaciones de la casa, (en suma, a todas) y se vió que constituían una serie de calabozos mal olientes y desamueblados.

Los que ostentaban algún mobiliario eran tan míseros como el resto.

—¡Diantre! ¡Qué desagradable es todo esto! —comentó Monk.

En el ínterin ninguno había visto a nadie en la casa, ni había hallado rastro siquiera del fantasmagórico Boke, el poseedor de la voz amable.

En conjunto, la casa constituía un bloque de edificios provistos de muchas puertas.

Los tres hombres lo recorrieron todo y la tarea les llevó una hora larga, mas aun así, no hallaron al misterioso Boke.

Savage quiso visitar por sí mismo el tejado, helado y desierto a la sazón, que por carecer de albardilla estaba expuesto a los embates de un viento desapacible que lo azotaba sin cesar.

Por espacio de un largo rato, y aparentemente insensible al frío, permaneció en pie junto a la chimenea humeante que se abría, con toda seguridad, sobre el hogar de la fúnebre habitación de la casa, en que habían estado primero.

Después, bajó del tejado y entró en la mencionada habitación.

Apenas se vió en su interior comenzó a palpar las paredes. Era

evidente que, en épocas anteriores había sido mucho mayor. A la sazón una pared medianera la dividía exactamente en dos. La pared medianera era de madera, en extremo delgada, y estaba cubierta por una capa de papel.

Poco después de haber comenzado a palparla, el puño de Doc la atravesó, sin esfuerzo, en un punto determinado.

Monk exclamó entonces:

—¡Ahora veo dónde se hallaba Boke! En el cuarto de al lado, su voz sonaba de un modo particular al atravesar el papel.

—Yo noté que era un poco susurrante-observó Ham —, pero, me pareció tan agradable, al propio tiempo, que no di importancia al hecho.

—Bueno: de momento, queda aclarada una parte del misterio que le rodea-dijo el químico.

Doc se dirigió a la puerta.

—Ahora hablemos con Roberto Lorrey-propuso a sus compañeros —. Debe estar en... el lugar donde trabaja, y así nos serviremos de la radiotelefonía de onda corta para ponernos en contacto con él. En cuanto a Boke no me parece aventurado deducir que ha escapado a la mortandad general, lo mismo que nosotros. Debió salir de esa habitación contigua en el momento de producirse aquí la alarma.

—¿Tienes ya alguna idea respecto a la causa de todas estas muertes? —le preguntó Monk, sin andarse con rodeos.

Doc no le oyó, parecía atacado de una súbita sordera. Este hecho arrancó a Monk una sonrisa de gozo pues su experiencia le decía que aquella repentina reserva de su jefe era un buen síntoma.

Doc rara vez enunciaba una teoría que no pudiera demostrar, en el acto, pero, si no albergaba ninguna y se hallaba confundido, lo confesaba francamente. De aquí, que, su simulada sordera dejara convencido a Monk de que tenía una idea con respecto al desconocido Boke.

AL descender la escalera halló a Habeas al pie de ella, tiritando de frío.

Anochecía y las calles estaban desiertas.

Los gritos partidos del interior de la pieza en que, de modo tan singular y espeluznante, hallaran la muerte los infortunados pistoleros, no se habían oído, en la calle, por lo visto.

Ello se debía, sobre todo, al viento huracanado del otoño que soplando con furia arremolinaba la nieve a su paso y la impulsaba ante sí con la fuerza de helado proyectil.

El hombre de bronce condujo el roadster abierto, insensible como de costumbre a los rigores de la temperatura. Monk y Ham le seguían en el coupé con las ventanillas herméticamente cerradas y la calefacción encendida. A la sazón habían reanudado su perpetua discusión, tomando como punto inicial la manera de conducir que distinguía a Monk.

Los dos coches se dirigieron en línea recta al Central Park, el espacio más despejado que les ofrecía la metrópolis, porque allí eran inmejorables las condiciones para la radio transmisión y recepción. Doc Savage arregló el aparato de onda corta para una emisión y Monk y Ham se dispusieron a escuchar desde el coupé mediante otro aparato similar que llevaban en el interior del coche.

AL cabo, logró Doc captar la onda perteneciente al Instituto erigido en la parte alta del estado de Nueva York.

—¿Roberto Lorrey? —demandó.

—¿Quién? —Una sorpresa inconfundible se translució en la voz lejana de un portero, quizás, del Instituto—. ¿No hace dos días que usted mismo, mister Savage, le concedió un permiso telegráfico…?

—¡Ah! ¿Conque yo le he telegrafiado? —dijo pausadamente el hombre de bronce.

—¡Pues, claro! o por lo menos el nombre de usted figura en el telegrama-repuso la voz distante: —En consecuencia, mister Lorrey salió de aquí esta mañana.

—Y ¿sabe usted dónde piensa pasar el tiempo que dure ese permiso? —interrogó Savage.

—No, señor-dijo el portero —. En el telegrama le encarecía mucho que no tratara de verse con usted a fin de que gozara, sin interrupción, de sus vacaciones.

Doc no movió los labios, pero no reinó por ello silencio en el roadster ya que lo rompió el fantástico grito que le era peculiar. Aquel grito surgió, de súbito, duró un momento y se extinguió, al cabo.

—¿Y Leandro Court? ¿Sigue ahí? —interrogó a continuación.

—No, señor. Partió hace cuatro días. Pero, usted debe saberlo ya que también le ha concedido un permiso, como a mister Lorrey.

¡Confío en que no habrá novedad!

Doc respondió a la pregunta con otra:

—¿Marcha bien la Institución? —dijo.

—Sí, señor, desde luego.

—Bien. Redoblen ustedes la vigilancia-dispuso el hombre de bronce —, y de paso, repasen la instalación eléctrica de alarma y los postes amplificadores del sonido para asegurarse de que continúan en buen estado.

—Sí, señor-dijo el portero: —Así, ¿hay malas novedades mister Savage?

—Muchísimo me lo temo-contestó el hombre de bronce.

—¿De qué se trata?

—No puedo explicárselo aún.

Y con esta declaración terminó la conferencia.

Monk y Ham se apearon de su coupé; temblando a causa del frío, se aproximaron a Doc.

—Bueno, ¿habéis oído? —les interrogó su jefe.

Ham se limitó a hacer un simple gesto de afirmación y pasó los dedos enguantados por la caña de su bastón.

—¿Telegrafiaste a Roberto Lorrey y a Leandro Court con objeto de que ambos se tomaran una vacación? —deseó saber.

—¡No! —replicó Doc Savage.

Mientras maniobraba para salir del parque y de la parte baja de la ciudad reparó, así como sus compañeros, en la actitud con que el público acogía la noticia de nuevos fallecimientos caracterizados por el desencajamiento particular de los ojos de las personas fallecidas.

Chiquillos vendedores de periódicos corrían por las calles voceando los epígrafes relacionados con el crimen perpetrado en la persona de Leandro Court. De las casas salían, volando, las porteras, sirvientas y amas de llaves; grupos de transeúntes se apiñaban, periódico en mano, delante de los estancos o debajo de los faroles sin hacer caso del frío.

Al detenerse ante una señal luminosa reguladora del tráfico, oyeron hablar a un individuo en el interior de un coche próximo.

—Es algo similar a las epidemias de gripe, sólo que más grave-decía —. Y fíjate bien en lo que te digo: dentro de poco ascenderán las personas fallecidas a unos miles, hombres, mujeres, niños, todos

sucumbirán de igual modo. Yo sé lo que me digo.

—Yo he enviado ya al campo a mi familia-observó la voz de un segundo ocupante del coche.

—Pues yo-dijo el otro —, tomaré el tren esta misma noche. No puedo hacer más. Los infelices que tengan que permanecer forzosamente en la ciudad cogerán esa epidemia maligna que mata rápidamente con el desencajamiento previo de las pupilas, preveo lo que va a suceder y no hay que exponerse tontamente.

Avanzando siempre llegó Doc frente a un rascacielos de ochenta y seis pisos que era de los más imponentes con que contaba la ciudad y detuvo el coche junto a la acera. En ese edificio tenía instalado su cuartel general.

Este constaba de una salita de recibo sencilla y al propio tiempo, amueblada con exquisito buen gusto, de una biblioteca provista de volúmenes científicos de los más completos que se conocen y de un laboratorio dotado de moderno material químico y de aparatos la mayor parte de los cuales se debían al ingenio de Doc.

—Bueno y ahora ¿qué? —deseó saber Monk una vez se halló dentro del piso con sus dos camaradas.

—Ahora voy a llamar a Renny-manifestó Doc —. Casualmente se encuentra en la ciudad y, naturalmente, querrá conocer lo sucedido en estas últimas horas del día. A primera hora de la tarde le llamé para hablarle de Court pero no estaba en casa y tampoco conseguí localizarle. Debía asistir a una conferencia relacionada con un trabajo de ingeniería.

Monk movió, comprensivo, la cabeza.

Renny —el coronel Juan Renwick— era otro miembro del grupo de Doc Savage; uno de sus cinco ayudantes extraordinarios. Poseía dos cualidades insuperables: la fuerza desusada de sus puños y una habilidad maravillosa en el arte de ingeniería. Se le conocía una marcada afición a hacer saltar la madera de las puertas a puñetazos y le devoraba la sed de aventuras.

Doc Savage le llamó repetidas veces por teléfono sin conseguir localizarle.

Entonces se dirigió, sin vacilar a la amplia ventana del despacho y con un pedazo de clarión especial trazó unas palabras en el cristal. Nada surgió en él tras de haber escrito.

El clarión que acababa de emplear dejaba una huella invisible

que exclusivamente se captaba sometiéndola a la luz de los rayos ultra violeta.

Bajo la acción de estos rayos invisibles resplandecía o brillaba la substancia de que estaba hecho el clarión, con sobrenatural resplandor azulado.

AL llegar al piso, Renny se valdría de una lámpara proyectora de dichos rayos; de la pequeña, quizá, que descansaba sobre la mesa escritorio, sita junto a la ventana, ya que era costumbre de Doc transmitirles de esta manera órdenes o comunicados.

A la sazón faltaban, asimismo, a la reunión otros dos ayudantes de Savage:

"Long Tom" Roberts, el mago de la electricidad, que asistía entonces a la exposición de Chicago y, "Johnny", geólogo y, arqueólogo eminente. Este último substituía, a la sazón, a un profesor enfermo de una conocida Universidad.

—Y ahora ¿qué? —repitió Monk. De pronto se dio una palmada en una rodilla—. ¡Oh, qué idea! —exclamó—. ¿Sabéis dónde hallaremos a Lorrey?

—En casa de su hermano Sydney, no cabe duda-replicó Doc.

A Monk se le apagó el entusiasmo.

—Así ¿ya lo habías pensado? —dijo.

—Sí-repuso Doc —, y ahora mismo iremos en su busca.

CAPÍTULO V

LA MANO DE SULTMAN

ROBERTO y Sydney Lorrey eran hermanos mellizos y, como es peculiar, tenían los mismos gustos e intereses y por ello no era de extrañar que ambos fueran sabios.

Hacía largo tiempo que Roberto se hallaba asociado a Doc Savage, posición que le daba más dinero, quizás, del que hubiera ganado en el ejercicio de cualquiera otra profesión.

El otro hermano, Sydney, tenía un laboratorio en la ciudad de Nueva York y allí pasaba el tiempo inventando o haciendo experimentos en materia de química.

Los dos se habían graduado como cirujanos y doctores en medicina.

Roberto practicaba lo que sabía; Sydney era la mente creadora. Su principal invento era un aparato productor de unas emanaciones semejantes a las del radium sin que por ello originara tan grandes gastos como aquél, mas no estaba perfeccionado aún y, por consiguiente, no podía aplicarse a fines lucrativos. Sydney estaba convencido, por otra parte, de su valor inapreciable al ser aplicado al tratamiento del cáncer u otras enfermedades incurables.

El laboratorio de Sydney hallábase instalado en la bodega de una barcaza o alijador amarrada a un viejo muelle del río East.

Al aproximarse a ella, el grupo formado por los tres hombres se detuvo y los tres lanzaron en su dirección una mirada escudriñadora. La embarcación era larga de eslora, roma de popa y tenía un aspecto mísero; en su centro o sea en el punto donde se halla, generalmente, la bodega, se levantaba una construcción hermosa, limpia, resplandeciente de blancura.

Mas ninguna luz apareció en toda la extensión del alijador.

Desde el muelle se oía el continuado zumbido de aparatos eléctricos.

Los tres hombres se habían parado para contemplar el barco y como hacia frío, Habeas Corpus, el cerdo, se situó junto a Ham y oprimióse contra sus pantalones a fin de gozar del poco calor radiado por las piernas del avispado abogado.

Ham le asestó un golpe violento con el bastón y el animal escapó. Ya estaba habituado a los impulsos malévolos de Ham.

—¡Cualquier día de estos te descuartizaré y me comeré tus jamones! —le prometió el abogado con acento ominoso.

—¡Prueba a hacerlo y verás lo que queda luego de tu persona! —replicó de igual manera Monk.

Al avanzar observaron que bajaba, a la sazón, la marea, con el consiguiente rechinamiento de las defensas y el crujido de los cables de las embarcaciones.

En la parte alta del río, se hallaba anclada una baja embarcación de madera.

El olor que se desprendía de ella les indicó que era una gasolinera.

Doc Savage precedió a sus compañeros en el camino seguido para llegar a la embarcación de Lorrey y una vez que estuvo a bordo miró en torno y llamó a la puerta de la casilla. Como la hoja era de acero sus nudillos la arrancaron un sonido hueco.

No obtuvo respuesta. Los tres hombres se acercaron a las ventanas, sólidamente atrancadas, por el interior y les asestaron los rayos de sus lámparas de bolsillo. El zumbido había aumentado, entre tanto, en intensidad.

—Probablemente Lorrey asegura las ventanas para evitar un posible escalo de ladrones o descuideros-aventuró Monk —. EL zumbido ese procede, sin duda, de sus aparatos.

La luz de sus lámparas les descubrió los útiles de química colocados en estantes, al otro lado de las ventanas así como los rollos y tuberías de los aparatos eléctricos, banco y herramientas de trabajo.

—¡Vaya una instalación! —observó Ham—. Es muy completa.

—Lorrey no está en casa, por lo visto-dijo Doc —. Le dejaremos una nota en la puerta y más tarde trataremos de telefonearle.

Escribió apresuradamente unas palabras sobre un trozo de papel

y lo estaba insertando en una hendidura de la puerta, con la ayuda de una cerilla cuando aulló Monk:

—¡Eh! ¡Mirad!

Un hombre había aparecido a proa. Parecía estar embriagado porque avanzó haciendo eses, por el propao, vacilando y tropezando. AL llegar a su borde se inclinó, tembloroso, para contemplar el agua.

—¡Atrás, imbécil! —le gritó Monk con una voz estentórea que parecía extraña en él—. ¡Que te vas a caer!

Al sonido de aquella voz levantó la cabeza el desconocido. El esfuerzo le hizo perder el equilibrio y cayó, agitando los brazos, en las frías y oscuras aguas del río.

—¡Caracoles! —dijo Monk entre dientes—. ¡Lamento tener que lanzarme a cogerle en una noche como ésta!

Pero se lanzó en dirección al agua sacando los largos brazos de las mangas del abrigo. Al propio tiempo la luz de la lámpara de Doc rozó el agua por encima y después oprimió un hombro de Monk con su mano vigorosa.

—¡No te tires! —le aconsejó.

Monk balbuceó:

—¡Pero va a ahogarse ese idiota!

—Examina el río.

Monk obedeció.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró.

El agua en el punto iluminado por la luz de la lámpara refractaba todos los colores del arco iris de manera fantástica, convulsionada. Era como sí el pigmento de diversos colores hubiérase derramado sobre la hirviente superficie de aquella parte del río.

—¡Gasolina! —dijo concisamente Doc Savage—. Ese hombre ha debido abrir una válvula del motor de la gasolinera.

Monk gritó:

—¡Comprendo! ¡Se trata de una trampa!

Y Ham dijo como un eco:

—Sin duda habrá creído el individuo ese que uno de nosotros, saltaría al agua y nadaría hacia él, ocasión que se aprovecharía en la gasolinera para prenderle fuego a la gasolina.

Doc Savage corrió a la pesada pasarela que conducía al muelle.

Abajo, en el río, el hombre desconocido cesó de chapotear, abandonó todo fingimiento y nadando veloz como un pez se aproximó al propao y se asió a un cable que apenas se distinguía en la oscuridad, pero que se había soltado previamente y trepó por él con frenética prisa.

Antes de alcanzar su extremo, dirigió la mano a uno de sus bolsillos.

Buscaba un arma. Luego continuó trepando. Llevaba puesto el dedo en el gatillo del revólver, mientras miraba constantemente a lo alto.

Allí surgió una cabeza cuyo color bronceado se distinguía aun en la oscuridad. El hombre pendiente de la cuerda alzó prontamente el arma e hizo fuego. Poco antes de que surgiera el fogonazo divisó claramente la testa del hombre de bronce. Después, desapareció la cabeza.

Confiando en que habría matado al hombre de bronce, se encaramó hasta el borde del propao, se puso de codos en él y buscó a su víctima.

Simultáneamente lanzó un juramento. Nadie había a la vista.

El asombro le paralizó un momento. Estaba seguro de haber hecho blanco, por consiguiente le parecía mentira que Doc Savage pudiera desaparecer tan rápidamente del camino del proyectil.

Gruñendo a causa del esfuerzo realizado, pasó al otro lado del propao y trató de alejarse del río, revólver en mano.

Procedente de su izquierda sonó una sola detonación. El hombre profirió una maldición, saltó sobre una pierna, luego trató de correr, pero tras de haber dado unos pasos, muy pocos, cayó al suelo. Allí se mantuvo todavía un rato perneando como si tratase de seguir corriendo.

Monk se destacó de detrás de un madero apolillado, blandiendo su pistola ametralladora que había recuperado de su primer cautivo en la fúnebre habitación de la casa desconocida.

—¿Traes el antídoto del anestésico que contienen las balas de estas pistolas? —interrogó a Doc Savage.

—En el coche está-replicó el interrogado; y corrió al roadster.

Poco después volvió con una aguja hipodérmica cuyo contenido administró a su víctima.

Monk se mantuvo a la expectativa detrás de él. Las pistolas

ametralladoras no estaban cargadas con balas ordinarias sino con unas de un ingrediente químico productor de un inofensivo estado de inconsciencia y el que a la sazón le inyectaba Doc a su víctima era un estimulante destinado a reanimarle prestamente.

Ahora bien: fue por demás curioso el despertar de aquel ente desconocido.

Y sus piernas que gradualmente, habían cesado de efectuar los movimientos del ser que corre, los reanudaron ahora y fueron tornándose más violentos hasta que el hombre gruñó, abrió los ojos y trató de levantarse.

Monk le dio media vuelta y se le sentó sobre la boca del estómago.

—¡Caíste en la trampa, hijito! —le advirtió.

Aquel hijito era un sarcasmo, porque el hombre pasaba de la edad madura.

Sin embargo, el mal había dejado huellas en su semblante. Crispaba sus labios un perpetuo mohín desdeñoso y sus ojos pequeños miraban, furtivos.

Al verlos gruñó con la lengua trapajosa todavía:

—¡Ay!... me he caído al agua...

—No mientas-le recomendó Savage —. Si deseas mejorar tu situación háblanos con franqueza.

El hombre le miró con el ceño fruncido; luego desvió la mirada y su rostro se contrajo, mientras se humedecía los labios.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó.

Monk extendió el velludo brazo, sin decir palabra, hasta un rimero de hierro viejo que había en el propao, eligió una pesada rueda dentada, tiró de ella hacia sí... Enseguida despojó del cinto de cuero a su prisionero y con él comenzó a atarle la rueda a un tobillo.

—¡Basta! —exclamó éste último apretando los dientes—. ¡Usted no hará eso!

—¿Sabes quiénes somos? —le preguntó Monk.

El otro se volvió a humedecer los labios.

—¡Claro! Ustedes son Doc Savage y dos miembros de la cuadrilla.

—Y ¿has oído decir lo que les pasa a los pillos que se ponen en nuestro camino? —repitió otra vez Monk con fiero acento.

El hombre lanzó un gruñido.

—Bueno. ¿Lo sabes o no? —insistió el químico.

—¡No! —El prisionero perneó. Trataba de quitarse del tobillo la rueda dentada.

—Pues peor para ti. Vas a desaparecer. Nadie volverá a verte. He aquí el destino que les aguarda a nuestros enemigos.

El hombre parpadeó, aterrado. Era evidente que no ignoraba la leyenda en boga según la cual, todo aquél que se levantaba contra Savage corría una suerte desconocida y ya no volvían a verle sus camaradas. Esta historia circulaba en las bajas esferas del crimen, ya que ningún criminal conocía, desde luego, la existencia del famoso instituto de Savage erigido para reforma de los malhechores.

—Nadie volverá a tener noticias tuyas.

Monk bromeaba sin embargo, nadie lo hubiera dicho, tan inescrutable permanecía su semblante simiesco.

El cautivo cedió, de súbito.

—Escuche: tuve que hacer eso-exclamó con cierta incoherencia —. Necesitaba dinero. Soy viejo y la vida es dura. Además como mi hoja es muy sucia nadie quiere darme trabajo.

—¿Quién te ha sobornado? —deseó saber Doc.

Monk procedió a despojarle de la rueda con objeto de animarle un poco.

—Un caballero, Sultman, Janko Sultman, creo que se llama-replicó el prisionero.

—¡Toma! ¿Estás bien seguro? —dijo Monk—. Yo hubiera jurado que se llama Boke y que posee una voz muy agradable.

—No. Se llama Janko, Janko Sultman-insistió el hombre —. Me dijo que vigilara el alijador y que si, por casualidad, aparecía uno de vosotros por aquí apelara al ardid de tirarme al agua. Luego debía...— vaciló y se interrumpió de pronto.

—Debías prenderle fuego a la gasolina en cuanto uno de nosotros se dispusiera a salvarte de la muerte-concluyó Monk —. Ya lo hemos supuesto, pero, ¿qué objeto tenía esa comedia?

—No lo sé-replicó el prisionero —. Sultman no me ha confiado sus intenciones. Vino aquí en busca de Roberto Lorrey, mas no hay nadie en el alijador y así me dejó aquí con el encargo de aguardar el regreso de Roberto... y... vuestra aparición.

—Y ¿no sabes más?

—Esto es todo.

Monk le dijo, en son de amenaza:

—¡Desembucha, bribón, o te abro en canal!

El viejo criminal profirió una sarta de juramentos.

Aquí interrumpió la escena una voz dura que decía:

—¡All right! sois muy listos, muchachos pero, ¡manos arriba!

Ham intentó desenfundar la pistola ametralladora cargada con los proyectiles anestésicos. Doc le advirtió:

—¡Cuidado! Se trata de nuestro amigo Hardboiler Humbolt.

Hardboiler destacó su masa imponente, nebulosa, de las sombras y, pesadamente, a causa del continuo dolor de sus pies, se aproximó al grupo.

Traía las manos vacías.

En pos de él aparecieron agentes uniformados de policía provistos de ametralladoras, fusiles cargados de pólvora y gases lacrimógenos.

Hardboiler levantó en dirección de Doc un índice acusador.

—Hoy le he detenido a usted. ¿Por qué ha huido? ¿Piensa que bromeo?

Monk dijo con un acento acariciador:

—¡Con lo que a mí me agradan los hombres valientes! —Así diciendo soltó el prisionero, marchó contra Hardboiler y cuando le tuvo cerca ¡Zas! Le descargó un directo cuyo choque con el gigantesco oficial de policía sonó como el hacha que se hunde en el tronco de un árbol.

Monk había creído poder derribar a su oponente mas no ocurrió nada de esto. Hardboiler tembló, osciló un poco sobre los pies A continuación sacudió un brazo y surgió una porra de la manga correspondiente. Sonó un siseo; Monk se ladeó pero no anduvo bastante listo.

Cayó sentado, su rostro expresó cómico aturdimiento y se llevó una mano al punto de la cabeza lastimado por el golpe.

Ham se rió con muy poca caridad por cierto.

Habeas prorrumpió en una serie de gruñidos entrecortados y corrió a atacar a Humbolt. El polizonte le propinó un puntapié, mas sin duda el directo de Monk le había afectado más de lo que parecía y se hallaba sometido aun a sus efectos porque perdió el equilibrio

y cayó al suelo. EL cerdo tornó a la carga mostrando los largos y amarillentos colmillos.

Monk le ordenó con voz ronca:

—¡Quieto, Habeas! Ese hombre es duro de verdad —Y el cerdo volvió sobre sus pasos.

Entre tanto el viejo criminal se había levantado y trató de correr. Un agente voló tras de él, le alcanzó y derribó, y le puso un pie en el cuello con bastante rudeza.

—¡Te conozco, tunante! —observó mirándole—. ¡Eres un punto de cuidado!

Sentado como estaba en el suelo, Humbolt amenazó con la porra a Doc Savage, a Monk y Ham.

—¡Detenedles! —ordenó a los agentes—. Ese caballero de bronce debe recordar que se lo tenía prometido.

Ham se engalló:

—¡Amigo de los rudos modales! —exclamó asumiendo un aire profesional—. Hasta ahora no se había detenido a indefensos ciudadanos en nuestros estados, a menos que…

—A menos que pese sobre ellos una acusación-concluyó Hardboiler —. Pues bien; una pesa sobre los tres. Podéis apostar en pro vuestros pantalones rayados sin temor de perder la apuesta. Os habéis hecho sospechosos de asesinato.

Ham exclamó:

—¡Qué ridiculez! —dijo con punzante ironía.

Hardboiler repuso con el sonsonete propio de un niño de la escuela.

—En una casa situada en la parte baja de la ciudad, han sido descubiertos, hace unos instantes, seis hombres muertos con los ojos desencajados. Testigos oculares afirman que vieron salir a tres hombres de la casa en cuestión…

A Ham se le marcó en la frente una arruga pronunciada.

—¡Ese consejo que no inicie lo que no va a poder concluir, mister polizonte de los músculos de acero!

—En respuesta a una llamarada telefónica-siguió diciendo Hardboiler sin inmutarse —, nos dirigimos a ella y en efecto: se había asesinado allí a seis hombres. ¡Vosotros les habéis asesinado!

Por vez primera le hizo Doc una pregunta:

—¿Quién ha sido el infortunado? —deseó saber.

—No dio su nombre, mas tenía una voz agradabilísima —replicó el policía.

—¡Ha sido Boke! —gruñó Monk.

—¿Quién? —inquirió Hardboiler.

—Te importa poco-replicó el químico.

El criminal continuaba tendido en el suelo con un pie del agente sobre su cuello. Inesperadamente le asió con ambas manos el otro pie y dio un tirón.

El agente profirió un juramento y se le desprendió de las manos la ametralladora que saltó lejos de él. El criminal la cogió.

Sorprendidos por la rapidez con que se había desarrollado la escena, los agentes trataron de hacer fuego sobre él pero era demasiado tarde y, aterrados, contemplaron la ametralladora que les amenazaba recorriendo un arco de circulo.

Sin dejarla de la mano, comenzó el criminal a retroceder, dominado por el ansia de libertad. Luego se apoderó de él otra idea, evidentemente, porque hizo alto, se desvió del camino emprendido y fue a ocultarse tras un hacinamiento de maquinaria abandonada.

—¡Malditos seáis todos! —dijo rechinando los dientes—. ¡Pues no tenía yo pocas ganas de teneros delante, así, como en este momento! —Y oprimió la ametralladora con más fuerza.

—¿No os decía yo que era un mal bicho? —balbuceó el agente agredido—. ¡Le domina el ansia de matar!

Todos temían oír, de un momento a otro, el tableteo de la ametralladora, mas lo que sonó, en su lugar, fue la voz del criminal que con un grito gutural abandonó, gimiendo y tambaleándose, el refugio que le ofrecía el montón de hierro viejo. Había dejado caer al suelo la ametralladora y sus ojos, desencajados, ofrecían un espantoso espectáculo.

Para Doc, Monk y Ham que acababan de presenciar lo ocurrido en la casa de la parte baja de la ciudad, no era una novedad aquello; Para los agentes fue un cuadro que no olvidaron jamás.

El viejo criminal era víctima de la fulminante y misteriosa epidemia y aulló y se mordió los labios hasta derramar sangre: luego cayó presa de convulsiones y acabó perneando.

Humbolt se pasó la lengua por los labios; titubeaba balanceándose sobre la punta de los pies. Sus manos hacían los pequeños característicos ademanes del hombre que no sabe que

hacer. Era el vivo retrato de un flemático conmovido hasta lo profundo del alma.

El químico vulgarote se puso en pie lentamente, y, sin separar la mano del punto donde le había asestado el golpe la porra de Humbolt, se acercó a Doc.

—¿Dejaremos que nos encierre ese polizonte? —preguntó, con un hilo de voz.

Hardboiler se sacudió, salió de su estado letárgico, y exclamó abalanzándose a ellos:

—¡Eh! ¡Basta de conversación!

Monk le dirigió una mirada centelleante.

—Pero ¿de veras estamos detenidos?

—¡Pues ya lo creo! ¡Por esta vez seres privilegiados de esta ciudad, vais a llevaros vuestro merecido!

Ham le preguntó:

—¿No se ha parado a reflexionar?

—Reflexionar ¿sobre qué? —deseó saber Hardboiler un si no es perplejo.

—En que Doc Savage, aquí presente puede no formar parte de esa clase a la que llama usted privilegiada-repuso el abogado —. Las personas que debe usted atacar son otras muy distintas: jugadores, maleantes, timadores, etc. Pero aquí, Doc...

—Va a ir a la cárcel —concluyó Hardboiler—, aunque sea el propio gobernador disfrazado. Y tú, figurín de abogados, le acompañarás.

—Pero ¡eso es un abuso!

—Un crimen-rectificó el policía indicándole con un gesto al hombre muerto —, ¡un crimen nefando y misterioso! Y yo creo que vosotros sabéis más respecto a él de lo que decís.

Doc Savage pronunció hasta media docena de palabras en la gutural lengua maya.

—Oye:¡Habla en inglés! —ordenó el policía.

Monk y Ham aspiraron una bocanada de aire y retuvieron luego la respiración.

Doc hizo lo propio. Luego, sin darle importancia al gesto se oprimió un costado con el brazo.

Hardboiler frunció el entrecejo, había entrado en sospechas y el ceño continuaba en su frente curtida cuando, lanzando un suspiro

sollozante, se inclinó y miró al lugar adecuado de reposo y en él se tendió pesadamente. Al momento comenzó a roncar.

Un agente exclamó:

—¡Oiga! Se diría que... —no concluyó. Cayó sin finalizar la frase comenzada.

Tras de él se vinieron al suelo otros agentes, ya no se movieron. Respiraban todos ruidosa, acompasadamente, como sumidos en misterioso sopor.

Algunos roncaban.

Monk interrogó a Doc:

—¿Corren peligro de helarse?

—No. Dentro de media hora o cosa así estarán despiertos-repuso el hombre de bronce.

Los tres abandonaron luego el muelle. Ni Monk ni Ham se detuvieron a comentar el suceso, pues no era nuevo para ellos.

Largo tiempo atrás habla perfeccionado Doc el invento de un gas inodoro e incoloro, que producía, en el ser humano, un estado temporal de inconsciencia sin consecuencias ulteriores.

La característica de aquel gas consistía en una rápida evaporación que le hacia inofensivo en menos de un minuto. Mediante previo aviso podía escaparse a sus efectos conteniendo el aliento.

Doc lo llevaba en pequeños tubos de vidrio muy fino y por ello había logrado romperlos con la sola presión del brazo.

Los tres hombres se aproximaron a los coches estacionados fuera del viejo malecón. Habeas galopaba a su lado, insensible a los efectos del gas, por no haberse hallado cerca de él cuando se esparció.

Monk murmuró:

—No dejo de pensar en la muerte horrorosa de aquellos bandidos, ni en sus ojos desorbitados.

Ham inquirió, bastón en mano:

—¿Qué haremos de Sultman? Pues ya sabéis que está mezclado a este negocio. ¿Por qué no le asimos del cuello y le hacemos hablar?

—Ya se ocupa Patricia de eso-le confió Doc —. Quizá haya novedad en la Asociación.

CAPÍTULO VI

PAT PISA UNA SERPIENTE

NOVEDAD, no, mas algo anormal si ocurría en la Asociación. O por lo menos el mocito encargado del manejo del ascensor crispó desdeñoso los labios y dijo por encima del hombro después de haber descargado a su último pasajero:

—¡Mira eso!

Eso era un joven de flexible talle, vestido de etiqueta. Sus facciones eran notablemente lindas y su tez suave como el pétalo de una rosa. Llevaba una gardenia en el ojal y en torno suyo exhalábase el perfume de la mimosa.

El recién llegado se dirigió en línea recta a la mesa de la telefonista que ya no era la rubia que conocemos sino una muchacha fea y con gafas.

—Deseo hablar con Seco Nández-manifestó.

—¿Su nombre? —interrogó la telefonista.

—Dígale a Nández que vengo a verle de parte de J. S.

La declaración surtió efecto, al parecer, porque se dirigió al joven a una puerta que ostentaba; el siguiente letrero:

"Seco Nández, M. D."

"Director-médico del Cuerpo de Sanidad"

El joven entró en el despacho y enseguida cerró presuroso la puerta tras de lo cual sacó un pañuelo del bolsillo y limpió las huellas dejadas en el pomo por sus dedos con la pericia del que ha contraído tal hábito. Para abrir la puerta habiale dado un empujón sin tocar el pomo por el otro lado.

—¡Hola, Nannie! —exclamó sonriendo.

Seco Nández le miró arrugando la frente. Era un hombre alto, moreno, que vestía un traje muy ligero para el rigor de la estación

de otoño, muy adelantada a la sazón.

El color claro de la tela del traje acentuaba el matiz oscuro de su piel. Sus labios gruesos, sus grandes ojos, daban qué pensar. Viéndolos cabía preguntarse cuál seria el origen de sus antepasados.

¿Habrían pertenecido a la raza africana?

—¿A qué vienes aquí, Lizzie? Eso está muy mal-agregó en español.

—¿Qué quiere decir esa frase? —interrogó el llamado Lizzie.

—Que es aventurado-exclamó Nández.

—Sultman me ha enviado-replicó Lizzie.

Nández unió ambas manos.

—¿Por qué no ha venido él en persona, señor? —preguntó.

—Porque no le llevan los pies.

Nández frunció el ceño.

—¿Tiene callos, sabañones, quizá como ese Hardboiler de quien tanto se habla en la prensa? No sabia que padeciera de eso.

—No son callos, ni sabañones sino el frío lo que se los pone enfermos-replicó sonriendo el joven.

—Un buen baño caliente le sentará bien-dijo seriamente Nández.

Lizzie se echó a reír sarcásticamente.

—No te preocupes, Nannie-dijo —, por otra parte no creo que le hagan nada los pediluvios.

—¿Qué quieres decir? —interrogó en tono vivo Nández.

—Que los pies de Sultman comenzaron a enfriarse cuando vino Doc a esta casa a primera hora de la tarde-aclaró Lizzie —, y que la temperatura inició un nuevo descenso al rebotar el proyectil en su lanuda cabeza. Boke es el responsable de la agresión; por lo menos, así lo cree Sultman.

Nández aprobó con un lento ademán de cabeza lo expuesto por Lizzie.

—Si, sí, —dijo—, la situación se empeora por momentos.

—Lo sabias antes de comenzar-dijo Lizzie con un resoplido.

Nández gimió:

—No lo seria si hubiéramos obedecido a Boke y hecho lo que él quería. Pero no; al saber Sultman lo que intentaba decidió adelantarse a Boke y poner en práctica sus planes.

Lizzie tornó a reír. Su rostro, su cuerpo, eran delicados, pero su actitud traicionaba un carácter duro y despiadado.

—¡Ojo con los pies! —advirtió a Nández—. Ten en cuenta que jamás volveremos a ver tanto dinero junto. Boke esperaba sacar un millón del negocio, yo creo que se quedó corto.

Nández contempló con el ceño fruncido la punta de sus bien cuidadas uñas.

—No te inquieten mis pies, como llamas tú a eso-dijo.

—¡Bueno! —le prometió el joven—. En realidad vengo a pedirte una entrevista. Ve a ver a Sultman, pues de ahora en adelante debemos ponernos a cubierto, ¿entiendes?

Nández accionó con un brazo.

—Pero ¿y la Asociación? —dijo.

—Sultman se dispone a cerrarla-Lizzie sonrió —. Después de todo ¡para lo que le rinde!

—¿Ya? ¿Dónde encontraré a Sultman?

—En el sitio de costumbre.

Lizzie se acercó a la puerta, sacó el pañuelo y lo dejó caer sobre el pomo antes de volverlo. Desde allí saludó con un gesto airoso.

—¡Adiós Nannie! ¡Mantén bien alta la cabeza!

Nández chilló:

—¡Basta! No me llames así. Me desagrada.

—Otras muchas te agradan menos-observó Lizzie con una sonrisa. Y salió.

Con una franca sonrisa en los labios le hizo un guiño, al paso, a la telefonista.

Penetró con agilidad infantil en la caja del ascensor y desapareció.

La telefonista se agitó tras de la mesa colocada delante del cuadro telefónico. Abierto delante de sus ojos tenía un libro de notas cuyas páginas aparecían cubiertas de caracteres taquigráficos.

De traducirse aquellos hubieran transcrito, palabra por palabra, la conversación sostenida entre Lizzie y Nández.

La humilde empleada se despojó de los auriculares. El casco era doble, es decir, constaba de dos auriculares. El segundo se hallaba conectado a un circuito de ocultos micrófonos que se habían instalado en las oficinas aquella misma tarde, a la hora de comer.

Permanecía abierta por las tardes porque como dependía, exclusivamente, para subsistir de los reconocimientos médicos que dispensaba a sus socios, acomodaba sus horas de recibo a la vida de

aquellos empleados en su mayoría del comercio o la industria. Muchos no podían visitarla tampoco durante el día.

La nueva telefonista sonrió, guardó su libro de notas en el bolso junto con un arma de fuego, dos cartucheras llenas de balas, una estilográfica, un disparador de gases lacrimógenos y una polvera. Luego se ocupó del teléfono.

En el mismo instante salió Seco Nández de su despacho. Llevaba puestos el abrigo y el sombrero y parecía dirigirse a un punto ya concertado de antemano cuando entró en el ascensor.

La telefonista llamó mediante una seña a una enfermera, le dijo: "Ocupe mi puesto un momento" y salió a escape antes de que abriera la boca la enfermera. Bajó a escape la escalera, pasó por el rellano donde muriera, por la tarde el pistolero y salió al hall.

Allí corrió a ocultarse tras del mostrador puesto en él para la venta de cigarros y cambió su abrigo raído e incoloro por otro, elegantísimo, de pieles.

A sacudidas se despojó de los zapatos de tacón bajo, se calzó otro par, con tacones altos y enseguida remató su atavío con un sombrerito metálico.

Con suma habilidad usó el colorete y el lápiz para los labios. Se despojó de la peluca incolora y la reemplazó con otra rubio platino.

Sus cabellos eran, en realidad, de un matiz bronceado, delicioso.

El resultado de aquellos cambios fue un verdadero milagro. La joven que saltó de la casa en pos de Seco Nández, era de una encantadora belleza.

Incluso tenía distinto el andar y los altos tacones la hacían parecer unos dedos más alta. Si Seco o Lizzie la hubieran tenido delante, era dudoso que la reconocieran.

Pero un amigo la hubiera identificado, al momento. Hubiera reconocido en ella a Patricia Savage.

Seco Nández avanzaba por las calles solitarias doblándose ante las rachas del helado viento otoñal. Varias veces volvióse a mirar atrás, pero gracias a la pericia de Pat no notó nada de extraordinario o si observó algo no dio muestras de ello.

Su camino le llevó en dirección Este, parte de la ciudad donde son más angostas las calles, más oscuras y malolientes y donde los copos inmaculados de la nieve, amontonados tras de todo obstáculo, parecían fuera de lugar entre la suciedad y la mugre que los

rodeaban.

Como los transeúntes eran escasos, el trabajo de Pat era sencillísimo; no marchaba delante de Nández sino que seguía un camino paralelo deteniéndose, de vez en cuando, en los cruces de las calles. Al cabo él desapareció por una transversal.

Pat apretó el paso y se apresuró a bajar por la calle lateral que él seguía.

Llevaba subido el cuello del abrigo y la cabeza gacha, aparentemente, para defenderse del viento glacial, pero en realidad para observar la acera.

La nieve endurecida, semejante a píldoras de hielo, no cubría aun la acera sino que se había arremolinado en los huecos de las puertas y en torno a los guardacantones.

Nández había entrado en un mísero edificio al cual se llegaba por un desgastado tramo de doce peldaños de piedra.

Pat lo ascendió, atrevida, halló una puerta abierta y se coló por ella.

Aplicando atento el oído oyó un murmullo de voces que partía de lo alto.

Una de ellas pertenecía a Seco Nández.

—Oye, jefe, —decía a la sazón—, tienes que darme tiempo. Sultman se escurre que es un portento y no podremos colgarle el muerto de una vez.

Pat oyó claramente estas palabras. La respuesta, empero, fue un monótono siseo que no logró entender ni identificar.

—Lo primero que hay que hacer-prosiguió diciendo Nández —, es hallar donde está oculto Sultman. Yo creo saberlo. Así iré allá y ya te daré cuenta de lo que más tarde ocurra.

La información sorprendió no poco a Pat. ¿Era posible que hubiese sorprendido un doble juego de la pandilla? ¿Estaba Nández del lado de Sultman o por el contrario ayudaba al misterioso Boke?

El monótono siseo tornó a hacerse oír, en respuesta a lo dicho por Nández.

—No hablemos tan alto, señor.

Después de lo cual la voz bajó de diapasón hasta volverse ininteligible. Pat, disgustadísima, subió la escalera con cautela a fin de aproximarse y oír mejor. AL final descubrió un largo corredor que, al parecer, concluía en otra escalera. Esta iba a morir ante la

puerta de servicio situada en la parte posterior de la casa. Todo estaba a oscuras porque no había luz encendida en el corredor y Pat avanzó, a tientas. Por fin localizó una puerta.

No oyó si se hallaba o no al otro lado. Entonces aplicó el oído a las viejas planchas da madera. Como si el movimiento hubiera sido una señal, se produjo otro movimiento, en las tinieblas, a su lado.

Unas manos la asieron por los cabellos y la garganta, tirando en ella con fuerza y haciéndole perder el equilibrio. Y antes de que pudiera impedirlo la arrojaron brutalmente al suelo.

Sujetándola ferozmente le dijo Seco Nández:

—Bueno, señorita, has caído en la ratonera...

Pat comprendió que aquel hombre era superior a ella en cuanto a fuerza física, por lo cual, en lugar de luchar con él a brazo partido, le dio de puntapiés en las espinillas valiéndose de los altos tacones de los zapatos, le golpeó en la tráquea que es, según dicen, el punto más vulnerable de la anatomía del hombre y le dio un pellizco retorcido en una oreja.

Finalmente logró poner en práctica una vieja artimaña vulgar, mas de excelentes resultados: le introdujo el dedo meñique en la nariz y lo subió con fuerza.

Nández lanzó un gemido, este gemido se convirtió en aullido y tropezó en su prisa por levantarse y alejarse de aquel dedo torturador. De un salto retrocedió. Puso cierta distancia entre él y la muchacha, golpeándose la nariz y lanzando exclamaciones en español.

Pat no intentó incorporarse, rodó sobre si misma, asió el bolso y lo abrió con violencia. De él cayó la pistola ametralladora.

Nández se echó sobre ella, de un brinco, y trató de administrarle un puntapié sin conseguirlo. Pat probó a amartillarla. Nández tornó a querer arrebatársela de un puntapié, pero tampoco esta vez lo consiguió.

Al cabo Pat se salió con la suya y el arma comenzó a gemir como un violón gigante y a vomitar cápsulas vacías, mas sus proyectiles pasaron, todos, junto a Nández y arrancaron yeso a las paredes del corredor.

Pat afinó la puntería; una vez más coceó Nández, ahora con suerte, pues la pesada arma salió disparada contra la pared, chocó con ella y cayó al suelo mientras gemía Patricia y sacudía los dedos

lastimados.

Mientras Nández arremetía contra ella, anduvo en la bolsa con la mano izquierda y sacó el revólver que disparaba los gases lacrimógenos. Nández había cometido un error irreparable al creer que no había otra arma de fuego en el bolso. Pat le apuntó con la boca del revólver en pleno rostro, cerró los ojos y oprimió el gatillo. El arma tuvo un movimiento violento de retroceso porque tenía pegada la boca a la piel de Nández e hizo un ruido alarmante.

Nández gritó, rodó por el suelo. Pat se levantó y corrió a la puerta con los ojos cerrados. Pero naturalmente, erró la salida, se dio un golpe contra la pared del pasillo, se cayó sobre una silla con los ojos cerrados todavía y sin respirar. Por fin dio con la puerta y atravesó el umbral.

Estuvo en un tris que no se cayera de cabeza, por la escalera, más no abrió los ojos hasta verse en el portal. Cuando asomaba la cabeza al exterior, sintió que la asían por un brazo.

—¡Eh, poco a poco, amiguita! —dijo la voz del afeminado Lizzie, al propio tiempo.

Pat no hizo ningún movimiento porque Lizzie empuñaba un automático en la otra mano y en sus límpidas, singulares pupilas brillaba un siniestro fulgor, el frío valor del asesino.

—Por fortuna no he perdido, de vista a Nannie-observó en tono seco —. ¿Qué le has hecho?

—¡Suélteme usted!

—¡Al momento! —exclamó Lizzie. Y cesó de oprimirle el brazo.

Luego, con tal ligereza que Pat no tuvo tiempo de hurtar el cuerpo la golpeó con el automático. EL golpe fue asestado con cegadora rapidez y muy acertadamente, lo cual quería decir que otras veces había puesto en práctica la hazaña.

La cabeza de Pat se llenó de zumbidos; cortinas de color escarlata descendieron ante sus ojos, oscilaron, negras manchas giraron en su fondo.

Después, un sonido musical como si se hubieran puesto en movimiento langostas a millares, vibró en sus oídos y se resolvió en latidos que, a su vez, se transformaron en pulsaciones de sus muñecas.

Todo el tiempo se dio cuenta de que la llevaban en volandas y cuando abrió los ojos estaba en el suelo del pasillo, atada y

amordazada.

De pie, ante ella, vio a Seco Nández desahogando su ira con accesos dolorosos y pausados durante los cuales se expresaba en español. No profería feos vocablos pero sí los acentuaba con mucho énfasis.

Ofendía mirar el lado izquierdo de su semblante porque en él habían abierto un feo boquete los gases lacrimógenos. De él surgía aun un hilo de sangre y sus ojos, convertidos en fuente de lágrimas, disolvían y amortiguaban el fluido escarlata.

Era evidente que Nández no veía todavía.

Transcurrieron de este modo unos diez minutos que empleó Lizzie en examinar el contenido del bolso de Pat y la pistola ametralladora. Nández se enjugaba la cara y finalmente, comenzó a ver un poco.

Al divisar a Pat lanzó un gruñido feroz y le arrancó a Lizzie la pistola.

—¡Aquí! ¡Maldición! —ladró Lizzie; ambos lucharon por la posesión del arma.

Nández gritaba:

—¡La mataré, señor! ¡No tiene nombre lo que me ha hecho!

—No pierdas la cabeza-le recomendó Lizzie.

Nández continuó el forcejeo hasta apoderarse de la pistola. Con ella en la mano trató de hacer fuego sobre Pat, pero se lo impidió el amartillado gatillo.

Maldiciendo le arrojó el arma en la cabeza con toda su fuerza. Erró la puntería. El arma chocó con la pared, saltó y cayó al suelo tan cerca de ella que; instantáneamente, rodó Pat sobre si misma, dándose mucha prisa, y trató de cogerla.

Se lo impidió Lizzie poniéndole encima un pie.

—¡Vaya una muñeca! —observó, dirigiéndole una sonrisa—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

Para que pudiera responder le quitó la mordaza.

Pat dijo:

—Ignoro a que viene todo esto. Vengo a esta casa para ver a un amigo y bajaba por el pasillo, cuando ese individuo-y señaló a Nández —, se apoderó de mí.

—¡Preciosa! ¡Es una mentira muy bien urdida! —exclamó Lizzie —. Un embuste de tomo y lomo. Tú eres prima de Doc Savage y has

sobornado a la hechicera telefonista rubia de la Asociación a fin de que ella te dejara ocupar su lugar. Te conozco, amiguita. Se dice que vales y creo que es verdad lo que se dice.

Nández guardaba silencio.

—¿De modo que esta señorita es parienta de Doc Savage?

—Sí, y por ello toma un feo giro la cosa. Este lugar no es el refugio de Sultman, ¿cómo te hallas, pues, en él?

—Porque vi que ella me seguía-replicó Nández.

Lizzie cargó el peso de su cuerpo sobre el cuello de Pat.

—¿Qué es lo que sabes, preciosidad?

—Nada-replicó miss Savage.

—Eso es, probablemente, un embuste, pero no está mal.

Lizzie volvió a sonreír. Luego miró a Nández.

—¿Te encargas tú de la faena, Nannie? —interrogó.

—Sí; pero ¡no me llames Nannie!

Lizzie soltó la carcajada y salió.

Pat dedujo que ambos se habrían puesto de acuerdo respecto a su propia suerte durante el periodo de negrura que sucedió al golpe recibido en la cabeza.

Nández sacó de su bolsillo una navaja pequeña, muy afilada, a juzgar por el brillo de la hoja.

Lizzie apareció inesperadamente en la puerta del corredor y dijo:

—Mejor será que aguardes a que deje de sangrarte la cara de lo contrario llamarás la atención de los transeúntes.

—Sí, —gruñó Nández.

Lizzie volviéndose agregó:

—¡Cuidado Nannie! ¡No dejes las huellas de tus dedos! —Y partió, una vez más.

Nández estuvo algún tiempo mirando a la puerta con el ceño fruncido; notando a continuación que de su semblante no manaba ya la sangre, se levantó, sosteniendo levemente el cuchillo entre los dedos.

Así avanzó con el aire del hombre resuelto a acabar de una vez.

Pat, súbitamente helada de horror, trató de gritar, pero le falló la voz. Emitió leve queja, apenas perceptible.

—Nadie oirá eso-dijo Nández. Y se inclinó sobre ella.

CAPÍTULO VII

LA SOMBRA

SE equivocaba al presumir que no se iban a oír los alaridos. Los oyó Lizzie.

Pero Lizzie estaba, ahora, el lado opuesto de la calle, y esperaba que se producirían.

Los agudos, penetrantes lamentos surgidos del viejo caserón, hubieran podido achacarse a las ráfagas del viento helado otoñal que soplaba en aquellos momentos.

Los que sonaron después eran inconfundibles, verdaderos gemidos espantosos, alaridos espeluznantes, impregnados de un siniestro terror a la muerte.

—¡Condenada chiquilla! ¿Por qué no la habrá amordazado? —se dijo Lizzie entre dientes. Hizo ademán de ir a cruzar la calle y retrocedió bruscamente.

Había aparecido un agente, un policía rechoncho, pesadote, con las rojas orejas ocultas bajo el cuello del abrigo de reglamento. Había oído los gritos y llegaba corriendo. Al llegar frente a la puerta de la casa fisgoneó un poco, luego entró. Los gritos habían cesado.

Lizzie lanzó un juramento feroz y sacó el revólver.

—¡Malditos policías! —refunfuñó; y voló a la acera opuesta. No entró en la casa, se detuvo fuera y aplicó el oído. Todavía era posible que hubiera huido Nández por la parte de atrás. Desde su sitio oyó jurar al agente con voz fuerte como si se hallara sorprendido. Luego bajaron unos pies la escalera.

Lizzie retrocedió a escape y antes de que reapareciera el agente se ocultó en el portal contiguo.

Mas el policía no miró en torno, circunstancia que le llenó de asombro y de un agradable sentimiento de alivio. Corrió a la

esquina y alargando el pescuezo, Lizzie le vió utilizar un teléfono público, adosado a un poste.

—Eso quiere decir que ha huido Nández —se dijo sonriendo, y tornó a escuchar.

En una ocasión creyó oír ruido en la parte posterior de la casa, algo así como el roce apagado de unos pies calzados con zapatos de suela de goma que oprimieran, con fuerza, un suelo de hierro u hormigón.

—¡Es Nández! —se dijo, lanzando un suspiro. Y se alejó de la casa.

A toda prisa avanzó en dirección Este hasta llegar a una calle donde, a pesar del frío invernal de la noche, circulaban algunos peatones y la cruzaba alguno que otro taxi. Aun así no tomó todavía uno porque sabia que sus conductores tienen buena memoria, sino que se mezcló a los transeúntes y se hundió en la boca más próxima del metropolitano.

No parecía que le hubieran seguido hasta allí.

Entre tanto, en la calle que había dejado a su espalda se apartaba el agente del aparato telefónico, avanzaba en dirección a la casa y penetraba en su interior para reaparecer, a poco, enjugándose la frente. Su rostro asumía una expresión particular.

Un ruido débil, desgarrador sonó a distancia, aumentó de volumen y se convirtió en el lamento de una sirena. El coche, que era un gran faetón, patinó sobre el pavimento y chirriaron sus ruedas al efectuar la parada.

En su parte de atrás, Hardboiler se despojó, de la manta con que se cubría las piernas y pies desprovistos de zapatos, hizo una mueca mientras se calzaba las alpargatas de lona y se apeó, murmurando:

—Hace mucho frío ya y se me hielan los pies con las alpargatas.

EL agente de vigilancia se le acercó corriendo. Señalando por encima del hombro con el pulgar le gritó:

—¡Es ahí dentro!

Hardboiler dobló la cerviz ante los embates del viento.

—¿Está muerto? —interrogó.

—Tan muerto como mi abuelo-replicó el agente —. ¡Es espantoso!

—Como todo el caso que nos ocupa ahora —replicó Hardboiler. Penetró en la casa y ascendió la escalera. No dijo nada más, pero

sacó una lámpara de bolsillo y se coló en la habitación, asestó sus rayos en torno por espacio de unos segundos, sin embargo, dedicó casi toda su atención al cadáver que estaba en el suelo.

El cadáver ofrecía un horrendo espectáculo.

Hardboiler retrocedió un paso, recogió del suelo un bolso de señora y examinó su interior. Dentro de un tarjetero había varias tarjetas impresas que ostentaban un nombre: Patricia Savage. Debajo se leía una dirección: la del salón de belleza y gimnasio de la Park Avenue.

—Pat Savage-balbuceó Hardboiler —. Es una parienta del hombre de bronce.

—Que le ayuda mucho, según se asegura —observó el agente.

—A lo que parece así lo ha hecho aquí-replicó, con acento sombrío, Hardboiler.

El corpulento inspector de policía dio todavía otra vuelta en torno a la habitación alumbrándose con la lámpara, movió la cabeza y bajó la escalera.

—Esto va a poder más que yo-dijo pausadamente —, si no consigo atar cabos. ¡Qué se vaya en busca del forense!

Marchaba en dirección del faetón cuando hizo alto y agregó:

—Preparad la red para Doc Savage. Que se le busque en toda la ciudad. Ese hombre de bronce sabe algo que no quiere confesar.

El agente se instaló en el corredor. Había descubierto la llave de la luz y la encendió. La claridad parecía levantarle el ánimo.

En cierta ocasión creyó oír ligero ruido que se producía en la fúnebre habitación y abrió la puerta sin ver nada. Entonces volvió a cerrarla como para apartar cuanto antes de sus pensamientos la macabra escena que había contemplado.

No hacia mucho que se había cerrado la puerta cuando se alzó en silencio el bastidor de la ventana. Era aquel ruido que había llamado la atención al agente.

Una sombra gigante se coló por la ventana. Simultáneamente y fino como un lápiz surgió un rayo luminoso de la oscuridad, erró por la pieza, descansó en el cadáver y lo iluminó un instante de pies a cabeza.

Estaba contorsionado como si se hubiera desplomado a impulsos de un espantoso dolor. El rostro presentaba honda quemadura en uno de los carrillos, los labios aparecían mordisqueados y tintos en

sangre.

Los ojos se salían materialmente de las órbitas como impulsados, desde el otro lado, por una fuerza irresistible. Los músculos unidos a ellos habían tomado un horroroso color gris.

El intruso gigante se inclinó sobre aquel cuerpo inanimado y su diestra le registró los bolsillos. En cierta ocasión aquella mano penetró en el campo luminoso de la lámpara y se vió que tenía la piel del color metálico del bronce así como unos grandes tendones. Las cartas halladas en los bolsillos iban dirigidas, todas, a un tal Seco Nández.

El hombre de bronce examinó luego el bolso de Patricia sin separarlo del suelo donde se le había vuelto a dejar.

Ni el más leve rumor señaló su aproximación a la ventana ni tampoco cuando pasando a través del hueco abierto sentó la planta en la escalerilla de escape, para caso de incendio.

Por ella descendió al primer descansillo, asió allí un cordón de seda unido a un garfio de metal y se deslizó por él a la calle. Un ligero tirón del cordón desenganchó el garfio de la escalera y el hombre de bronce se lo guardó bajo la ropa.

Se unió a dos siluetas varoniles que, silenciosas, le aguardaban en la sombra.

Monk con el cerdo, silencioso, bajo un brazo, interrogó:

—¿Qué has descubierto, Doc?

—A un muerto con los ojos desencajados que se llamó Seco Nández-replicó Savage —, y junto a él, la bolsa de Pat.

—¡Qué extraño! —murmuró el atildado Ham—. Algo anormal ha ocurrido ahí dentro.

Junto a ellos, procedente de las tinieblas, surgió la voz de Pat.

—¡Tú lo dices! —exclamó.

Monk dio un salto y estuvo en un tris que no dejara caer a Habeas. Ham enarboló instintivamente el estoque. Sólo Doc permaneció impasible.

Patricia Savage se destacó en la oscuridad.

—Estaba rondando por aquí-manifestó, pues me daba el corazón que ibais a venir.

—Nos hemos puesto a mal con la policía-explicó Monk, —pero nuestros aparatos de radio han captado una llamada dirigida a ella que es la que ha traído a Hardboiler por estos barrios. Con motivo

de ella hemos venido a indagar lo que sucede.

Doc Savage interrogó:

—¿Qué es lo que ha pasado, Pat?

Patricia era mujer poco dada a lamentaciones y por ello su voz no tembló mientras hizo el resumen de lo acaecido desde la hora en que oyó el diálogo, entablado en la Asociación entre Lizzie y Nández hasta el inesperado y sangriento desenlace de la aventura.

—Este Nández-dijo para concluir —, se inclinó sobre mí, con un cuchillo en la mano. Era criminal por temperamento. Lo vi en sus pupilas. Me asió por la nariz con objeto de hacerme enmudecer en el caso de que intentara gritar y me echó atrás la cabeza. Entonces... ocurrió una cosa extraordinaria.

—¿Le sobrevino la muerte endémica? —interrogó Doc.

—Comenzó a gemir-repuso Pat con un hilo de voz —, y sus ojos... ¡OH, que horror...!

—Nosotros hemos visto morir con los ojos desencajados a todos los individuos que ocupaban una habitación-murmuró Monk.

Ham balanceó, nervioso, su bastón.

—¡Doc, esto es increíble! —exclamó—. Es como si un poder sobrehumano aplastase a todos esos seres en el momento de ir a perpetrar un crimen, ¿Qué es lo que origina esa muerte?

Y Monk agregó:

—¿Y por qué hiere sólo a aquellos que van a matar a una persona o que la acaban de matar?

Sucedió a aquellas palabras una pausa prolongada mientras se aguardaba una respuesta de Doc, mas, como no contestó nada ni tampoco dio muestras de intentarlo, Pat se encargó de romper la tensión.

—Cuando Nández hubo... concluido-siguió diciendo-corté mis ligaduras con su mismo cuchillo, salí al corredor y por la escalera descendí a la parte posterior de la casa, temiendo que me alcanzara Lizzie, compinche de Nández, en el caso de que hubiera vuelto de la calle...

—Y una vez sana y salva nos has aguardado aquí-concluyó Ham.

—Aguarda-le rogó Pat, —que tengo que referiros una cosa que ocurrió después.

—¿Qué fue? —deseó saber Doc.

—Alguien salió de la casa.

—Quizá fuera el agente de vigilancia, ¿no te parece?

Pat negó con un movimiento enérgico de la cabeza.

—No. Era la silueta, gigantesca, de un hombre, de un ser casi tan corpulento como tú, Doc, que con el sigilo de una sombra descendió por la escalerilla de escape.

—¡Hum! ¿Por la escalerilla de escape? —gruño Monk.

—Justamente —afirmó Pat—. Me pareció que había estado todo el tiempo junto a la ventana, por la parte exterior.

—¿Y le viste claramente? —volvió a interrogar Doc.

—No; como estaba la calle a oscuras me pareció vago fantasma.

Monk lanzó un súbito resoplido y dijo:

—¿Oíste el ruido de sus pasos mientras descendía por la escalerilla? Quiero decir: ¿hizo crujir sus peldaños?

—Toma, ahora creo recordar que así fue —murmuró Pat.

Ham gruñó:

—¿Qué es lo que pretendes demostrarnos, mono salvaje?

Doc Savage se encargó de replicar.

—Monk está pensando en unas alpargatas de lona con la suela de goma ya que, en ocasiones, esta clase de suelas crujen sobre el suelo de hierro.

Ham comenzaba a decir:

—Pero, que... —y quedó silencioso de repente. Pensaba en Hardboiler Humbolt y en sus zapatillas de lona.

Poco después él, Doc, Monk y Pat, corrían por una calle próxima metidos en el sedán.

—Lo hemos sacado de casa-le explicaba Monk a Pat —. En el garaje hemos dejado el coupé y el roadster porque los anda buscando la policía. Son demasiado conocidos.

—Y de paso vimos la nube de agentes que rodea el edificio-añadió Ham.

Pat dirigió una mirada a las casas oscuras que pasaban, veloces, por delante de la ventanilla, y se estremeció.

—Tenemos en contra a la policía-dijo muy quedo —. Uno de nuestros hombres acaba de morir asesinado y para colmo ignoramos dónde está Lorrey. Por otra parte innúmeros seres sucumben al ataque de una misteriosa epidemia. En conjunto me falta el ánimo.

—¿Te retiras? —dijo Doc—. Haces bien en abandonarnos.

—¡No seas bobo! —exclamó Pat—. Dinos qué vamos a hacer

ahora.

—Pues, como se vigila nuestro departamento-repuso el hombre de bronce —, nos refugiaremos en el de Renny.

Renny Renwick, notable ingeniero y uno de los famosos cinco ayudantes de Savage se había, antes de relacionarse con el hombre de bronce, labrado una fortuna de varios millones y todavía percibía grandes emolumentos como resultado de su trabajo.

Habitaba en el Central Park, uno de los más destacados rascacielos de la ciudad planeado por él mismo y la erección del cual había, asimismo, dirigido y su departamento era una maravilla, un portentoso conjunto de cristal y de hierros artísticos La amplia terraza era en realidad un invernadero acristalado y lleno de plantas tropicales.

Renny no estaba en casa. Doc tenía una llave del piso y pudieron entrar.

—¿Qué habrá sido de Renny? Su silencio prolongado me ataca los nervios-dijo, pensativo, Monk —. ¿Habrá o no habrá leído el mensaje que le dejarnos escrito sobre el cristal de la ventana?

Doc no pudo contestar porque en aquel momento asía el auricular del teléfono. Una vez obtenida una comunicación sucesiva con todas las emisoras de radio de Nueva York habló vivamente por teléfono. Tras de haber comunicado con la primera dio media vuelta a la llave de un moderno aparato de radio que allí había.

En aquel momento se radiaba una danza en boga y por cierto que era una maravilla de acústica pero casi al momento quedó interrumpida.

—Señores, perdón. Ahora debo lanzar un comunicado importante-dijo el locutor —. Que el número diecisiete trate de comunicarse con su jefe. Que vele por su vida. Que no hable con nadie. Sepa el número diecisiete, para su conveniencia, que hoy han asesinado a Leandro Court.

Después volvieron a sonar los acordes melodiosos de la orquesta y Doc captó otra estación. Un anuncio parecido al primero fue, al poco rato, radiado desde ella.

El número diecisiete era el que llevaba en la nómina de pagos de Doc, Roberto Lorrey.

Y el hecho de que el hombre de bronce quebrantando la rutina, hubiese logrado insertar anuncio tan extraordinario en todas las

emisoras de radio, era una señal de su influencia.

—Espero que antes de mucho aparezca Lorrey-dijo Monk.

CAPÍTULO VIII

LA GLANDULA DEL CRIMEN

A aquella misma hora, sólo que a varias manzanas de distancia del rascacielos donde había instalado Renny su ostentosa mansión, el esbelto y afeminado Lizzie oía decir con acento de impaciencia:

—¡Supongo que al fin aparecerá ese Lorrey!

Lizzie se encogió de hombros. Parecía más frágil, más delicado, con el nuevo, irreprochable traje de etiqueta que vestía a la sazón y nadie le hubiera creído capaz de la sangre fría demostrada al dejar solo, momentos antes, a su compinche para que éste degollara a una mujer.

Janko Sultman paseaba de un lado a otro en la habitación vecina.

Todavía llevaba el llamativo traje de cuadros, pero un blanco vendaje ceñía a la sazón su erizada, crespa cabellera. De vez en cuando se palpaba el vendaje con ambas manos.

—¡Demonio de Boke! —gruñó en una ocasión—. De haberme entrado la bala un poco más abajo ¡adiós Sultman!

Lizzie se arregló la cadena de oro pálido que le atravesaba el chaleco, a la altura del abdomen.

—Descríbeme a ese Boke y verás qué pronto doy cuenta de él-dijo perezosamente.

Sultman abrió los brazos.

—La idea es buena —concedió—, mas no podemos ponerla en práctica.

—¿Por qué?

—Porque ni conozco a Boke ni tampoco sabría dónde irle a buscar.

—¡A otro perro con ese hueso! —exclamó, incrédulo Lizzie—. Si

no le conoces ¿cómo has entrado en contacto con él?

—Por mediación de Frightful, el hombre de la cara de bruja-explicó Sultman —. Ambos suponían que por ser yo doctor en medicina debía conocer forzosamente la Institución fundada por Savage para cura de criminales. Pero, entre Boke y yo medió siempre Frightful. Ni una vez siquiera logré echarle la vista encima. Únicamente le he oído hablar por teléfono. ¡Tiene una voz muy suave!

—¡Si, tan suave como sus procedimientos! —exclamó Lizzie dirigiendo una mirada de soslayo a la cabeza de Sultman—. Pues, si no mienten los periódicos Frightful ha muerto con los ojos desencajados. Se le ha hallado en una habitación llena de cadáveres.

—¡Esa es otra! La epidemia misteriosa... ¿Qué la origina? Yo no lo entiendo.

Un hombre apareció en la puerta y anunció:

—¡Roberto y Sydney Lorrey!

Janko se disgustó visiblemente y lanzó un juramento.

—¡El muy bobo se ha traído a su hermano!

Lizzie observó:

—Van juntos a todas partes desde que de una manera tan amable, le concediste unos días de vacaciones a Roberto-Prorrumpió en una carcajada y agregó: —Me agradaría saber si ha descubierto Doc o no a estas horas, los falsos telegramas.

Sultman pateó con rabia.

—¡Maldito sea! ¡Tenemos que desembarazarnos cuanto antes de Sydney! Yo no puedo sobornar a los dos.

Lizzie observó, sonriendo:

—Eso corre de mi cuenta. —Y se dirigió a la puerta.

Sultman balbuceó:

—Oye: ¿qué vas a hacer?

—Dame cinco minutos y arreglo el asunto —le prometió Lizzie.

Luego salió de la habitación.

Janko Sultman se apresuró a dar entrada en la habitación a tres individuos.

Por su aspecto sencillo se hubiera tomado a los tres por empleados de un banco que acudieran a darle cuenta del trabajo del día, pero cada uno de ellos llevaba una pequeña ametralladora bajo

el brazo.

—Lorrey va a llegar de un momento a otro-les dijo Janko Sultman —. No le perdáis de vista.

Uno de los hombres inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—¿Temes un ataque? —interrogó.

—No tanto, pero sí que se me escape, como Leandro Court, y me amenace con apelar a Doc Savage. Esto es, sobre todo, lo que hay que evitar.

—Bien-dijo el hombre —. De ser así espero que no se me administrará la misma dosis de medicina que al compañero pastado cerca de Court. Porque ya recordarás que ese mocito murió con los ojos desorbitados.

—¡No seas bobo! —exclamó Sultman—. Aquí no hay nada que pueda hacerte daño. El asesino de Court sufrió un ataque espasmódico.

—Y ¿lo mismo sucedió en esa casa de que nos hablan hoy los periódicos? —interrogó un segundo individuo.

—¡Vaya, no se hable más de eso! —gimió Sultman—. ¡Daos prisa! Yo os ocultaré.

La habitación tenía un friso, alto, de madera y sus paredes se hallaban pintadas al fresco con evidente buen gusto. Sultman cruzó la alfombra (el vendaje daba a su semblante cierto aire grotesco) y abrió uno de los paneles de madera del friso.

Detrás había un hueco suficientemente holgado para dar cabida a un hombre quien, desde el interior, podía ver lo que pasaba en la habitación a través de una ingeniosa cortinilla de color que formaba parte del fresco pintado sobre el friso. Uno de los tres forasteros fue instalado por Sultman en aquel escondite.

Y como quedaban, todavía, dos nichos se apostó en ellos a los dos bandidos restantes.

—Bueno, ya está bien-decidió Sultman.

Desde su observatorio los tres hombres divisaban la pieza en toda su extensión con solo mover la cabeza, ya que el fresco era transparente en el punto ocupado por el nicho. Únicamente aparecían trastocados los colores a causa de la pintura situada ante su vista.

Unos segundos después Janko Sultman estrechaba la mano de un caballero alto, de espalda un tanto curvada, que afirmó ser Roberto

Lorrey.

Su aspecto no podía ser más vulgar. Tenía los cabellos de un color indefinido, y los ojos claros amparados por gruesos lentes. No le hubiera sentado mal un buen planchado al abrigo gris que le cubría y se tapaba hasta las orejas con el voluminoso cuello de rizada piel de astracán.

—Le presento a mi hermano Sydney-dijo a Sultman.

—¡Ah, sí! Le conozco de oídas-dijo Janko mintiendo con la mayor desfachatez —. Son ustedes mellizos, ¿eh?

Ello no era difícil de adivinar ya que Sydney era una copia de Roberto, del que se diferenciaba sólo en un mayor abombamiento de la frente. Era muy posible que fuera el soñador y el más idealista de los dos.

—Sí, señor-afirmó Roberto; —por ello espero no le sorprenderá que me acompañe. Nos queremos mucho y colaboramos en todos nuestros trabajos científicos.

—Roberto sufraga los gastos de casi todos mis experimentos-agregó Sydney.

—Pues bien: sea bien venido-le dijo, otra vez mintiendo Janko Sultman.

Inesperadamente sonó el timbre del teléfono.

Sultman pareció sorprenderse, se acercó al instrumento y tomó el receptor.

No era muy buen actor porque no pudo impedir que le asomara a la cara cierto aire de complacencia.

—Para Sydney Lorrey-manifestó.

Este habló unos segundos por teléfono y estaba visiblemente perplejo cuando dejó el auricular.

—Debo marcharme-dijo —. Me llaman y al parecer es cosa urgente.

Luego partió.

Entonces Janko Sultman hizo a Roberto los honores de la casa, como su dueño legitimo que era, ofreciéndole excelentes cigarros y un buen licor, todo lo cual rehusó el caballero alegando su cualidad de abstemio.

—Sí, como resultado de la educación de Doc Savage ¿eh? —observó en tono seco Sultman—. Se dice, y con razón, que el hombre de bronce es un puritano.

Roberto se quedó inmóvil en la silla y, maquinalmente, se ciñó más al cuello la piel del tapabocas.

—Usted se confunde-respondió —. Apenas conozco a ese Doc Savage de que me habla y que debe ser el mismo hombre de bronce que de modo tan quijotesco saca al prójimo de apuros.

Janko observó riendo:

—Está usted entre amigos. No disimule.

—Yo apenas le conozco-insinuó Lorrey.

Sultman fingió no haberle oído.

—Sé muchas cosas-observó con una sonrisa —. Por ejemplo: que Savage realiza cosas extraordinarias. Una de las más extraordinarias es, tal vez, su costumbre de enviar a los criminales de quienes se apodera, a una institución poco común que se halla en la parte Norte de este estado.

Roberto Lorrey dijo vivamente:

—Si presume que estoy al corriente de ello, se equivoca.

—Allí-siguió diciendo Sultman —, se somete a los criminales a un tratamiento gracias al cual se transforman en hombres honrados. Es extraño ¿verdad? Pues sin embargo, es así.

Con sumo tiento se arregló la venda, luego encendió un cigarro sin quitarle la vista de encima a Lorrey.

—Doc Savage se ha apoderado de muchos indeseables durante su larga carrera-prosiguió —. Es un hombre extraordinario, verdaderamente extraordinario y asimismo es un sabio. Posee vastísimos conocimientos en materia de química, mas, sobre todo, es un hábil cirujano.

Lorrey se humedeció los labios.

—¿Con qué fin me cuenta todo eso? —interrogó a Sultman.

Janko fingió no haberle oído y siguió de esta suerte:

—Por ello ha descubierto que el crimen es, hasta cierto punto, una enfermedad mental. Es algo así como una inflamación de las amígdalas y cuando un hombre tiene las amígdalas infectadas, el tóxico se filtra gradualmente a su sistema nervioso de modo que, poco a poco también se va irritando. Irritado padece ataques y se pone insoportable.

—No sea tan elemental, no es preciso-le rogó Lorrey.

—Bien. —Sultman le dirigió una sonrisa—. Pues en el cuerpo humano hay muchas glándulas que lo segregan todo comenzando

por la transpiración para acabar en... en los jugos gástricos. De estas glándulas las menos conocidas son aquellas que están en el cerebro.

—¿Y qué tienen que ver con ella la teoría según la cual es el crimen una enfermedad?

—Ah, muchísimo, porque entre dichas glándulas y en determinada sección del cerebro, hay una pequeña, que rige el comportamiento-replicó Sultman —. Si esa glándula se desarregla, el paciente perderá la noción del bien y del mal. O dicho de otro modo, se sitúa en posición tal que se le da un bledo de lo que hace y de las consecuencias que resultan. He aquí lo que ha descubierto Doc Savage.

—Pues yo no le atribuiría el descubrimiento-observó Lorrey —. Más de un entendido en materia de criminología ha llegado hoy a una conclusión parecida.

Sultman se encogió de hombros.

—Sea como fuere es Doc Savage el que cura la enfermedad de esa glándula, allá, en la benéfica institución erigida al Norte de Nueva York-dijo —, y él únicamente transforma un indeseable o criminal en un hombre honrado. Y al propio tiempo, les arranca o separa determinados nervios del cerebro también para hacerles olvidar el pasado.

—¡Es maravilloso! —exclamó Lorrey.

—Para usted no lo es-replicó Sultman con una sonrisa —, porque no ignora cuanto acabo de decirle desde el momento en que es uno de los operadores del Instituto de Doc.— Los tres pistoleros que miraban a Lorrey desde sus nichos respectivos, comprendieron por el súbito envaramiento de su cuerpo, que le sorprendía la revelación inesperada de Sultman.

Le oyeron decir con pronunciado acento nasal:

—Nadie sabe lo que acaba de revelarme. ¿Cómo ha llegado a sus oídos?

También vieron lanzar a Sultman una bocanada de humo por la nariz antes de apagar el cigarro y luego le vieron acercar su silla a la de Lorrey haciendo caso omiso de la tendencia a evitar aquella aproximación por parte de Lorrey.

Reparando en la codiciosa expresión de su rostro se dijo uno de los pistoleros que parecía un caníbal en el acto de prepararse a devorar su alimento.

Janko Sultman se expresaba, ahora, más deprisa, pero como al propio tiempo había bajado la voz, sus palabras no llegaron a oídos de los pistoleros.

Lo que sí vieron fue toda la gama de emociones que ellas producían en el semblante de Lorrey.

Una sorpresa manifiesta se pintó en él; de momento, se transformó en una escandalizada expresión y más tarde, conforme iba hablando Sultman, aturdimiento, admiración y horror se sucedieron, rápidamente. Con los ojos relampagueantes de ira gritó aquel ser inofensivo:

—¡Váyase al infierno! —y se puso en pie de un salto.

Sultman dejó caer el cigarro y se levantó también, gritando:

—¡No sea bobo! Yo levantaré la pieza. A usted le valdrá cien mil dólares.

—¡No! —exclamó Lorrey.

—¡Un cuarto de millón! —dijo el otro a la desesperada.

—¡No!

—¡Un cincuenta por ciento de todo lo que nos embolsemos!

—¡Repito que se vaya al Infierno! —gritó Lorrey. Y retrocedió en dirección de la puerta.

Sultman se echó a un lado y ordenó a sus hombres:

—¡Ojo! ¡No le dejéis salir!

—No saldrá —dijo inesperadamente Lizzie desde el umbral.

Había vuelto sin hacer ruido y era evidente que no sospechaba que Sultman tuviera gente apostada tras del friso de madera de la pieza.

Lorrey se volvió a medias y vió el automático plano que empuñaba la delicada diestra femenil del bandido. Entonces alzó los brazos.

Sultman preguntó a Lizzie:

—¿Te has desembarazado de Sydney?

Lizzie se echó a reír.

—No ha sido menester-replicó —. Le dije cuando le llamé aquí por teléfono que tenía que comunicarle un secreto importante y le señalé como punto de reunión una farmacia tan distante que no volverá a tiempo de molestarnos.

Roberto Lorrey tragó saliva antes de interrogar:

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Leandro Court, su amigo, me desafió y tuve que matarle-repuso Sultman con una sonrisa —. Mas no volveré a cometer tan tonta equivocación. Con usted emplearé otros medios.

—¿Eso qué significa?

—Que antes procuraré persuadirle de que debe obedecerme —le contestó Sultman—. Justamente lo tengo todo planeado.

—¿Incluso lo que le sucederá en el caso de que me ocasione el menor daño?

Sultman sintió el alfilerazo. Fue cosa de un instante. A continuación exclamó.

—¡Yo no le tengo miedo a Savage! Conque, prepárese a acceder a mi deseo.

La respuesta de Lorrey fue abalanzarse sobre el automático. Cogido por sorpresa, Lizzie permitió que el sabio le pusiera la mano encima. AL propio tiempo una patada en la espinilla le hizo caer al suelo y soltó el arma.

Janko Sultman se olvidó de que tenía a los pistoleros apostados detrás de él, en los nichos de la pared, y saltó sobre Roberto Lorrey. Aturdido, éste perdió el automático.

Lizzie se alzó, gruñendo, del suelo, sacó un "stileto" de debajo de la pechera inmaculada del traje de etiqueta. Dio unos pasos en dirección de Lorrey y... se detuvo en seco.

Dejó caer el cuchillo al llevarse una mano a los ojos, ligeramente desencajados.

—¡Ay, mi cabeza! —gimió de manera espeluznante—. ¡Mis ojos! No sé qué...

Había cerrado la puerta al entrar en la habitación, mas ahora sonó en ella un fuerte choque y la explosión de la madera hecha astillas. AL primer choque sucedió un segundo. Y un puño-un puño increíble que parecía el de un gigante-atravesó el panel de parte a parte. La puerta se vino abajo.

Por el boquete abierto entró un hombre grande como una torre de huesos y tendones.

Roberto Lorrey miró con los ojos muy abiertos al recién llegado y pegó un salto.

—¡Renny! —exclamó con embeleso.

CAPÍTULO IX

UNA PRUEBA DE BOKE

RENNY dirigió una mirada en torno y su rostro afilado de puritano asumió melancólica expresión. Esa era la señal de que estaba disfrutando, ya que, cuanto mayor tristeza demostraba, mayor interés se tomaba por los acontecimientos.

Era un gigantón de doscientas sesenta libras, poco más o menos, peso que era el de sus huesos, sobre todo de sus cartílagos, y de poca cosa más.

Sin embargo, a pesar de su estatura y volumen, poco comunes, las proporciones de sus puños guardaba tan poca relación con el resto de su cuerpo que, por contraste, éste último parecía pequeño.

Lizzie continuaba haciendo eses, arañándose cara y ojos. No se había desplomado. Poco a poco, iba recobrándose de los efectos del ataque.

—¡Es la muerte de los ojos desencajados! —balbuceó Sultman que le estaba observando.

Lorrey le miró también, movido por un interés profesional.

—¿Dónde ha sentido primero la sensación de dolor? —le interrogó—. ¿O ha sentido antes sensaciones de otra índole?

Pero a Lizzie le preocupaba demasiado su propio estado para contestar.

Renny atravesó la habitación con una ligereza sorprendente, dado su volumen, recogiendo todas aquellas armas que se le ofrecieron a la vista. La acción hizo retroceder a Sultman.

Al propio tiempo dirigió una mirada furtiva al friso tras de cuyos cuarterones estaban ocultos sus pistoleros y, aprovechando un momento de distracción de Renny y Lorrey, les ordenó, con un gesto imperioso, que se estuvieran quietos.

Roberto Lorrey preguntó al ingeniero:

—¿Cómo se halla aquí?

El hombre de los grandes puños repuso con cara lánguida:

—Pues a causa de una nota hallada en el despacho de Doc. Ante todo he procurado localizarle mas no lo he conseguido y me he dedicado, preferentemente, a Pat. En la nota me dicen dónde se hallaba.

Lizzie dejó de palparse la cara para dirigirle una mirada fulminante.

Haciendo tintinear en sus manos las armas requisadas, siguió diciendo Renny:

—Pat ignora que yo haya velado por ella porque me mantuve a distancia pero, la seguí cuando echó a andar tras de Nández. Luego él y este niño bonito (por Lizzie) se apoderaron de ella y el segundo la dejó en manos del otro, que se dispuso a degollarla. A Nández se le desorbitaron los ojos cuando me disponía yo a intervenir; sufrió un ataque y murió. Por ello y en vista de que quedaba Pat ilesa, seguí al jovenzuelo y él me ha traído aquí. Hace ya rato que deambulaba por ahí fuera aplicando el oído.

A Lizzie se le habían entreabierto los labios. Sultman pareció indisponerse de pronto. Por vez primera los dos oían hablar de la muerte de Nández, su colaborador, y la desagradable noticia les cogió de sorpresa.

Sultman miró a Lizzie y le dijo entre dientes:

—¡En menudo lío nos has metido! ¡Eres un descuidado y un bellaco!

—¡Vete a paseo! —exclamó el otro, mas estaba preocupado. Para su fuero interno trató de averiguar de qué argucias se había valido Renny, para seguirle sin que él lo notara y se dijo que de allí en adelante tendría que ser más cauto.

Renny agitó la diestra, que empuñaba las armas, y su voz gruesa retumbó llenando los ámbitos de la pieza.

—¡EA, marchemos muchachos! —ordenó—. Todos tenemos que hablar con Doc Savage.

Esto originó un brinco de Sultman, quien pensó en los pistoleros armados de ametralladoras que se ocultaban tras del friso; así, retrocedió lentamente de manera que no interceptara el paso y cuando lo hubo conseguido se estiró y gritó la orden con toda la

fuerza de sus pulmones:

—¡Duro con el hombre alto! ¡No toquéis a Lorrey!

Renny se dio cuenta entonces de que había hombres ocultos en la pieza. Se agachó con el fin de ofrecer el menor blanco posible a las balas y corrió a la puerta. Su idea era luchar resguardado por ella desde el otro lado.

Mas conforme se desarrollaron los acontecimientos, se vió que la precaución estaba de más.

Uno de los paneles de la pared se abrió de golpe-su apertura era indispensable porque estando cerrada no había adentro sitio suficiente para que el pistolero pudiera hacer funcionar la ametralladora-pero el individuo que salió por él no se molestó en hacer uso del arma.

Por el contrario, ella descansaba en el suelo del nicho. El hombre apareció inclinado y aun se dobló más por la cintura con titánico esfuerzo, al parecer, pues el rostro se le puso violáceo.

Mientras le miraban los ocupantes de la habitación se le desorbitaron lentamente los ojos semejantes a los granos de una granada en sazón; parecía como si fueran a caer al suelo. Pero no fue así. Entonces comenzó, a aullar de dolor.

Los otros pistoleros gritaron también, y se retorcieron con fúnebres convulsiones. Uno de ellos salió de su nicho y murió en mitad de la habitación; el otro logró únicamente entreabrir la puerta de su nicho, sin poder salir de él. Terminó su existencia allí confinado, entre espantosas convulsiones.

También les sucedía algo anormal a Lizzie y Janko Sultman. A Lizzie le volvieron a doler los ojos y se agarró, gimiendo, la cabeza. Y por vez primera se le desorbitaron un poco los ojos al segundo. De súbito éste se lanzó a la puerta con un alarido inaudito de terror pero Renny, a quien no afectaba en absoluto el encanto de los ojos, le atrapó y, tranquilamente, le puso un pie en el cuello.

Sin abandonar la postura adoptada„ miró con el ceño fruncido a los tres poseedores de las ametralladoras. Su fin, misterioso e imprevisto, le aturdía, le dejaba perplejo, y, le pareció que, o le engañaban sus ojos o allí había trampa.

Sin embargo, al cabo se convenció de que no era un ardid sino la muerte que se le ofrecía en uno de sus aspectos más tristes y pavorosos y entonces expresó su asombro con la exclamación

favorita que reservaba para las grandes ocasiones:

—¡Por el toro sagrado!

Roberto Lorrey se pasó la mano por la frente e hizo un guiño inexpresivo.

—¡Es la cosa más extraordinaria que he presenciado en este mundo! —exclamó—. ¿Qué la originará?

Renny guardó silencio. ¿Qué podía responder? Tragó saliva varias veces, luego recordó el asunto que traía entre manos y otra vez dedicóse a recoger las armas.

Dio a Lizzie y al aturdido Sultman ligero golpe en el codo y los dos que continuaban levemente afectados por la mortal epidemia, se sometieron dócilmente a un registro de sus personas. Esta vez Renny les despojó incluso de los cortaplumas.

—Bien ahora vamos a ver a Doc-dispuso.

Lizzie y Sultman le obedecieron, como chiquillos castigados y después de una orden dada por el de los grandes puños, se apresuraron a descender la escalera; los dos la bajaron muy despacio. El temor les cerraba la boca.

—¡Sus ojos! —gimió Sultman y le sacudió tal estremecimiento que a poco se cae por la escalera.

Renny le asió inesperadamente por el cuello.

—¿Cuántos hombres trabajan a tus órdenes? —le interrogó.

Sultman abrió la boca y era evidente que estaba a punto de declarar su número cuando, tras de haber reflexionado un instante, dijo, taimado:

—Ninguno más.

Renny le dio un bofetón. No anduvo con chiquitas porque el golpe derribó a Sultman y le hizo rodar los seis peldaños de la escalera que le quedaban por bajar.

—¡Cómo me vengas con embustes te quitaré de un manotazo esa rizada peluca que te has puesto! —le dijo entre burlas y veras.

Sultman no trató de levantarse. Permaneció en el suelo, gimiendo.

—¡Sully, ten la lengua quieta! —le advirtió Lizzie.

Renny dio media vuelta, con las dos manazas asió a Lizzie por la esbelta garganta, le alzó del suelo sin dificultad aparente y le oprimió un poco, como por vía de ensayo. Lizzie agitó los brazos y emitió sonidos inarticulados que tenían algo del croar de las ranas.

—¡Tunante! ¡Ten en cuenta que no me olvido de la crueldad cometida por ti al dejar a Pat en manos de Nández! —tronó.

Y lentamente le oprimió de nuevo la garganta sin aflojar la presión de sus dedos a pesar de los gemidos de Lizzie. El rostro del joven afeminado se cubrió de manchas, luego se tiñó de púrpura y la pequeña lengua rosada surgió, al cabo, por entre los blancos dientes.

Roberto Lorrey, visiblemente nervioso, observó:

—Doc tiene por norma no quitarle a ningún ser humano la vida.

—Lo sé, pero, a veces, se cometen errores —replicó el ingeniero.

Estaba muy serio; mil arrugas se marcaban en torno a su boca y sus pupilas habían adoptado una melancólica, casi lacrimosa expresión.

Janko Sultman se levantó como si se dispusiera a echar a correr, pero Renny le puso un pie delante y le volvió a derribar.

Sultman estaba aterrado. Miró al infortunado Lizzie y se le atragantó la saliva.

—¿No iba usted a conducirnos junto a Doc? —inquirió con un gemido.

—Seguro-dijo Renny, —pero, quizá haya variado de idea y decidido interrogaros, aquí, a los dos. ¿Quién es Boke, el hombre de la voz misteriosa?

—No lo sé-gimió Sultman —. Digo la verdad.

—¿Qué proposiciones te hizo por mediación de Frightful su brazo derecho?

Sultman desvió la vista y exclamó:

—¡La verdad es que me juzga usted muy mal!

Roberto Lorrey, que se había aproximado a la puerta para mirar la calle, oscura a la sazón, dio un salto, de improviso, y lanzó un grito.

Renny se había conducido de tal manera confiando en impresionar, con su actitud, a Lizzie y a Sultman, a fin de que descargaran sus conciencias del peso que las oprimía. Al oír el grito de Lorrey se volvió con la rapidez del rayo. Le impulsó a ello el temor de verle atacado por el misterioso mal.

En vez de esto vió cómo le asía un sujeto moreno, rechoncho, que tenía marcada expresión de idiota. El sujeto en cuestión había logrado apoderarse del arma que casualmente llevaba Lorrey y

tiraba de él con intención de llevárselo fuera.

Renny lanzó un grito de combate y se lanzó a la puerta.

Dos hombres más aparecieron junto al de la tez morena destacándose de la oscuridad de la noche. Ellos se apoderaron de Lorrey. Luego, otros hombres armados entraron tras los primeros.

Renny cayó en mitad del grupo. Se comprenderá la temeridad de su acción si se tiene en cuenta que una luz esplendorosa brillaba del lado interior de la puerta y que ella deslumbraba a los que venían de las tinieblas.

Lo primero que hizo fue romperle la cara a uno de los pistoleros y el hombre cayó de espaldas con la nariz aplastada como por el golpe de un gran mazo.

El segundo pistolero hurtó el cuerpo de manera que Renny le rozó apenas con la mano. Mas como aquella mano no era corriente le abatió lo mismo que si se tratara de una barra de hierro.

El trío que retenía a Roberto fue deshecho en cuestión de un instante y antes de que pudiera evitarlo fue arrojado a la calle.

Al empujarles Renny, miró a la calle, distinguiendo en ella las siluetas de más pistoleros.

—¡Hay demasiados hombres ahí fuera! —gritó—. Salgamos por la puerta de atrás.

Bajaron corriendo por el pasillo; pero mucho antes de que vieran la puerta en cuestión oyeron pasos, gruñidos, y se dieron cuenta de que les cerraban el paso los enemigos que entraban por allí también en la casa.

Renny, que se ocupaba en esposar a Lizzie y a Sultman, recomendó a Lorrey que volviera atrás.

—Lo mejor será que saltemos a la calle por una ventana lateral-observó Sultman.

Renny frunció el ceño y le dirigió una mirada sombría; luego su ceño se disipó al influjo de un vivo interés. El temor contraía las facciones del individuo de la rizada cabellera.

—¿Quiénes son nuestros nuevos asaltantes? —interrogó el ingeniero.

Sultman se retorció las manos.

—¡Deben ser los hombres de Boke! —exclamó con un gemido.

En la parte baja del pasillo, procedente de la puerta posterior de la casa, una lengua de fuego surgió de las tinieblas. Renny se echó,

veloz, al suelo. La llama volvió a surgir. Al propio tiempo sonaron dos disparos.

Renny se volvió a medias para ver si Lorrey, que se había retirado un poco, estaba a salvo. Como estaba más iluminado el punto donde se hallaba a la sazón, Renny divisó claramente cómo echaba atrás la cabeza y el agujero azulado que se abrió en mitad de su frente.

Las rodillas de Lorrey se doblaron bajo su propio peso de tal manera que, mientras giraba sobre sí mismo, un segundo boquete mucho mayor que el primero se hizo visible en la parte del cráneo, indicando que por allí había salido el proyectil. Su caída fue ruidosa y después solamente se movieron los dedos de sus manos. Pero aun aquel temblor duró poquísimo rato.

Ahora irrumpieron en el pasillo hombres armados desde cuatro puntos distintos. Los había altos, bajos, gordos, delgados. De momento se inició un tiroteo que cesó a influjo de una orden dada en voz baja.

Renny empuñaba una de sus pistolas ametralladoras y tuvo ocasión de usarla derribando a los hombres bajo una lluvia de tiros de gracia.

Luego un pistolero le arrojó una silla a la cabeza, él esquivó el golpe pero la silla rebotó al chocar con la pared y se interpuso en su camino cuando él atravesaba corriendo el pasillo.

Cayó y los hombres se volcaron sobre él en gran número. Le golpearon la cabeza con las armas que empuñaban hasta darle vértigos. La paliza le hacia estremecer hasta la punta de los dedos y apenas podía mover los brazos.

Los hombres le ataron de pies y manos con alambres arrancados a la instalación eléctrica; luego le distendieron la boca con una caja de píldoras.

Renny permanecía tendido en el suelo, sin moverse. Miraba a sus secuestradores y se decía que jamás había conocido seres tan crueles. Su inspección le hizo caer en la cuenta del frío que se colaba por las puertas abiertas de la casa y tiritó un poco.

Los bandidos arrastraron a Sultman y a Lizzie hasta la habitación. Los dos habían sido ligados también y amordazados y fueron víctimas de malos tratos. El vendaje le fue arrancado a Sultman de la cabeza en la refriega, y de la herida causada por el

proyectil manaba roja sangre.

Uno de los bandidos se apropió del reloj y cadena que cruzaba el abdomen de Lizzie de tan ostentosa manera; luego le arrancó tranquilamente los bolsillos del pantalón. Buscaba dinero y como hallara muy poco se vengó de Lizzie propinándole puntapiés en los costados hasta arrancarles lágrimas de dolor.

De la cuadrilla se habían destacado, evidentemente, varios escuchas porque llegaron de la calle manifestando que no se había oído el tiroteo. A Renny no le sorprendió la noticia porque la casa estaba aislada y la noche misma estaba llena de ruidos.

Al entrar a Roberto Lorrey en la pieza, los bandidos se inclinaron sobre él con ansiedad. Profirieron juramentos cuando se descubrió el boquete abierto en el cerebro. La violencia de sus maldiciones demostraba que le habían matado por casualidad.

—¡Esto es el caos! ¡Sí, un enredo terrible! —comentó una voz.

A Renny le chocó y le atrajo aquella voz de acento agradabilísimo aunque poco natural. Era fascinadora. Con objeto de asegurarse a quien pertenecía miró a su alrededor.

—Sin embargo, quizá salgamos con bien de esta situación-tornó a decir la voz atrayente.

Renny se estremeció; no pudo remediarlo, porque aquella voz sorprendente parecía venir del aire. El que la emitía era un ser invisible.

CAPÍTULO X

LA TORTURA

SYDNEY Lorrey, el hermano gemelo del infortunado Roberto, había contraído el hábito curioso sí que insignificante, de aplastar los fósforos de la caja entre los dedos siempre que le sentía atacado de impaciencia o desasosiego. Por ello el piso de ladrillo se hallaba sembrado en torno a su silla de fósforos así mutilado.

Cuando hubo concluido de destrozar el último librillo que se había colocado junto al cenicero, sobre la mesa de la farmacia, se puso lentamente de pie. La farmacia era pequeña pero tenía en el fondo dos grandes cabinas telefónicas.

Sydney se aproximó al mozo que vertía un liquido humeante en un frasco de cristal.

—Desde una de esas cabinas-le dijo —, me ha llamado, hace poco, un caballero pidiéndome una cita, pero no viene. ¿Le ha dejado algún recado para mí?

El mozo dejó de trasegar el líquido.

—¿Cuándo le ha llamado? —interrogó.

Sydney Lorrey hizo un cálculo mental de la hora en que dejara a Roberto en compañía de Sultman y replicó:

—Pues hará cosa de una media hora. Eso es: de una media hora justa.

El mozo le dirigió una sonrisa de través.

—¡Me parece que le han jugado una buena, hermano! —exclamó al propio tiempo.

A Sydney no le agradó la familiaridad y frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? —interrogó.

—Que esas cabinas no están conectadas. —le explicó el mozo—. No se usan porque se ha estropeado la línea o algo por el estilo.

Vaya a ver el letrero que ostentan y hallará en él la explicación. Por otra parte, desde anoche no ha venido aquí nadie para hablar por teléfono.

Sydney Lorrey cogió, maquinalmente, un palillo de la caja que tenía abierta delante, sobre el mostrador, y le aplastó entre los dedos. Acababa de asaltarle la idea de que tenía algo de anormal la llamada telefónica hecha a casa de Sultman. Antes se había dado ya cuenta de que la voz del hombre que le telefoneaba le era totalmente desconocida y por el solo hecho de que se hubiera mostrado reservado, alegando que era de suma importancia la entrevista pedida, le pareció más singular aun. También le chocaba que se hubiera abstenido de entrar en detalles.

Pero lo más extraordinario del caso, lo que más le atormentaba, a la sazón, era que él no había dicho a nadie que pensaba acompañar a Roberto a la cita de Sultman.

Justamente estaba comiendo en compañía de su hermano en un pequeño restaurante que habitualmente frecuentaban, cuando Janko Sultman se puso al habla con Roberto y solicitó de él aquella entrevista.

Cuando salió de la farmacia surcaba su frente despejada una arruga de contrariedad. Llamó a un taxicab y unos minutos después se apeaba frente a casa de Janko. Despidió el coche porque supuso que su hermano seguía en la casa.

Antes de entrar en ella levantó los ojos y miró a las ventanas. Tenían corridos los visillos, pero detrás creyó distinguir movimiento. Ciñéndose más el abrigo a fin de defenderse del crudo ambiente, tan poco natural, de aquella noche de otoño, cruzó el umbral de la puerta y se hundió en la sombra.

Arriba, en la habitación del primer piso, se volvió el hombre que le había estado observando desde la ventana y dijo a sus compañeros:

—¡Ahí viene!

De la habitación contigua surgió la agradable voz de Boke.

—¡Tenemos suerte todavía, señores!

El hombre arrugó la frente.

—¿Suerte? —repitió—. ¿Con el hermano ahí tendido?

Boke no apareció, pero su voz dijo, más llena:

—¡Coged a Sydney! Quizá nos sea tan útil como su hermano.

Los ocupantes de la habitación actuaron con sorprendente eficacia. El corredor no estaba iluminado y tampoco se molestaron en encender luces, sino que se colocaron unos a la derecha, otros a la izquierda, de la puerta por su parte interior. Todos empuñaban armas.

De esta suerte transcurrió un minuto entero. Los siniestros pistoleros se agitaron, impacientes, dándose cuenta de que Sydney debía estar ya en la puerta. Dejaron transcurrir unos segundos más y entonces descorrieron la cortina de la puerta, asomaron las cabezas por ella y miraron la calle helada.

Después de esto abrieron la puerta de par en par y miraron, dislocándose el cuello, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Sydney Lorrey no estaba en la calle.

Arriba, la amable voz de Boke daba ordenes sin aturdirse y sus hombres se diseminaban, corrían de un lado a otro, para ponerlas por obra. Boke no había salido aún a la habitación principal. Su voz continuaba sonando en la pieza inmediata.

Uno de los pistoleros, al parecer el que hacía las veces de lugarteniente suyo, salió de la pieza. Se movía y actuaba bruscamente y el observador le hubiera confundido con el propio Boke… de no haber hablado, porque tenía la voz ronca y aguardentosa.

El semblante de este individuo demostró satisfacción manifiesta cuando los bandidos terminaron sus preparativos y entonces se detuvo a atacar la pipa.

—Bueno ¿qué te parece, Leo? —le preguntó la voz de Boke desde la pieza contigua.

El llamado Leo encendió la pipa mediante la aplicación previa de la llama diminuta de un encendedor de platino, pero no chupó.

—¡Magnífico! —exclamó.

Luego se le pusieron los cabellos de punta. La pipa se le escapó de la boca, cayó al suelo, y despidió chispas como un Vesubio en miniatura.

—¡No se vuelva! —le aconsejó una voz glacial que sonó a su espalda.

El llamado Leo no se volvió.

Los demás se helaron y cuidaron mucho de no hacer el menor

ademán.

Sydney Lorrey había surgido en el umbral de la puerta y empuñaba en la diestra un revólver de pequeñas dimensiones pero de gran calibre.

—He dado un rodeo a la casa-explicó con acento seco —, y he entrado en ella por detrás. Ignoro quiénes son ustedes, caballeros, y el por qué de su misterioso proceder pero ¡quiero que me devuelvan a mi hermano!

Leo le saludó con una inclinación. Tenía largos cabellos negros y al bajar la cabeza resbaló un negro mechón hasta su frente.

—Su señor hermano salió hace rato de aquí-dijo.

Sydney le dedicó una helada sonrisa.

—Sin embargo, sucede algo extraordinario-observó después —. Me lo indican sus rostros, la actitud de todos ustedes.

Maquinalmente Leo se echó hacia atrás el rebelde mechón.

—¿Qué actitud quiere que adoptemos frente a un arma de fuego? —protestó.

Sydney retrocedió sin darle la espalda, en dirección de la puerta. Aquellos sujetos eran peligrosos y había más en la casa. Con la misma mano que empuñaba el arma le hizo una seña a Leo.

—Me voy-le avisó —. Baje usted conmigo la escalera y sígame hasta la calle, pero no se me acerque mucho. Si entre tanto me amenaza algún peligro procuraré saltarle de un tiro la tapa de los sesos.

Los cabellos de Leo se tornaron más negros, sus ojos más oscuros, sus cejas más grises. Era que se había puesto muy pálido. Pero no resistió, no dijo palabra, sino que salió al pasillo en pos de Sydney.

Le costaba trabajo andar y una vez tropezó y estuvo en un tris que no bajara, rodando, la escalera. Se lo impidió Sydney echándole mano al cuello.

Así pasaron los dos por la puerta que se abría a una avenida lateral llena de nieve frío y tinieblas.

Alguien se inclinó, allá arriba, por encima de sus cabezas sobre el alféizar de una ventana sosteniendo con ambas manos una máquina de escribir. Las siluetas de los dos hombres, que tenía debajo se destacaban de la nieve cual confusas manchas grises a la débil claridad crepuscular y en consecuencia pudo afinar la

puntería.

El carro de la máquina se corrió hacia atrás con un zig-zag significativo en el momento de caer y el ruido hizo levantar la cabeza a Sydney.

Simultáneamente pegó un salto pero no anduvo listo y el pesado proyectil le cayó en la cabeza. AL chocar, sonó el timbre con fuerza y luego volvió a sonar al herir la máquina las losas de la avenida. Sydney se desplomó sobre ella.

El bandido de los negros cabellos apoyó la espalda en la pared y, pausadamente, se aplicó varios golpecitos en el pecho como si se le hubiera parado, de momento, el corazón.

Despertó a Sydney Lorrey la ronca voz de un pistolero que hablaba con Leo.

—¡Bueno! —decía—. ¡No hemos podido hacer más! Ya supusimos que no iba a correr detrás de ti después de recibir el golpe en la cabeza.

Sydney abrió los ojos. Le rodeaban Leo y los pistoleros. Leo había recuperado la pipa y fumaba. A cada chupada que le daba se llenaba la habitación de aromáticas volutas le humo. Nadie parecía tener prisa; nadie demostraba particular nerviosismo.

De un largo y moderno diván que había en el lado opuesto de la habitación, salió un gemido. Sydney probó a incorporarse, para descubrir que se hallaba fuertemente ligado de pies y manos. Recias cuerdas le mantenían juntas las muñecas y los tobillos. Cuando pudo levantar la cabeza:

—¡Bob! —llamó.

El cuerpo de su hermano reposaba sobre el diván. Le habían atado una venda a la cabeza y puesto en la boca una mordaza. Mientras le contemplaba se movió exhalando un segundo lamento.

—¡Bob! —balbuceó Sydney—. ¿Estás mal herido? ¿No has perdido el conocimiento?

Roberto movió la cabeza que quedó vuelta de manera que Sydney no pudo verle los labios, pero le oyó murmurar palabras ininteligibles.

Luego dio un brinco, sobresaltado, porque acababa de sonar en la habitación la inconfundible, agradable voz de Boke.

—Su hermano tiene una probabilidad de salvarse-decía con acento meloso.

Sydney se debatió; intentó desasirse de las ligaduras que le tenían sujeto y dijo entre dientes:

—¡Id a buscar a un doctor, condenados!... ¡O permitidme que le asista, que también yo soy médico!

—No es una asistencia médica; sino lo que tú nos digas, lo que ha de salvarle la vida-replicó Boke.

Sidney lanzó en torno una mirada escudriñadora, esforzándose por ver cuál de aquellos bandidos era Boke. Mas no descubrió en sus labios el menor movimiento. Entonces se dijo que debía estar en la habitación contigua. Su voz sonaba de manera muy poco natural.

Boke había seguido diciendo en tono amable.

—Doc mantiene, en el norte de este estado, una institución extraordinaria, creada para la curación de criminales. Según parece la sola responsable de los instintos criminales del ser humano es una glándula determinada del cerebro. El hombre de bronce lo descubrió hace tiempo y de aquí que pensara en la creación del "instituto" cuya dirección confió a su hermano de usted.

—¿Cómo ha sabido todo eso? —inquirió Sydney—. Yo creía que el secreto era sólo conocido del propio Savage, de sus cinco ayudantes y de los empleados de la casa.

—Es muy sencillo-le explicó la simpática voz de Boke —. Al enterarme de la misteriosa desaparición de todas aquellas personas que le hacen la guerra a Doc Savage y comprobar que jamás reaparecen por sus antros o puntos de reunión, despertóse mi curiosidad. De todos es harto sabido que Doc Savage no atenta jamás contra la vida ajena. ¿Qué hacia, pues, de sus prisioneros? He aquí el enigma, mas, a fuerza de gastar mucho dinero y de tener espías a sueldo, he sabido lo que me convenía saber.

—Y ¿qué quiere de mí, ahora? —interrogó Sydney.

—Por cierto que uno de mis espías un tal Janko Sultman, se ha atrevido a jugar conmigo, ha intentado hacerme traición-siguió diciendo Boke, como si no hubiera oído la pregunta —, pero, dejemos a un lado este asunto. ¡Ya me cuidaré más tarde de Sultman!

—¿Y qué quiere ahora de mí? —repitió Sydney Lorrey.

—Deseo saber los nombres y apellidos de los cirujanos que allí operan.

—¡Desconozco esos nombres! —exclamó Lorrey.

La agradable voz de Boke prorrumpió en una carcajada.

—¡Desde luego eso es mentira! —dijo después—. Usted visita, a menudo, la institución. Incluso ha efectuado experimentos sirviéndose para ello del laboratorio allí instalado.

—No estoy dispuesto a decir nada-declaró Sydney con acento sombrío.

Leo, el bandido de los negros cabellos se enderezó, suspiró, miró en torno con impaciencia como si le cansara la espera.

—Ve a trabajar con él, Leo-dijo la voz de Boke.

Leo se volvió sin esfuerzo y, rápida y levemente, asestó repetidos puntapiés en el rostro de Sydney hasta que brotó la sangre. Lorrey gemía; trató de gritar, pero le rellenaron la boca de trapos viejos.

La voz de Boke, impregnada ahora de un horror verdadero, exclamó:

—¡Señores: no puedo soportar las escenas violentas! Me retiro y ya me dirán cuando los sepan los nombres y apellidos de esos cirujanos.

Sydney-cuyo interés por el misterioso Boke era mayor que su dolor-aplicó su oído atento. Deseaba captar los sonidos que hiciera Boke al salir de la otra habitación pero no se produjeron.

Leo sonrió de través y se echó atrás los rizosos cabellos.

—¡Tiene gracia! —exclamó—. Boke es el bandido de peor índole que he conocido, mas si se le dejara solo no se atrevería ni a robar una cartera.

—¡Yo no lo entiendo! —observó un compañero—, No es cobarde y asegura que ante un acto criminal se rebela su naturaleza más intima. ¡Qué risa!

—Sin duda no le funciona bien la glándula del crimen-dijo, riendo, Leo.

De súbito recobró la seriedad. Puso cara de circunstancias y se despojó de la americana. En obediencia a una orden suya, dada en voz baja, salió uno de los bandidos de la habitación y sin duda se llegó junto al coche estacionado en la calle, porque volvió trayendo en la mano unos alicates ordinarios de los que se colocan, de usual, en las cajas de herramientas.

Leo se inclinó sobre Lorrey y con la diestra señaló el diván sobre el cual descansaba el cuerpo de Roberto, Entonces se acercó a él uno de los bandidos y le sacudió un poco. El cuerpo varió

ligeramente de postura y sonó un gemido.

—Su hermano-recordó Leo a Sydney —, morirá si se niega a decirnos lo que deseamos saber.

—¿De qué le servirá conocer esos nombres? —interrogó Lorrey.

Leo se hizo el sordo.

—Bueno ¿lo hará o no? —dijo.

Sydney replicó, con los dientes apretados:

—¡No!

Leo procedió entonces a arrancarle, una por una, con los alicates las uñas de los dedos.

La mentalidad humana es casi intangible y, al propio tiempo encierra tantas contradicciones, tantos enigmas, que, ni siquiera aquellas personas que se dedican a su estudio consiguen comprenderla del todo.

Los psicólogos luchan y argumentan entre sí cuando se trata, por ejemplo, de explicar por qué un niño le tira a un gato de la cola y disfruta atormentándole así, mientras que a otro le horroriza un acto similar de crueldad.

Mas el hecho persiste y está probado que determinadas inteligencias se deleitan ante el dolor ajeno; para muchas el espectáculo del dolor físico, la dicha de poder infligirlo ellas mismas, actúa como el vino y las embriaga en una especie de éxtasis infernal.

Los ojos de Leo cobraron brillo y respiró más vivamente, de su frente brotaron gruesas gotas de sudor y cesó de ocuparse del rebelde mechón.

AL principio preguntó a Sydney Lorrey los nombres de los cirujanos que operaban en el "instituto" de Savage, dirigiéndole las preguntas tras de cada sesión de tortura pero al cabo suprimió el proceso y continuó atormentándole en silencio. Este silencio era únicamente interrumpido por las quejas lastimeras de Sydney y la anhelosa respiración de Leo.

Cuando el incesante derramamiento de sangre tornó resbaladizo el suelo de la habitación, Leo ordenó que se trajeran las sábanas y colcha de una cama que había en el cuarto vecino y envolvió en ellas a Lorrey. El infeliz no pareció darse cuenta de ello.

La tortura espantosa a que se le sometía amenazaba dejarle mutilado de por vida. Ello cansó a los bandidos que la estaban

presenciando. Muchos de ellos volvían, asqueados, la cabeza a despecho de la maldad de sus corazones.

—Puesto que no quiere hablar-murmuró uno de ellos —, ¡sácale de penas de una vez!

Leo no dio muestra de haberle oído. Con las pupilas chispeantes se hallaba absorto por el proceso de mondarle a Lorrey los dedos para luego mostrarle, entre diabólicas carcajadas, el matiz grisáceo de los huesos desnudos.

Fue entonces cuando sucedió que comenzaron a desorbitársele las pupilas.

Dejando caer bruscamente el cuchillo se llevó ambas manos a la cara y comenzó a gemir, luego chilló. Sus gritos lastimeros recordaban el balido entrecortado de las ovejas. En un principio había echado la cabeza hacia atrás.

A la sazón la dobló sobre el pecho, se dobló por la cintura despedazándose la boca con los dientes y cayó, presa de convulsiones, junto a Lorrey. En el momento de desplomarse se vió que tenía los ojos desencajados ya del todo.

Tras de retorcerse un momento en el suelo, dejó de existir.

Sydney no estaba tan mal como era de esperar. Mientras se le atormentaba debió luchar taimadamente por desasirse de sus ligaduras, porque, de un tirón, logró sacar fuera una mano que introdujo bajo las ropas de Leo y la sacó armada de un revólver.

Asiendo el arma con las palmas de ambas manos voceó:

—¡Todo el mundo quieto!

Nadie se movió. Los bandidos se maravillaron de verle con vida aún y, fascinados, presenciaron los esfuerzos que hizo para deshacerse de las ligaduras de las manos y desatarse las de los pies. Como estaba muy débil para mantenerse de pie se arrastró hasta el diván donde reposaba el cuerpo de su hermano, sin que se le escapara un gemido u otra expresión de dolor.

Los bandidos que había en el cuarto se estremecieron y palidecieron al verle llegar junto al diván; con los ojos buscaron la puerta, mas ninguno de ellos se atrevió a escapar.

Estaban aturdidos, un terror que rayaba en el delirio habíase apoderado de ellos tras del trágico fin sufrido por Leo y a causa de la vida que animaba, de súbito, al hombre torturado hasta hacía un momento.

Sydney puso las manos sobre el cuerpo que reposaba en el diván, Le sacudió, con ciego arrebato le arrancó el vendaje de la cabeza y apareció a su vista el agujero que la bala le había abierto en la frente.

Sólo gimió una vez de un modo impresionante y enseguida retrocedió para mirar detrás del diván. Allí había tendido un hombre de espaldas, tan asustado que no se atrevía a moverse.

Era él quien había movido el cuerpo y gemido para hacer creer a Sydney que aun vivía su hermano y servirse de él como de un arma para hacerle hablar.

Roncos sonidos guturales, fantásticos, salieron de sus labios mientras retrocedía, tambaleándose, en dirección a la puerta y tenía vidriosas las dilatadas pupilas, un fluido rojizo le brotaba de un corte que tenía en la frente y se le aglomeraba en un ojo, mas no por ello cerraba el párpado correspondiente. Aquella pupila sanguinolenta y desmesurada mirada implacable a los bandidos.

A éstos les pareció que iba a vaciar sobre ellos la cámara del revólver porque se les acercó a rastras dejando en el suelo manchas de color escarlata.

Su camino le condujo junto al cadáver de Leo, grotescamente abierto de pies y manos, y fijó una mirada fija en sus ojos desencajados.

De súbito desapareció aquella vaguedad de su mirada. La locura permaneció. Y con ella una helada expresión de triunfo, una alegría insensata y delirante que le movió a prorrumpir en grotescas carcajadas.

—¡Miradle! —gritó señalando a Leo.

No le miró ni uno solo de los bandidos. Todos lo habían hecho ya y el espectáculo les helaba la sangre en las venas.

—¡Mirad a vuestro camarada! —gritó como un loco Sydney—. Miradle a los ojos. Miradle y ved cómo vais a morir todos.

Un bandido exclamó: —¡Está trastornado!

Todos pensaban lo mismo porque la tortura sufrida por Lorrey bastaría para haber matado a un hombre menos fuerte y la jugarreta hecha con el cadáver de su hermano era asimismo capaz de trastornar una mente menos firme.

Sydney se arrastraba en dirección a la puerta protegiendo su retirada con la amenaza de su revólver. La puerta hacia la cual iba

era la misma que conducía a la habitación en que había hablado Boke, el bandido misterioso, de la voz seductora.

—Y ¿queréis saber qué es lo que motiva el desencajamiento de esas pupilas? —siguió diciendo con voz hueca.

Nadie le contestó, pero ello no quería decir que no desearan saberlo los bandidos.

—Pues bien: ese desencajamiento es obra del aniquilador del crimen-dijo Lorrey entre dientes —. ¡Sí, llamémosle el aniquilador del crimen!

AL llegar a la puerta se detuvo y dijo:

—¡Tú! —señalando al pistolero que tenía más cerca— ¡y tú, y tú, y tú! —sucesivamente les fue señalando uno tras otro y después abarcó a todos en un solo ademán—. Todos estáis predestinados. Moriréis. Y con vosotros todos los criminales de la tierra.

—¡Está loco! —balbuceó uno de sus oyentes.

—¡Loco! ¡Trastornado! —chilló Lorrey—. ¡Todo ello es una nonada en comparación a la suerte que os aguarda!

Irguióse en dramática actitud y les señaló el cadáver de Leo, aullando:

—¡Miradle con atención!

Nadie le miró.

—¡Es la obra del aniquilador del crimen!

A continuación Sydney Lorrey atravesó la estancia sin volverles la espalda, cruzó el umbral y entró en una habitación. AL hallarse en ella dirigió en torno una mirada distraída. Buscaba al fantasmagórico Boke pero sólo vió a tres hombres muertos y tendidos en el suelo con los ojos desencajados.

Pertenecían a la banda de Sultman. Mas Sydney no lo sabia ni le interesaban gran cosa, pues descendió la escalera y salió a la calle por la parte posterior de la casa.

Avanzaba con una lentitud desesperante, dejando en pos de sí manchas rojas y hubiera sido una presa fácil, mas los hombres que dejaba detrás no le siguieron porque les aterraba demasiado lo sucedido.

Un conductor de taxi al que llamó le creyó loco, con razón, y trató de llevarle al hospital de Bellevue. Pero Lorrey le amenazó y finalmente se apeó del coche. Entonces huyó el conductor, contento de salir con bien del lance.

Después de esto, la noche helada de aquella estación otoñal acogió a Sydney Lorrey en su seno.

CAPÍTULO XI

CUNDE EL TERROR EN LA CIUDAD

MONK, el químico simiesco, se daba golpes en el pecho con los velludos puños y gritaba:

—¡Son parásitos! ¡Baja extracción de la humanidad! ¡Ellos han producido la mitad de las guerras que azotan el mundo y se debería fusilarlos!

Hecha un primor de compostura con los bronceados cabellos brillantes como un espejo, salió Pat del pasillo con un periódico bajo el brazo y preguntó:

—¿De quién habláis?

Ham untaba cuidadosamente la punta del estoque de una pasta melosa que reposaba tras de la tapa del reloj, en un departamento especial, desatornillado a la sazón. Al oírla levantó la vista.

—Monk expresa una opinión-dijo sonriendo —. Habla de los abogados en general.

—De un abogado en particular —Monk frunció el ceño y dirigió una mirada fulminante al elegante Ham.

—¿Cuál de los dos ha iniciado la contienda? —deseó saber Pat.

—Ese picapleitos —Monk le señaló a Ham—. ¡Valiente jugarreta le ha jugado a mi pobre Habeas!

Ham se enderezó, de pronto, vociferando.

—¡Es que ya estoy cansado de verle tirar mi abrigo al suelo para tumbarse en él como si fuera un colchón!

—¿Y por ello sin duda, pusiste polvos picantes en el abrigo? —rugió el químico.

—Te escuece porque al cogerle tú mismo te has untado la mano de polvos-observó, riendo, Ham.

Monk hizo una mueca y se rascó la mano aludida.

—¿Dónde está Habeas? —le preguntó Pat.

—En la bañera de Renny, cubierto todo él de jabón-confesó Monk.

Pat abrió de golpe el periódico que traía consigo.

—La prensa se vuelve loca. Mirad-dijo.

Negros epígrafes ocupaban el espacio de un pie en la página central. La misteriosa epidemia de los ojos desencajados, decían, ganaba terreno.

Solamente en el transcurso de la noche pasada habían muerto más de doce personas.

Media docena de hombres habían fallecido en una miserable casa de huéspedes, todos eran criminales famosos y asimismo un asesino muy conocido había caído muerto en la asociación para la salud física.

Mas no sólo éstos, otros hombres habían muerto también en la ciudad con los ojos desorbitados.

Nueva York estaba alarmada. Los trenes salían de ella abarrotados hasta los topes. La gente trabajadora se disponía a pedir las vacaciones de invierno y dos o tres industriales pensaban-al decir del corresponsal en cerrar sus establecimientos hasta que hubiera, cesado la epidemia o por lo menos hasta que un médico descubriera la causa de ella. El corresponsal predecía una desbandada general.

También insinuaba que, mientras unos cuantos hombres de los fallecidos durante la noche se conocían entre sí y un grupo de ellos formaba parte de una banda de criminales, las víctimas, en su mayoría, no tenían nada que ver unas con otras. Esto indicaba, desde luego, la presencia de una epidemia desusada. Nada más.

Ahora bien: por sabido se callaba que no sólo podía estallar en cualquier punto de la ciudad sino que, en rigor, era esto lo que sucedía, justamente.

Determínalos balnearios de los estados del Sur se valían de la ocasión para insertar anuncios en los periódicos indicando al público la conveniencia de una estancia más o menos prolongada en ellos como medio excelente de evitar el contagio.

Monk arrugó el entrecejo.

—Tanta palabrería empeora la situación —comentó—. Debería cesar. Los periódicos están excitando a la población en masa;

asustan a la gente. Y si esto continúa se cerrarán todos los comercios. Pobres de aquellos que no posean una fortuna, porque gastarán lo que tienen o perderán sus empleos al abandonar Nueva York.

—Tal vez harán bien en salir de ella cuanto antes-observó Ham con acento sombrío —. Ignoramos por qué y no obstante es muy posible que estén amenazadas las vidas de todos los neoyorquinos, ya que la epidemia estalla en todos los puntos de la ciudad.

Pat se alisó los cabellos con la blanca mano y murmuró:

—¿Qué te parece, Doc? ¿Esas muertes guardan o no relación con Sultman, con Boke y con los planes de ambos?

En vez le contestar, Savage confesó pausadamente.

—Me pregunto que habrá sido de Renny y de los dos Lorrey.

La pregunta no recibió respuesta y transcurrió una media hora durante la cual se mantuvieron, los cuatro, en una forzosa ociosidad. Como el hombre de bronce tenía conectadas todas las líneas posibles a fin de ponerse, cuanto antes, en contacto con Renny y los dos Lorrey, únicamente podían matar el tiempo mientras aguardaban nuevos acontecimientos.

También era muy posible que se esforzara Renny en localizar a Doc y se le ocurriera llamar a su propia casa.

Al oír vocear a los vendedores de periódicos bajo las ventanas del rascacielos, Pat volvió a salir a la calle y regresó, excitadísima, blandiendo un diario.

—¡Mirad! —dijo a sus compañeros.

Bajo un epígrafe tan descomunal como lo permitía la plana, y en un tipo de letra que saltaba a la vista en el acto, decía una gacetilla:

"Se llama con urgencia a Doc Savage" "La Policía tiende sus redes"

"Clarence Humbolt "Harboiler", el Inspector del cuerpo de Policía, nos notifica que, anoche, recibió dos avisos conforme los cuales se hace responsable a Clark Savage, hijo, o sea al famoso "Doc" Savage, al "hombre de bronce", como se le llama en la ciudad, de las espantosas muertes fulminantes acaecidas en estos últimos días. Tras del primer aviso telefónico que, dicho sea de paso, fue transmitido por una voz agradabilísima, se descubrió a un grupo de individuos atacados, en masa, por el misterioso mal en boga que se caracteriza por un desencajamiento de las pupilas.

"Doc Savage ha estado arrestado recientemente, pero escapó a la

vigilancia de la policía valiéndose de uno de los inventos científicos que le han dado la celebridad de que goza. Actualmente se le busca sin descanso.

"El segundo aviso telefónico ha conducido al descubrimiento de una casa erigida en la parte Norte de Manhattan en la cual se han hallado, también, varios cadáveres. Entre ellos figura el de un tal Roberto Lorrey muerto de un balazo en la frente"

El relato continuaba detallando minuciosamente la historia del hallazgo de los cadáveres de Roberto Lorrey y de los pistoleros y dando, al final, las señas de la casa. Doc leyó toda la gacetilla.

—La voz agradable que ha avisado, por dos veces, a la policía-observó gravemente Ham —, ha sido, sin duda, la de Boke.

Monk miró a Doc.

—¿Qué haremos ahora?

—Vamos a echarle un vistazo a la casa —les propuso Doc con voz apagada.

—La policía tiene abiertos los ojos... le recordó Monk.

Doc hizo un gesto de conformidad.

—Y por ello os quedaréis aquí los tres-replicó.

La respuesta dejó a Monk visiblemente descontento.

—¿Con qué fin? —interrogó—. Cuando sepa la policía que Renny vive aquí, se procederá a un registro del piso.

El hombre de bronce replicó a esto dirigiéndose al cuarto de baño. La bañera estaba llena de agua humeante y en esta agua se regocilaba Habeas Corpus. Doc le levantó en vilo, quitó el tapón y dejó que se vaciara de agua la bañera, tras de lo cual alargó un brazo y le dio media vuelta a la regadera de la ducha.

Simultáneamente se levantó la tina sobre invisibles resortes mecánicos y giró sobre si misma, descubriendo a la vista de los presentes un espacio enladrillado, perforado por una ranura de dimensiones suficientemente grandes para dar paso a un hombre. De ella partía, en descenso, una escalera de metal.

—Renny preparó esta salida para el caso de tener que apelar a la fuga-les explicó Doc —. Ella conduce a un ascensor secreto que, exteriormente, es sólida columna de ladrillo. Ningún inquilino del rascacielos la conoce.

—Y ¿del ascensor se sale a...? —deseó saber Monk.

—A un garage que ha alquilado Renny bajo un nombre

supuesto-explicó Doc —. Dista de aquí una manzana de casas. En el caso de una invasión policíaca salid por aquí del departamento y nadie sabrá jamás que habéis estado en él.

—¡Magnífico! —Monk sonrió y se agachó para ver cómo funcionaba el mecanismo. Satisfecho del examen se enderezó, miró en torno como si quisiera decir algo, y luego guiñó los ojillos.

Doc Savage había salido del departamento.

Momentos después el conductor de un taxi que dormitaba sobre el volante recibió el susto mayor de su vida al oír el sonido de una voz que salía de la parte interior del coche que él había supuesto vacío.

—Condúzcame hacia el Norte y allí le indicaré cuándo debe doblar la esquina-le ordenó la voz en cuestión.

El hombre volvió aturdido la cabeza, pero estaba apagada la luz en el interior del taxi y únicamente distinguió un bulto en el asiento ocupado por su pasajero. Mientras embragaba se frotó ambos oídos preguntándose, al propio tiempo, cómo no habría oído abrirse o cerrarse la portezuela.

Después condujo el coche a toda marcha que moderó solamente en aquellos puntos donde la nieve helada podía provocar un resbalón y de esta manera pasó por delante de unas cincuenta manzanas de casas.

—Ahora tuerza a la izquierda-le advirtió allí la voz, y después que hubo recorrido otras dos manzanas: —ahora corra en línea recta, siempre hacia el Norte.

El chófer se volvió otra vez a mirar al pasajero y una vez más se lo impidió la oscuridad. Poco después dejó de ocuparse de él para interesarse por lo que ocurría en la calle.

Era ésta una vía larga, mal alumbrada, que constaba de poquísimas casas.

Delante de la siguiente manzana había en mitad del arroyo un grupo de agentes que detenía los coches, abría sus portezuelas y registraba el interior.

El conductor del taxi sintió un cosquilleo especial en la espina dorsal, pero siguió adelante. Se detuvo a una intimación del grupo formado por los agentes.

—¿Lleva alguien? —le preguntaron.

—Si, señor-replicó el chófer.

Un agente abrió la portezuela del taxi, miró y enseguida tornó a cerrar refunfuñando.

—¿Qué quiere decir esto, gracioso? —preguntó al chófer—. ¿Es que pretendes divertirte a costa nuestra?

El conductor se volvió y abrió unos ojos tamaños porque el asiento trasero estaba vacío.

—¡U-u-u-uh! —tartamudeó.

—¡Sal de aquí con el coche! —exclamó otro agente—. Pero, antes voy a hacerte una advertencia: no bromees más.

El chófer obedeció de buena gana. Después de dejar atrás unas cuatro manzanas reparó en un pedazo de papel —¿seria una hoja entera?— una de cuyas esquinas asomaba, junto a él, por debajo de la colchoneta del asiento.

Recogió el papel y se lo guardó sonriendo.

¡Era un billete de diez dólares!

Clarence Humbolt "Hardboiler", el Inspector del cuerpo de Policía, estaba fastidiado, furioso, y dispuesto a no desperdiciar ocasión de salirse con la suya. Había ordenado ya el registro de la casa donde apareciera el cuerpo de Lorrey, con la frente agujereada por un balazo, y los cuatro pistoleros con los ojos desencajados.

El médico forense le había hecho la visita de reglamento; los peritos efectuado el trabajo referente a las huellas dactilares dejadas; los fotógrafos del cuerpo procedido a obtener las fotografías indispensables.

El mismo estaba, a la sazón, en la planta baja del edificio y conversaba con los periodistas, por cierto que se había descalzado y se frotaba los pies haciendo muecas que no eran, al fin y al cabo, de desagrado, más bien parecía aliviarle la fricción.

La casa, de dos pisos, se hallaba rodeada, a derecha e izquierda, por solares vacíos cercados de altas vallas de madera. Junto a cada solar estaba de guardia un agente y dos agentes en la calle.

Hardboiler sostenía en la mano un pequeño disco de metal y se lo mostraba a los periodistas en el momento en que le encontramos. Unida al disco iba una cadena de pequeños eslabones.

—He aquí lo que llevaba en el tobillo Roberto Lorrey-manifestó con un gruñido —. Es una chapa de identidad numerada. Lleva una inscripción en la cual se menciona el nombre de Doc Savage.

—¿Y le ha llamado usted? —interrogó un repórter.

Hardboiler lanzó un juramento y dejó de rascarse los pies.

—Oiga.: y ¿qué significa esa chapa? —quiso saber otro repórter.

—Pues que el difunto Lorrey se relacionaba con Doc Savage-saltó Hardboiler —. Es el segundo individuo portador de una chapa de identidad así a quien se ha asesinado en el transcurso de unas horas.

—¿Y acusa usted de estos crímenes a Doc Savage?

—Yo no acuso a nadie-replicó el inspector que se sabia muy bien el partido que un abogado hábil puede sacar por difamación —. Poseo pruebas en cantidad suficiente para proceder, sin embargo, a su detención.

Otro periodista, el más antiguo observó:

—Yo no creo que mi periódico imprima ninguna de esas insinuaciones que tienden a empañar el honor de Doc Savage; primero porque goza de justa fama de ser tan recto como un huso, de combatir a los malhechores y de enderezar entuertos. Además es hombre que monetariamente ha contribuido a ampliar los conocimientos ya existentes en materia de cirugía y personalmente conozco yo hospitales y centros benéficos que actúan a su sombra.

—Todo lo cual pudiera ser muy bien un cuento urdido por el propio Doc Savage, a fin de pasar por un ser extraordinario cuando en realidad es un gran criminal de la especie que se quiera.

—¡Qué barbaridad! —exclamó el decano de los periodistas.

Hardboiler frunció el ceño y se levantó. Ascendió la escalera y como no llevaba puestos los zapatos de tennis y para colmo apenas sentaba la planta en el suelo para no lastimarse los pies, casi no hacía ruido.

AL pasar por delante de una de las habitaciones del primer piso, que estaba muy oscura, miró al interior. En el acto se olvidó de que le dolían los pies.

La habitación era un dormitorio y la puerta del armario estaba provista de espejo, sobre éste espejo, brillaban con resplandeciente luz azul unas palabras. Las letras grandes, redondas, que las componían eran perfectamente legibles aun desde el punto que ocupaba el inspector. He aquí lo que leyó:

"Sidney Lorrey conoce el secreto del aniquilador del crimen".

Hardboiler estaba tan asombrado que en vano trató de hablar. Su garganta emitía sonidos entrecortados. Justamente él había

examinado poco antes la habitación sin descubrir aquella frase.

De pronto aguzó el oído. Le había parecido oír leve rumor. Después penetró en la habitación con el revólver en la mano.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —gruñó. No obtuvo respuesta. Un aire helado le acarició el semblante y la nieve endurecida tocó en el cristal de la ventana.

Hardboiler buscó a tientas la llave de la luz y encendió las bombillas.

La habitación estaba vacía y su única ventana abierta de par en par. Lo escrito había desaparecido.

El aullido de furor que lanzó puso en conmoción a los periodistas y a los agentes de policía, que subieron atropelladamente la escalera. Unos y otros hallaron al descalzo inspector asomado a la ventana.

—¿Quién la ha dejado abierta? —les interrogó, al azar.

Todos lo ignoraban. Entonces él les contó lo ocurrido a los periodistas.

—Cuando apague las luces volverá a surgir lo escrito en el espejo-les dijo, esperanzado —, pues debe ser fósforo o alguna substancia similar.

Retrocediendo unos pasos, apagó la luz eléctrica. Luego miró en dirección al espejo y volvió a jurar.

En él no aparecía la frase luminosa.

Hardboiler repitió el juego de la luz por dos veces pero en vano. Entonces se aproximó al espejo y, con las luces encendidas de nuevo, le examinó sirviéndose de una lente de aumento que tomó prestada a un perito. Con no poca sorpresa de su parte tampoco halló nada.

Idéntico resultado se obtuvo después de rociar el espejo con los polvos usados para obtener las huellas dactilares.

—Pues, señor, ¡no lo entiendo! —exclamó, al cabo, el rollizo inspector.

CAPÍTULO XII

MUERTE EN EL RÍO

HABÍA transcurrido el tiempo. Sonaron las doce de la noche. El aire era más frío; más fuerte el viento. EL huracán aullaba en torno a las cornisas del rascacielos, fuera del departamento de Renny, como un perro abandonado.

Ham blandía a la sazón, el estoque y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Aborto de la naturaleza! ¡bala perdida! ¡Peludo orangután! ¡A martillazos voy a hacerte recobrar la figura humana!

Monk, el simiesco y vulgarote personaje, permaneció retrepado en su silla.

Tenía los ojos cerrados, la bocaza abierta.

Sentado sobre el cuarto trasero en mitad del despacho, Habeas Corpus, el cerdo, estaba diciendo, al parecer:

—La raza humana consta de notables familias. Las más características son aquellas de talla pequeña y carácter presuntuoso, semejantes a muñecos vestidos de telas flamantes que se valen de bastones como punto de apoyo. Ahora bien…

Ham se apoderó inesperadamente de un libro y se lo tiró al cerdo. Con una habilidad que se originaba sin duda de su experiencia, el cerdo hurtó el cuerpo, pasó al otro lado del despacho y allí continuó diciendo:

—Ahora bien…

Ham rugió:

—¡No estoy de humor para escuchar tranquilamente las sandeces de ese animalito! —y acudió a Monk echando lumbre por los ojos.

El químico hizo como que seguía durmiendo.

Pat Savage que estaba sentada en último término, se esforzaba por mantener imperturbable la expresión de su atractivo semblante. Por otra parte ya estaba acostumbrada a tales excentricidades.

Sabía que Ham y Monk no podían estar juntos mucho rato seguido sin discutir y que cada uno de ellos, adoptaban medidas extremas, infantiles, a veces para contrariar al otro.

La comedia que representaba Monk en aquellos momentos era una de las que más enfurecían a Ham. Monk se había tomado la molestia de aprender ventriloquia por el puro placer de hacer hablar a Habeas y que el animal manifestara, en voz alta, la opinión que le merecía el abogado el cual detestaba todo cuanto con la raza porcina se relacionara.

Ahora fingiendo la voz hizo observar a Habeas:

—La chocante raza humana ha de sufrir la presencia de parásitos. ¿Qué es un parásito? Preguntaréis sin duda; pues un ente sin el cual puede el hombre pasarse muy bien. Modelo de parásito es, por ejemplo, un abogado…

Monk se interrumpió y se enderezó, de súbito, al entrar Doc Savage en el despacho.

—¿Encontraste a Renny? —le interrogó.

El hombre de bronce replicó:

—He logrado introducirme en la casa donde han asesinado a Roberto Lorrey y con el auxilio de la lámpara proyectora de rayos ultravioleta he descubierto, en el espejo de un armario, un mensaje escrito por la mano de nuestro camarada.

—¡Entonces Renny ha estado allí! —exclamó Ham, cuyo rostro se nubló.

—Y ¿qué dice el mensaje? —deseó saber Pat.

—Sydney Lorrey conoce el secreto del aniquilador del crimen. Nada más.

Monk se rascó los cuatro pelos erizados que poseía.

—¿El aniquilador del crimen? —repitió perplejo—. Y eso ¿qué es?

Ham alargó el bastón.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Un ser que aniquila es un ser destructor. ¿A qué no se te había ocurrido pensar que todas las personas muertas con los ojos desencajados han sido criminales?

—¡Eh, eh! —observó el químico—. Todas es mucho decir. Una

de ellas ha sido un deportista de la Part Avenue; la otra, un banquero.

Ham frunció el ceño y se apresuró a variar de tema preguntando a Doc:

—Oye: ¿has visto, por casualidad, en la casa del crimen a nuestro amigo el inspector?

—Justamente llegó a tiempo de sorprender el mensaje de Renny cuando yo tenía expuesto a los rayos de la lámpara-dijo con seco acento el hombre de bronce —. Por suerte pude escapar por la ventana del cuarto antes de que se hiciera cargo de lo que ocurría.

Pat le interrumpió, para decir en tono vivo:

—Puesto que Sydney Lorrey conoce el motivo secreto de todas esas muertes, ¿por qué no vamos a buscarle?

—¡Excelente idea! —dijo Doc aprobando—. ¡Visitaremos el laboratorio instalado en el alijador!

Como la noche era fría en exceso, dada la estación, y, en proporción, las aguas del río East estaban más calientes que de usual, cerniase sobre ellas una niebla espesa. El huracán empujaba aquella niebla en dirección a la ribera y allí se helaba, precipitándose sobre el suelo en forma de una gruesa capa de hielo que prestaba a los muelles el aspecto desolado de las tierras árticas.

La barca de Sydney Lorrey era como una gran caja blanca rematada en el centro por una seguida caja más pequeña y en conjunto parecía incrustada en un hirviente caldero, porque como la noche estaba muy oscura las cajas no estaban tan intensamente blancas.

En torno de ella imperaba un gran silencio que sólo era interrumpido, a intervalos, por los aullidos del viento y las sirenas de los remolcadores. Las olas lamían los muelles con suave vaivén casi imperceptible para Doc y sus acompañantes que estaban muy cerca de ellas.

Por espacio de largo rato no hubo señales de vida en el muelle, pero al cabo varió el macabro aspecto de la desolada escena. Se movió una silueta humana y cambió de sitio abandonando la grúa tras de la cual se ocultaba para refugiarse tras de un hacinamiento de madera de construcción no usada aún.

Su actitud era furtiva.

Iba embutida en un abrigo negro y llevaba subido el cuello de

oscuro terciopelo. Arrollada al cuello de modo que le ocultase la parte inferior de la cara, llevaba una bufanda de seda, negra también, moteada apenas de blanco.

El sombrero, gris claro, se confundía con el matiz de la nieve y le ocultaba el resto de las facciones.

Aquel extraño individuo no deseaba que le vieran, evidentemente, y parecía vigilar el alijador de Lorrey porque, de vez en cuando, levantaba la cabeza y le dirigía una ojeada.

Ahora bien: la nieve impelida por el viento y la niebla que se levantaba del río, se mezclaban y fundían de manera tan completa que, desde el punto que ocupaba, no era posible que el ser misterioso viera, distintamente, la barca.

Sin duda por ello decidió acercarse más y a rastras recorrió varios metros.

Entonces se enderezó para buscar el refugio de otro montón de madera y hallado que le hubo, volvió a arrastrarse por el suelo.

Pero esta vez no pudo llegar muy lejos. Una mano-mano bronceada, musculosa, se levantó inesperadamente en el lado opuesto de la pila y descendió sobre la nuca del hombre.

El merodeador emitió un solo grito de dolor y de sorpresa. Luego fue levantado en vilo por encima de la madera. En vano se debatió. ¿Qué podía hacer él contra el metálico gigante que le tenía asido?

Las sombras se agitaron a su lado y de su seno salieron a escena Pat, Monk y Ham, reuniéndose a Doc y al preso.

—¿Quién es, Doc? ¿Sydney Lorrey? —inquirió Monk con un hilo de voz.

Ham agregó muy bajo:

—Ha sido una suerte, Doc, que le hayas echado la vista encima. De otro modo hubiera seguido avanzando en dirección del alijador sin que nos diéramos cuenta.

Doc no dijo palabra. Tiró hacia abajo de la bufanda y echó hacia atrás el sombrero del desconocido descubriéndole el rostro.

Era un hombre de edad madura, de finas facciones, un poco rojas a causa del frío, sedosos bigotes rubios, ojos azules y blanquísima dentadura.

Monk se inclinó y le mostró el puño cerrado. EL hombre se echó atrás apresuradamente. Monk le interrogó:

—¿Quién es usted?

—¡Ay, ay! —gimió el desconocido—. Ahora veo que he hecho mal en obrar por mi propia iniciativa.

Tenía una voz suave y empleaba palabras poco gruesas dadas las circunstancias.

—¿Quién es usted? —repitió Monk.

—El doctor Mortimer Basestein-admitió el otro.

Monk le miró, incrédulo:

—¿Y qué hace usted aquí?

El doctor se agitó, se humedeció los labios; no parecía tener ganas de contestar.

Monk le mostró el puño descomunal.

—¡Desembuche!

—Soy doctor y actúo en calidad de tal para ganarme la vida-explicó Basestein —. Hará cosa de unas dos horas ha venido a verme un desconocido horriblemente mutilado y maltrecho. Creo que está un poco loco, porque se dice un aniquilador del crimen y piensa quitar de en medio a un millón de malhechores. En realidad, sólo un hombre desprovisto totalmente de razón puede jactarse de una hazaña semejante.

—Y ¿qué nombre o apellidos le dio ese aniquilador de criminales? —interrogó vivamente Doc Savage.

—Sydney Lorrey-balbuceó el doctor.

Monk gruñó algo explosivo porque no esperaba oír aquello de que fuera Sydney Lorrey, el misterioso aniquilador cuyo pernicioso influjo motivaba que se desorbitaran los ojos de los seres fallecidos recientemente en la capital.

Ham se dobló por la cintura hacia adelante y con el puño del estoque dio unos golpecitos en el pecho al doctor.

—Todavía no nos ha explicado lo que hace aquí-le recordó.

Basestein se estremeció.

—Soy en extremo sensible-dijo, —y además siento un profundo respeto por mi profesión. Ese Sydney Lorrey es un colega…

—Es muy cierto-afirmó Doc Savage.

—Así ¿le conocen ustedes? —Basestein levantó la cabeza.

EL hombre de bronce hizo un gesto de afirmación.

Monk, insistió con dura expresión.

—¿Qué hacía usted aquí?

—Pues he venido en pos de Lorrey-confesó el doctor —. Ese señor está loco temporalmente y deseaba ayudarle. No quiero entregarle a la policía, pues ignoro lo que sucederá después. Recuerden que afirma que ha matado ya criminales a docenas.

Monk expresó su incredulidad.

—¡Está bien urdido el cuento!

Basestein exclamó, picado:

—Ya he manifestado que soy doctor en medicina. Mi casa se halla a unas manzanas de distancia, en la calle Setenta.

Doc Savage miró a Ham y le dijo unas palabras en maya. Ham inclinó la cabeza y echó a andar hasta que se lo engulleron las tinieblas.

Más de cinco minutos transcurrieron antes de que volviera, manifestando:

—En efecto: en la calle Setenta hay un doctor llamado Mortimer Basestein.

—Ya os lo he dicho-declaró Basestein.

Doc Savage le preguntó:

—¿Dónde está ahora Lorrey?

Basestein le indicó la barca.

—Ahí dentro.

—Entonces en ella le hallaremos-dijo Savage; Y avanzó en línea recta.

A cierta distancia del punto que había ocupado el grupo formado por el hombre de bronce y sus cuatro acompañantes se hallaba tumbado sobre unas tablas cierto individuo que les miraba con unos prismáticos.

Estos abarcaban un radio de visión tan dilatado que no tenían rival como anteojos de campaña. El individuo llevaba arrollado un pañuelo en torno a la boca para no empañar sin duda el cristal de los prismáticos o quizá para ocultar sus facciones.

Tras de mirar por los gemelos avanzó a rastras procurando no hacer ruido ni exponer a la vista la más mínima parte de su cuerpo. Marchando así, hacia atrás, se reunió al cabo a otros individuos que como él llevaban negros gabanes que no se destacaban de las tinieblas.

Además todos procuraban evitar una aproximación a los fondos nevados de la escena.

—La cosa marcha-les dijo el hombre de los prismáticos.

—¿Le acompaña Doc Savage? —preguntó uno del grupo.

—¡Ya lo creo!

Esto era, al parecer, lo que ellos esperaban porque a una se alejaron de la orilla del río como si no quisieran exponerse a ser descubiertos.

AL llegar junto a la pasarela que conducía a la barca-laboratorio de Sydney Lorrey, Doc alzó la mano y sus camaradas hicieron alto permitiéndole que continuara solo el camino emprendido.

Basestein interrogó en voz baja:

—¿Quién es ese caballero?

—Doc Savage-le advirtió Monk.

—¡Ah! El hombre misterioso-exclamó el doctor.

Doc avanzó hacia la pasarela y se dispuso a cruzarla; de repente hizo alto y paseó en torno la mirada de sus extrañas pupilas doradas. Había sacado la lámpara de bolsillo-ésta, desprovista de batería, funcionaba en obediencia a un pequeño generador de corriente-y asestó su finísimo haz de rayos en todas direcciones.

Después se despojó del abrigo, lo hizo una bola y lo arrojó con fuerza. Al final de la pasarela, entre ésta y la pared lateral de la casilla que se alzaba en mitad de la barca, habíase acumulado la nieve. El abrigo deshizo en parte él montón y apareció debajo el cuerpo de un hombre.

Doc avanzó con precaución derramando ante sí la luz de la lámpara y llegado junto al cuerpo le volvió cara arriba.

Era un individuo rechoncho, de cara grasienta, aun después de muerto, redonda como la luna llena. Vestía de etiqueta. Tenía los ojos desencajados.

Doc se enderezó y la nieve que barría sobre cubierta la espantosa fuerza del huracán, cubrió tan rápidamente el cadáver como si le hubieran echado encima una sábana.

Doc se acercó a la puerta de la casilla, mas no la abrió. Antes se detuvo a escuchar. No se oía nada...

Por vía de precaución se echó a un lado y llamó.

En respuesta sonó una detonación al otro lado de la puerta y de ella saltaron varias astillas. La bala de rifle que acababa de atravesarla se dirigió, silbando, a Monk y sus acompañantes pasando, empero, por encima de sus cabezas.

Aterrorizado por la proximidad del proyectil, Basestein lanzó un grito estridente. Monk lanzó una exclamación ahogada y le tapó la boca. Luego forcejearon los dos. Basestein parecía presa de un terror indescriptible.

Una descarga inesperada que sonó en la ribera atrajo todas las miradas.

Monk soltó a Basestein y se echó mano al sobaco. Buscaba el revólver ametralladora. Figuras humanas comenzaban a destacarse, por entonces, de la niebla borrascosa.

—¿Serán agentes? —gruñó Monk.

—¡No! —replicó Ham.

Rojas chispas de fuego saltaron delante de las siluetas que se les acercaban y tronaron las armas de fuego con ensordecedor estrépito.

Pat Savage llevaba un bolso de mano muy grande, lo abrió rápidamente y extrajo de él un enorme automático de seis tiros. El arma había pertenecido a su padre en otra época y ella había aprendido a manejarla hasta adquirir la destreza de un tirador del Oeste de los viejos tiempos.

La detonación que acompañó la salida del proyectil fue horrísona.

Uno de los asaltantes comenzó a danzar locamente sobre un pie, cayó al suelo cubierto de nieve y allí perneó y se debatió hasta cansarse. Entonces se quedó inmóvil.

—¡Je, je! —rió Monk—. ¡He ahí los sedientos de sangre! —Y apuntó cuidadosamente antes de disparar la pistola ametralladora.

—Más tiros de gracia-observó Pat —. Doc ha inventado unos proyectiles especiales para mi revólver.

El arma de Monk emitió su sonoro gemido característico. Tres de los asaltantes que se les aproximaban se doblaron como por arte de encantamiento. Sorprendidos, se echaron tras de los montones de la madera de construcción, de vieja maquinaria, de pilares, grúas, tinglados, y otros accesorios que abundan en los muelles.

Uno de los hombres arrojó una granada sobre el grupo contrario. Nadie la vió venir sino Doc y en el acto ordenó que se echaran al suelo sus compañeros, de modo que, al explotar junto a ellos, les dejó sordos, pero no les ocasionó daños mayores.

—¡Al alijador! —fue el consejo que dio a todos el hombre de

bronce.

Y ellos se retiraron con todo género de precauciones, sin levantarse del suelo. Monk disparó la ametralladora una vez más. Ham se sirvió dos veces de la suya. Desde luego, no hirieron a ningún asaltante, pero les obligaron a permanecer inactivos.

La alta borda del alijador les ofreció amparo contra todo, menos contra las balas de rifle.

Monk se volvió a examinar las ventanas de la casilla y gruñó:

—¿Verdad, Doc, que se te ha hecho fuego desde ahí dentro?

—Por lo menos ha atravesado la puerta un proyectil-admitió el hombre de bronce.

—Sydney Lorrey, naturalmente-replicó Ham.

Los proyectiles caían sobre la borda con martilleo acompasado y si por casualidad la atravesaban, le arrancaban astillas o hendían las planchas de la casilla.

Basestein gemía sin descanso:

—¡Cómo aborrezco estas violencias! ¡No podré soportarlo! ¡Es indudable que tratan de matarnos!

Hasta que Monk le ordenó que guardara silencio.

Otra granada llegó ruidosa y al explotar le arrancó trozos de metal a una mohosa grúa que había en el muelle, cerca del alijador,

¡Vaya una guerra! —comentó Monk mientras buscaba un punto que le sirviera de blanco a su ametralladora—. Los agentes oirán el estrépito y vendrán corriendo.

Doc Savage retrocedía y sus hombres le imitaron. Así doblaron un ángulo de la casilla y estuvieron más resguardados.

Ham se encontró, de pie, junto a una de las oscuras ventanas, vaciló y enseguida miró por ella. Desde luego no distinguió nada. Posó en ella, la mano y, sorprendido, descubrió que cedía. Entonces la abrió de un empujón.

Dentro de la barca le gritó una voz delirante:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

—Es la voz de Sydney Lorrey-exclamó Ham —. Le oí hablar durante la visita que, en cierta ocasión, le hizo a su hermano en el Instituto.

—¡Lejos de aquí! —tornó a chillar la voz estridente.

Sonaba a hueco a causa de los aparatos de acústica, instalados en el interior del laboratorio, pero las palabras se oyeron

claramente.

—¡Malditos seáis! —chilló la voz de Lorrey—. ¡No os permitiré que volváis a apoderaros de mí!

Ham le gritó:

—Está confundido, Lorrey. Yo soy Ham. Aquí está Doc Savage.

La respuesta fue catastrófica y produjo a Ham la impresión de que acababan de disparar un cohete junto a su rostro.

El tejado de la casilla se desprendió, voló por los aires cabalgando en una cortina de llamas, disgregándose a medida que ascendía. Una parte de la pared se dobló hacia fuera; los costados de la barca se agrietaron.

La embarcación entera se tumbó y cárdenas llamaradas surgieron de todas las puertas, ventanas y hendiduras.

La conmoción derribó a Ham y le hubiera lanzado al agua de no impedirlo Doc que le asió por una pierna. En aquellos momentos se hallaban tendidos sus camaradas en el suelo y por ello sus cuerpos botaron ligeramente, sobre cubierta sin más detrimento.

En la parte alta del río, donde subía, ahora, la marea, se vió un relámpago y enseguida la luz resplandeciente de un incendio. Allí también había habido una explosión, a juzgar por lo ocurrido, pero el tímpano de todos castigado ya por la explosión del alijador no registró más que un ¡p-f-f-f —t! apagado.

La gasolinera acababa de incendiarse y se dividió en dos mitades.

Simultáneamente se desparramó gasolina por el agua. Fue arrastrada por el flujo lento de la corriente y avanzó hacia el alijador de Sydney Lorrey.

—Lo mejor será que nos vayamos-murmuró Monk, atragantándose, —pues de aquí a un minuto esto será un infierno.

Los asaltantes de la ribera parecían tan aturdidos como ellos por la inesperada catástrofe. Se habían puesto de pie, unos, para mirar con espanto la barca; otros para escapar. Quizá influyera en su decisión de retirarse la sirena de los coches de la policía que sonaba a distancia.

Ham disparó sobre los hombres la carga de su pistola ametralladora, mas erró los tiros. Todavía continuaba atontado por el fragor de la reciente explosión.

En respuesta uno de los pistoleros hizo fuego sobre ellos con el

automático, hasta vaciar la cámara. Luego, todos los bandidos huyeron en masa.

Monk señaló con el gesto el alijador en llamas.

—Pero ¿y Sydney Lorreg7 ¿Qué habrá sido de él?

—Yo me cuidaré de él-le prometió Doc —. Vosotros echad a andar.

Monk hizo un gesto de asentimiento; acompañado de Pat, Ham y Basestein abandonó el alijador y una vez pisó el muelle, el grupo aguardó a que Doc se le reuniera. Todos le vieron abrirse paso por entre los escombros para inspeccionar el interior de la embarcación.

Pero la explosión había originado un gran incendio. En adición, la gasolina incendiada se acumulaba en torno del alijador y las llamas ascendieron hasta devorar el maderamen de la cubierta. El calor era espantoso y derretía la nieve en un radio distante de la ribera una veintena de metros.

Savage se movía con vertiginosa rapidez, aventurándose a penetrar en lo que parecían sólidas barrera de llamas hasta tal punto que movió a gemir al doctor:

—¡Se va a abrasar vivo!

Inesperadamente sonó otra explosión, no tan fuerte como la primera, en la proa del alijador. El fuego había llegado a un tanque de combustible y de él escaparon llamaradas de petróleo inflamado. El humo que ascendía de aquella pira improvisada estaba teñido de verde, de blanco y de amarillo.

—Arden materias químicas-gritó Monk en advertencia con toda la fuerza de sus pulmones —. ¡Sal de ahí cuanto antes, Doc!

Ya el hombre de bronce se apartaba de la hoguera. De un gran salto se plantó en el muelle y se unió a sus camaradas tras de lo cual huyó en su compañía de la ribera usando de infinitas precauciones, pues temía un segundo asalto de los malhechores.

Se perdieron de vista antes de que se acercaran los coches de la policía seguidos por ambulancias, bombas de incendios, carros y camionetas.

Doc Savage, vigilando, reparó en que los agentes no descubrían a los pistoleros que le habían impulsado a buscar un refugio a bordo del alijador.

—¿A qué banda pertenecerán esos tunantes, me pregunto yo? —dijo Monk expresando su pensamiento en voz alta. Aludía,

naturalmente, a los pistoleros—. ¿Qué te parece? ¿Nos habrán obligado a entrar en la barca a sabiendas de que iba a originarse en ella una explosión?

—No es probable-contestó Doc.

—¿Qué te figuras tú?

El hombre de bronce no respondió. No parecía haber oído la pregunta.

Basestein, pálido y tembloroso, les preguntó:

—¿Han encontrado a Lorrey?

—El fuego se ha extendido con mucha rapidez-dijo Doc.

—Entonces ¡ha muerto! —dedujo pausadamente Ham.

—Y ello significa el fin del aniquilador del crimen-concluyó el químico.

CAPÍTULO XIII

EL ULTIMATUM

MONK se engañaba. A pesar de lo ocurrido al infortunado Sydney Lorrey, todavía se hallaban amenazados por el invisible aniquilador de criminales. Se enteró de ello al llegar al departamento de Renny.

Les acompañó al rascacielos el doctor Mortimer Basestein. Mientras se alejaban del incendiado laboratorio instalado en el alijador les había dicho:

—Estoy seguro de que esos bandidos me han visto la cara y eso me disgusta. No seria de extrañar que intentaran quitarme la vida.

—¿Para qué? —insinuó Ham.

—De todos modos me siento más seguro a su lado, caballeros-dijo el otro.

Y Doc Savage aprobó con una inclinación de cabeza produciendo con su actitud cierta sorpresa en los ánimos de Pat, Monk y Ham.

Cuando entraron en el departamento del ingeniero tras de cruzar, furtivos, la ciudad para no ser vistos de la policía, sonaba el timbre del teléfono. Doc Savage contestó a la llamada. Monk se situó a su lado confiando en que seria Renny el que llamaba.

Pero la voz que oyó sonó de manera tan agradable en sus oídos que le movió a apretar los puños y mostrar los dientes con una mueca digna de un simio africano.

—¡Es Boke! —exclamó.

—¿Tengo el gusto de hablar con el apreciable "doctor" Savage? —interrogó con plácido acento Boke.

—Si. ¿Qué se le ofrece? —replicó imperturbable el hombre de bronce.

—Pues hablarle de lo acaecido hace un momento en la barca-

replicó Boke desde el lado opuesto de la línea —. Por si acaso duda de ello, sepa que le han atacado mis hombres. Antes habían intentado el asalto de la barca y uno de ellos ¡ay! sufrió un percance.

—En efecto. Ya he visto su cadáver-confesó Savage.

—No lo dudo. En vista de ello mandé más gente al lugar de la refriega con el fin de que se apoderasen de Lorrey, pero parece ser que cuando llegó a los muelles ya estaban ustedes allí.

—¿Por qué deseaban apoderarse de Lorrey?

—Porque él es el aniquilador del crimen.

—Y de mí, ¿qué es lo que desea?

—Que busque usted a Lorrey y le encierre en una casa de locos. Es el lugar que le corresponde.

—La voz de Sydney nos habló desde el laboratorio poco antes de originarse la explosión del alijador-le confió en voz baja Savage a Boke —, y después yo he tratado de sacar su cuerpo de entre las llamas, mas el fuego era tan grande, que me ha sido imposible llegar al lugar donde habla sonado su voz.

Boke chilló: —¿Qué?

Esta sola exclamación de sorpresa dijo más a Doc y sus compañeros con respecto al bandido misterioso de lo que hasta entonces sabían, pues la exclamación tenía una entonación diferente y el cambio demostraba que Boke disfrazaba su voz verdadera. Aquel acento tan deliciosamente agradable no era natural.

—¿Qué? —repitió Boke—. ¿Quiere decir que... ha muerto Sydney Lorrey?

Doc se volvió a medias; Monk se hallaba delante de un segundo aparato telefónico tratando, frenético, de investigar de quién procedía la llamada.

—¿Y no quiere nada más? —interrogó a Boke.

—¡Aguarde! —Boke balbuceaba—. Tiene que buscar al aniquilador del crimen, pues ¡acaba de matar a otro de mis hombres!

—¿Para qué? —A Doc no pareció interesarle gran cosa la noticia —. AL fin y al cabo ese aniquilador le está prestando un servicio a la humanidad.

Boke dijo:

—Aguarde: todavía deseo que escuche a una persona...

Sucedió una breve pausa a la súplica y a continuación se oyó ruido de lucha, luego un golpe sordo producido, aparentemente, por la caída de una silla junto con juramentos y maldiciones.

Transportada por la línea llegó hasta Doc la potente, atronadora voz de Renny.

—¡No hagas nada de lo que te piden estos individuos, Doc! —exclamó—. Tan pronto les quites de delante al aniquilador del crimen continuarán poniendo por obra el plan concebido de antemano y uno tras otro se apoderarán de los especialistas que tienes en el establecimiento de septentrión...

Aquí sonaron golpes, gruñidos, un aullido de dolor y luego Boke reanudó el interrumpido diálogo.

—Su camarada es un luchador infatigable-comentó con acento seco, —pero ya le ha oído. Ya sabe que está en nuestro poder. Su vida es el precio que pongo a los servicios que usted va a prestarnos. Busque al aniquilador, reclúyale en un manicomio o en una prisión y entonces soltaremos a Renny.

—Por el contrario, si lo dejo-observó Savage —, el aniquilador se apoderará de usted y Renny podrá salir tranquilamente a la calle.

—Renny no puede salir del lugar donde ahora se halla. Es más: en el caso de que me suceda algo imprevisto morirá sin que puedan ustedes dar con él.

Doc comenzó a decir:

—Pero ¿qué relación tiene mi establecimiento benéfico con...?

Boke le interrumpió, recomendándole:

—Reflexione acerca de mi proposición. —Y colgó el auricular.

Monk dejó bruscamente el suyo y agitó los largos brazos, gritando:

—¡Qué mujer más idiota! Me refiero a la telefonista. ¿Pues no dice que está estropeada la línea?

Doc volvió a tomar el auricular del primer teléfono y, en efecto, no oyó nada.

—Si, está descompuesto. Sin duda han cortado la comunicación-declaró con viveza.

—¡No, ya sé lo que ha sido! —exclamó—. Le han agregado un empalme a la línea quitándolo después.

—Veámoslo-les propuso Doc y se dispuso a salir del

departamento. Desde la puerta dijo a Pat:

—Tú, quédate aquí con el doctor.

Monk y Ham siguieron a su jefe. Los tres sabían que la línea telefónica de la casa descendía por un hilo maestro hasta el bajo y allí se conectaba a otros conductores.

Basestein se puso nervioso, al parecer, después de la salida de Doc, Monk y Ham. Cruzó y descruzó los dedos de las manos, con sumo tiento procedió a quitarse del traje las astillas diminutas que la explosión le había echado encima durante el episodio de la barca.

—¿Cree que corremos peligro? —preguntó a Pat.

—Desde luego-repuso miss Savage, inexorable —. Todos corremos el riesgo de que nos asesinen.

Basestein torció la boca intentando simular una sonrisa.

—¡Es usted una mujer extraordinaria!

—¡Bah! —dijo Pat. Y luego agregó variando de tono:— Estaba pensando que quizá tenga Renny por ahí algo que comer. Voy a verlo.

Se alejó en dirección a la cocina modernista, pero fue muy significativo que llevara en la mano empuñado el automático de seis tiros en lugar de volver a guardarlo en el bolso.

Un cambio singular se operó en Basestein apenas Pat se hubo perdido de vista. Rápido como el pensamiento sacó papel y lápiz del bolsillo y escribió con apresuramiento febril.

Luego buscó algo que pudiera servirle de peso a la misiva. Un medio dólar de plata le pareció a propósito y le sujetó a ella mediante una goma elástica.

Sigilosamente se acercó a una ventana, alzó el bastidor sin ruido gracias a la eficiencia de las construcciones modernas y miró abajo.

La calle fría y silenciosa se extendía a sus pies apenas caldeada por las luces de los faroles y de los faros de los coches estacionados junto a la acera.

Basestein arrojó al vacío su mensaje unido a la moneda de plata, la siguió con los ojos y pareció aliviado de un peso cuando vió que iba a caer en medio del arroyo.

Un hombre se destacó de las sombras de un edificio situado frente al rascacielos, miró en torno un momento y se apresuró luego a recoger el mensaje. Las tinieblas volvieron a engullirle.

Basestein bajó calladamente el bastidor de la ventana.

Detrás de él dijo la voz de Pat.

—¿Es que intenta tomar el fresco?

El doctor se reveló en aquellos momentos. Mostró que era un consumado actor. Fingiendo llegar, a la sazón, junto a la ventana levantó del todo el bastidor.

—Pensaba-explicó —, que tal vez había llegado mister Savage a la calle y me disponía a averiguarlo-y sacó la cabeza e hizo como que dirigía una ojeada al exterior. Después cerró la ventana diciendo:— No se ve.

—Bueno, he puesto la cafetera al fuego-le anunció Pat —, y tomaremos una taza de café. Es tan bueno que quizá nos quite el sueño para varios días. En la cocina he hallado también todo lo necesario para hacer unos sandwiches.

Doc Savage, Monk y Ham entraron en ese momento en el despacho, procedentes del corredor y a una mirada de Pat hicieron un ademán expresivo.

—Efectivamente, en los bajos hemos hallado la prueba-dijo Ham —, de que se le ha agregado un empalme a la línea general. Sin embargo, el pájaro ha volado; nadie le ha visto. ¡Mala suerte!

Pat miró a Doc.

—¿Qué vamos a hacer?

El hombre de bronce advirtió, dirigiéndose a sus tres camaradas:

—Vosotros permaneced aquí hasta que yo vuelva o me comunique con vosotros.

Monk inquirió con aire pesimista:

—Y sí nada sabemos de tu paradero ¿por dónde debemos comenzar a buscarte?

—Por mi departamento-replicó Doc.

Monk exclamó:

—¡Si está vigilado por la policía!

Doc Savage repuso:

—Sin embargo, es esencial que yo haga cierto experimento en mi laboratorio. —Y salió.

En la calle no imperaba una oscuridad tan densa, pero el viento era más fuerte y habíase acumulado mayor cantidad de nieve en el espacio. De las nubes espesas no se derramaba ya nieve líquida sino grandes copos helados que el huracán arremolineaba y hacia girar con suma violencia.

Doc Savage eligió un taxi estacionado en un punto mal iluminado de la calle y entró en él, como había hecho ya unas horas antes, sin que el chófer le viera la cara. Una vez dentro del vehículo extendió el brazo y encendió la luz del techo, luego ordenó al chófer que le llevara a la parte baja de la ciudad.

El hombre tenía mucho frío y su pasajero le interesaba muy poco, pero dijo:

—Yo abriría la radio, caballero, mas esta noche la transmisión es imperfecta. Y ha empeorado en las dos horas transcurridas últimamente. Debe ser a causa de la ventisca.

—Bueno, me da igual, no se preocupe-le dijo Savage.

En el cruce de dos calles, donde se encendió una luz roja se detuvieron junto a un coche de la policía. Doc bajó el cristal de la ventanilla y oyó los ruidosos parásitos que se reproducían en el aparato de radio vecino. Uno de los dos agentes que iban en el coche daba vueltas al disco entre juramentos.

De pronto levantó la vista, y luego miró el aparato con el ceño fruncido porque oía un escalofriante sonido fantástico, irreal. Era un trino exótico, producido, tal vez, por el huracán que soplaba en aquella cruda noche de otoño... tal vez un capricho de la radio.

Luego el trino se apagó y al agente no se le ocurrió asociarlo con la cercanía del taxi que por entonces había arrancado ya.

Tres agentes uniformados de policía estaban de guardia en el hall de entrada del rascacielos donde Doc tenía instalado su cuartel general. El hombre de bronce les divisó al pasar en el taxi por delante de su casa entre remolinos de nieve.

Se apeó del taxi tras de haber recorrido dos manzanas más, entonces torció a la derecha, bajó una manzana; a continuación subió otras dos situadas al Norte y dobló una esquina. Era ésta la de una calle paralela al rascacielos por la parte de atrás.

Cabía dudar de que la policía hubiera descubierto el garaje que tenía alquilado el hombre de bronce en la planta baja del edificio ya que ni porteros ni inquilinos conocían su existencia.

Penetró, pues, en el garaje donde se hallaban alineados los vehículos de toda especie y por un estrecho corredor de hormigón pasó a un ascensor particular que le dejó en el piso octogésimo sexto.

EL corredor estaba desierto. La puerta de su departamento, de

una elegante sencillez de líneas, ostentaba en pequeñas letras de bronce la inscripción:

CLARK SAVAGE, hijo

Dos o tres habitaciones de su Interior eran vastísimas y con las más pequeñas de la de recibo y del despacho componían el piso entero de titánicas proporciones. Doc, pasó sin detenerse por la sala de recibo, la biblioteca y entró en el laboratorio.

Allí, en aquel laberinto de aparatos, comenzó a operar montando carretes de hilos eléctricos conectando un amplificador de sonidos en extremo sensible y potente.

Un ingeniero cualquiera hubiera entendido, en el acto, el manejo de casi todos los aparatos eléctricos en que manipulaba Doc a la sazón; mas, había allí otros, los menos, tan complicados, tan poco usuales, que incluso un entendido en la materia se hubiera sentido perplejo ante ellos.

Aquel laboratorio encerraba muchos que sólo en él se encontraban, si se exceptúa aquel en el cual se recluía, periódicamente, el hombre de bronce para hacer sus experimentos o dedicarse a sus estudios.

Pero estaba tan apartado del mundo que nadie sabía cómo localizarle o hacer llegar un mensaje hasta él.

Solamente el propio Doc conocía el punto donde se levantaba. Ham, Monk, y el resto de sus ayudantes sabían, únicamente, que existía y que Doc lo llamaba su "fortaleza de soledad". Mas esto era todo. De vez en cuando desaparecía el hombre el hombre de bronce por espacio de días, de semanas, de meses tal vez, y todos ignoraban su paradero.

Luego volvía misteriosamente como se había ausentado y de ordinario traía consigo un nuevo descubrimiento en materia de electricidad, de química, de cirugía o de cualquier otra ciencia de las que él dominaba.

Sobre un punto, en especial, estaban de acuerdo sus camaradas: en que aquellos periodos de concentración mental a salvo de toda influencia externa, eran precursores de los fabulosos descubrimientos del hombre de bronce.

Fuera del laboratorio aullaba, soplaba, el huracán. En su interior se producía un ruido continuado. Siempre sonaba lo mismo porque procedía de los altavoces que Doc tenía conectadas al aparato de

radio.

Aquellos sonidos eran similares a los crujidos, murmullos y estallidos, que producen, de usual, los parásitos.

La diminuta manecilla del cronómetro daba vueltas y más vueltas. El reloj de pulsera del hombre de bronce señalaba con aquella, los segundos allí donde él lo había dejado tras de quitárselo y colocarlo a un lado a fin de que escapara a la influencia de los campos magnéticos del aparato con que estaba operando.

Afuera cesó el viento de pronto, y se despejó el cielo. El sol salió con aparente rapidez.

AL propio tiempo sonó el timbre del teléfono.

La agradabilísima voz de Boke interrogó:

—¿Hablo, si no me engaño, con el estimable Doc Savage?

Rápidamente el hombre de bronce extendió un brazo y con el índice pulsó un botón. El timbre que respondía a la presión era una orden imperiosa dada a la telefonista a fin de que ella buscara en el acto la casa de donde se originaba la llamada telefónica.

Pero Boke era astuto. Habló con suma rapidez.

—Llame al departamento de Renny-aconsejó a Doc.

Luego colgó el auricular.

Poco después notificaba a Doc la telefonista:

—Lo siento, pero no me han dado tiempo para localizar la llamada.

Doc Savage no dijo nada, pero marcó el número del departamento de Renny.

No obtuvo respuesta.

*****

La puerta del departamento de Renny estaba cerrada, pero a través de ella se oía gritar a una voz sonora. La persona que hablaba parecía presa de un ataque de rabia.

—¡Qué ardid más bajo! —exclamaba—. Ha sido el más bajo de todos los ardides. Pero, ¡te arrancaré las piernas, y te haré comer el estoque!

—¡Deja de mugir, bala perdida! —replicó más baja la voz de Ham—. Prueba a desligarte.

—¡Mira que te atraparé! —chilló Monk—. ¡Que te tiraré de los pelos y te los arrancaré de raíz!

Ham aulló:

—¡Lamento que no se te hayan llevado en lugar del cerdo!

La voz de Basestein dijo nerviosa:

—¡Basta, por Dios, caballeros! ¡Basta, basta!

Doc Savage, cuyo aspecto no revelaba la espantosa rapidez empleada para trasladarse de su departamento al piso de Renny entró en la habitación procedente del pasillo y se detuvo a contemplar el espectáculo que ofrecía el modernista living-room del ingeniero.

Monk, Ham y el doctor estaban alineados en el suelo y atados con fuertes cuerdas de las llamadas de Manila. No sólo tenían ligados fuertemente muñecas y tobillos sino que, además, unía a los tres una cadena dispuesta de tal forma que cuanto más forcejeaban para desatarse, más apretaban sus ligaduras. Era un procedimiento ingenioso el que se había empleado para tenerles sujetos.

Doc no les dirigió pregunta alguna. Ante todo procedió, vertiginosamente a desatarles. Sus dedos demostraron una vez más la fuerza increíble de que estaban dotados, en la velocidad con que deshicieron los nudos.

Ham, el primero que recobró la libertad, retrocedió, desasosegado, ante la centelleante mirada que le dirigió el químico.

—¡Picapleitos! ¡Corre antes de que despegues tu cuerpo despedazado de la pared!

Ham mostró cierta pesadumbre, lo cual le sucedía por vez primera en sus disputas con Monk, y comenzó a decir:

—Oye, Monk; cuando les dije lo mucho que quieres a Habeas no creí que…

Un rugido de Monk le cortó la palabra.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Doc.

—Se trata de una hazaña de ese figurín —replicó el químico lanzando una mirada chispeante en dirección del abogado—. Figúrate que nos han asaltado seis hombres cogiéndonos de improviso y como Ham les ha dicho que quería yo a Habeas más que a las niñas de mis ojos ¡se han llevado consigo al cerdo! Apenas le hubo Doc aflojado las ligaduras se las quitó de un tirón y se puso de pie. Tenía erizado los cabellos y la boca abierta mostrando los dientes.

Deliberadamente se echó sobre Ham.

Basestein exhaló un suspiro y se tapó los ojos como hombre que

cree que va a cometerse un crimen.

Pero Monk no llegó a tocar a Ham. El simiesco científico hizo alto, se meció bobamente sobre los talones y se llevó una mano a la frente.

—¡Ay, mi cabeza!

Una cosa espantosa le estaba acaeciendo a sus ojos. Lentamente comenzaban a desencajarse. Aullando de dolor se tiró al suelo y se cogió la cabeza con ambas manos.

Doc le obligó a tenderse del todo, del botiquín sacó un frasco de sales y de la cocina una taza de café hirviendo, administrando a Monk ambas cosas.

Trascurrido algún tiempo el químico se incorporó por si solo y miró en torno, atontado. Su mirada había recobrado la expresión habitual.

—La epidemia de los ojos desencajados se apoderaba de mí —exclamó—. ¡Diantre! ¡Pero, yo no soy un bandido!

Ham echó atrás la cabeza, de súbito, y comenzó a gemir. Se sentó en el suelo, rodó de un lado para otro oprimiéndose el pecho con las manos. AL cabo de un momento sus compañeros, que le miraban alarmados, comprendieron que se hallaba sacudido por violentos ataques de risa.

—Ya decía yo-manifestó atragantándose —, que esa bala perdida es, en el fondo, un criminal empedernido.

Monk se irguió apretando los ojos y con una mirada chispeante. Mas, en el acto hizo un gesto de dolor, los ojos se le desencajaron un poco y tuvo que sentarse, que sostenerse la cabeza.

—¡Es mala suerte la mía! —gimió—. Cada vez que pienso en darle a ese picapleitos su merecido, me pongo malo.

Ham tornó a padecer un ataque de hilaridad.

—¿Dónde está Pat? —interrogó Doc Savage.

Ham dejó de reír como al acabaran de pegarle un bofetón. Pareció reflexionar hondamente, comprender de la manera que se había estado riendo, y palideció. Se encontraba mal de verdad.

—Se la han llevado-dijo, y su voz era ronca, apagada.

—¿Quién?

—Los mismos bandidos que han irrumpido en este departamento y nos han atado. Eran hombres de la banda de Boke.

Basestein le señaló la mesa del living-room diciendo al propio

tiempo:

—Le han dejado una nota escrita, mister Savage. Léala usted.

Doc se aproximó a la mesa. La nota no estaba metida en un sobre. La tomó.

Consistía en una hoja de papel doblada por la mitad y escrita a máquina.

—El papel ese es propiedad de Renny-observó con semblante sombrío Monk-y la escritura pertenece a su propia Underwood. Esos bandidos han redactado aquí la misiva. El mecanógrafo se calzó los guantes para escribirla.

Doc leyó su nombre y apellido y a continuación estudió el contenido de la nota.

"Nos llevamos a Patricia Savage, su encantadora prima-decía —, y nos cuidaremos de ella como venimos haciendo con su amigo Renny. Los dos serán puestos en libertad cuando haya usted quitado de en medio al aniquilador del crimen.

"También hemos podido quitarle, naturalmente, a Monk y Ham. No lo hemos hecho a fin de que ambos le ayuden a capturar al aniquilador.

"Boke (por delegación).

"P. S. El cerdo entra en el trato".

Basestein comentó:

—¡Qué sangre fría! Los hombres son eficientes...

—No lo crea, están alarmadísimos-opinó Ham —. Les obsesiona la existencia del aniquilador. Le tienen miedo.

Basestein murmuró: —Pues yo creía...

—Usted no tiene mi experiencia-exclamó Ham interrumpiéndole —. Repito que la banda de Boke tiene miedo.

Monk se dio un golpe en el pecho.

—Pues yo digo y sostengo-exclamó —, que la epidemia ésta es absurda y que no afecta sólo a criminales.

Ham replicó, despiadado:

—Si lo has dicho por lo que acaba de ocurrirte, no es muy conveniente que digamos.

—Vamos a salir inmediatamente de Nueva York-les dijo Savage.

Basestein pegó un respingo.

—Pero ¿por qué?

El hombre de bronce avanzó unos pasos y abrió un aparato de

radio que allí había encerrado en artístico armario. No buscó una estación sino que fijó el disco o llave en una vacua frecuencia. Entonces surgieron estallidos y crujidos del aparato.

—¡Hombre! ¿Estás provocando oscilaciones electromagnéticas? ¡Qué electrostático!

—Más potente cada vez-replicó Doc.

Ham comprendió de pronto y estuvo en un tris que no dejase caer el bastón de la mano.

—Oye: ¿ese electrostático guarda... guarda... relación... con la aniquilación de criminales.

El hombre de bronce hizo un gesto de afirmación.

—Exactamente. He podido constatarlo mediante un experimento en mi laboratorio.

—Dice usted que vamos a abandonar la ciudad-murmuró Basestein —. ¿Para ir a dónde?

—Es un secreto-repuso Savage —. Saldremos de aquí en aeroplano y le vendaré los ojos.

Basestein hizo un gesto de resignación.

—Ahora ¡comamos! —siguió diciendo el hombre de bronce—. Quizá transcurra algún tiempo sin que se pueda probar bocado.

CAPÍTULO XIV

BOKE LLEGA A UNA DECISIÓN

DOC Savage, Monk y Ham se dispusieron a entrar en la cocinita donde Renny, que era tan hábil cocinero como gran ingeniero, tenía almacenadas las provisiones que preparaba por sí mismo en más de una ocasión.

—Yo no tengo gana-dijo con voz débil Basestein. Y tomó asiento.

—Ya se le abrirá el apetito cuando aspire el olor de la comida-observó Monk.

Basestein se quedó en la salita. Parecía abatido en grado sumo. Pero apenas hubo perdido de vista a los tres camaradas, sacó a hurtadillas papel y lápiz y comenzó a escribir.

Lo hizo muy breve y apresuradamente. Sus esfuerzos para hallar más monedas de plata con que aumentar el peso de la misiva fueron en vano y con una mueca de sentimiento sacrificó el reloj.

Como antes, se acercó en silencio a la ventana, afinó cuidadosamente la puntería y arrojó al vacío su mensaje. Luego volvió a cerrar la ventana.

El viento había cesado por completo; la nota atravesó el helado espacio de aquella mañana silenciosa sin fluctuar apenas y cayó en el arroyo.

El choque hizo estremecer a Basestein porque el reloj sacrificado era un objeto de valor.

Un individuo con la cara tapada por la bufanda y el cuello del abrigo corrió hasta mitad de la calle, recogió la nota con el reloj destrozado y se retiró. No levantó la cabeza ni se condujo de manera que pudiera despertar sospechas.

Había estado aguardando en el portal de una casa contigua, mas no volvió a entrar en él. En vez de ello bajó por la calle sin darse

mucha prisa y dobló la primera esquina. Buscaba un taxi, a juzgar por las trazas, y como sólo había uno, estacionado por allí cerca se metió en él.

—Diríjase al Norte de la ciudad-recomendó al chófer.

El conductor puso en marcha el vehículo y mientras efectuaba la operación alargó el brazo en dirección a un punto determinado oculto bajo el asiento, y asió un alambre corto provisto de una anilla. Tiró de él y le tuvo asido un momento.

A su espalda, el pasajero estaba leyendo el mensaje que había tirado Basestein por la ventana del departamento de Renny y la lectura le arrancó una exclamación de sorpresa.

"Savage conoce el secreto del aniquilador del crimen y abandona la ciudad movido por misteriosos fines".

Abstraído, el lector se llevó una mano a los labios; tosía. Enseguida volvió a toser con más violencia y sintió una leve sensación de asfixia. De súbito se le dilataron las pupilas y asió rápidamente el pomo de la portezuela.

—¡Déjeme salir de este maldito taxi! —aulló.

El chófer hizo un gesto feroz, porque el débil sonido de las palabras proferidas dentro del coche, le demostraba la perfección del acolchado de que estaban forradas sus paredes. El individuo continuaba tirando del pomo, mas la portezuela cerrada de manera misteriosa, resistió a sus esfuerzos.

AL propio tiempo se tornaron más débiles sus movimientos. Todavía, empero, siguió tosiendo y dándose golpes en el pecho algún tiempo, transcurrido el cual cayó al suelo de madera y cesaron del todo los espasmos de sus miembros.

El chófer dobló una esquina, tendió el brazo y abrió desde fuera y con facilidad aparente la portezuela. Sin embargo, continuó guiando el taxi unos segundos con objeto de que el aire matinal disipara el gas acumulado en su interior, aquel mismo gas que tanto afectara a su pasajero. En el ínterin palpó con la mano debajo del asiento. Sí; estaba cerrado el receptáculo del gas-aparato provisto de una válvula que se abría mediante un tirón del alambre.

Entonces detuvo el coche y se apeó, le tomó el pulso al pasajero. Reparó en que lo tenía muy bueno. Tranquilo ya del todo tiró de él, le dejó en la acera, y volviendo a sentarse tras del volante arrancó a toda velocidad.

Haciendo caso omiso de dos ciudadanos muertos de frío que le hicieron seña de que se detuviera volvió en dirección Oeste y atravesó el Central Park por una de las vías férreas situadas debajo de las aceras, paseos y boulevares.

Llegado a los “nijties” detuvo el coche ante una casa oscura, de piedra, se apeó del coche y entró por una puerta cuyos tres escalones la colocaban poco mas baja que el nivel de la calle. La puerta se atrancaba con sólida barra de hierro y, además, junto a ella estaba de guardia un hombre de amplias espaldas.

—Traigo recado para el amo-le dijo el chófer.

El guardián de la puerta le señaló con un gesto las regiones altas de la casa, pero no dijo palabra. El chófer ascendió una angosta escalera. El interior de la casa estaba a oscuras, el aire era cálido y olía a mimosa.

El portador del mensaje llegó a una puerta, atravesó su umbral y sonrió cínicamente al encararse con las bocas de varios revólveres que apuntaban en dirección a él.

—¿Por qué no llamaste antes de entrar? —le preguntó un individuo refunfuñando.

—¡Estás loco! —replicó el chófer aproximándose a una segunda puerta que abrió. Entonces se halló en una cocina. En ella había un pequeño montacargas para el servicio del comedor. Abrió la puertecilla y llamó:

—¡Boke!

Transcurrió breve instante antes de que interrogara la agradable voz del bandido:

—¡Hola! ¿Qué hay?

—Ese bobo de Basestein ha arrojado una nota por la ventana del departamento donde se halla ahora Doc Savage —explicó el chófer —, y te la traigo.

—Envíamela aquí arriba-rogó Boke.

En obediencia a la orden el chófer asió las cuerdas e hizo bajar el ascensor sobre el cual depositó la esquela y sobre ella un pesado revólver que la sujetaba. Entonces hizo subir la plataforma y escuchó. Lo que oyó le arrancó una sonrisa burlona.

Allá arriba, donde quiera que fuese, el misterioso Boke juraba como un condenado.

—¡Qué tontos somos! La cosa está bien clara-dijo con un

expresivo juramento.

—Lo cual quiere decir que ya sabes quién es el aniquilador de criminales ¿no es eso?

—Pues ¡naturalmente!

—¿Quién es?

—Le descubre la nota que acabas de entregarme. Ve cómo no cabe engañarse. Entre tanto aguárdame abajo y di al guardián de la puerta que vamos a tener visitas dentro de poco. Que deje paso franco a todo aquel que le dé la consigna: "medidas extremas".

—Y esas visitas ¿quiénes son?

—No te molestes en averiguarlo. Justamente conoces a muchas.

Con esta frase concluyó el diálogo y el chófer salió de la cocina.

Encima de ella había un cuarto ocupado por Boke a la sazón, que estaba a oscuras. Tenía corridos los visillos y también las pesadas cortinas de seda colocadas delante del balcón. La misma figura del bandido se fundía con el negro vacío.

La puerta de este cuarto fue abierta, Boke salió al pasillo, atravesó el hall, entró en una pieza donde, ligados y amordazados, estaban Renny, Patricia y Janko Sultman. Habeas estaba atado a un ángulo con larga cadena de hierro.

Renny dirigió a Boke una mirada penetrante. Jamás le había visto tan de cerca y trataba de retener detalles para identificarle más tarde.

Pero Boke llevaba sobretodo, una prenda de abrigo que parecía una holapanda y tan larga que le tapaba los pies. Se había enrollado al cuello un tapabocas, puesto unas gafas, y un sombrero tan grande que se colaba hasta el cuello completaba su atavío.

Este no podía ser más ridículo. Visto así, Boke tenía un aspecto risible y sin embargo, el disfraz era eficiente.

Situóse junto a Sultman y contempló un instante los rizosos y erizados cabellos del bandido. La mordaza que le distendía las mandíbulas le tenía revuelto el bigote.

—Eres un pillo de siete suelas-admitió con esfuerzo. Y en su voz volvió a vibrar la nota simpática y placentera —, pero, muy hábil también aun cuando hayas tratado de hacerme traición.

Janko Sultman emitió sonidos entrecortados a través de la mordaza.

—Alquilé tus servicios para que me enterases de todo lo

referente a la institución de Doc Savage erigida al Norte de este estado-siguió diciendo Boke —, y lo hiciste de manera que demuestra tu talento. Ahora necesito yo hombres hábiles y por ello voy a darte ocasión de salvar el pellejo una vez más.

Sultman profirió frases entrecortadas con más vehemencia que la vez primera.

Boke se inclinó sobre él, le desató y quitó la mordaza, hecho lo cual se enderezó vivamente y retrocedió con las manos metidas en los bolsillos abultados por las armas de fuego que contenían.

—Vamos. Abajo deliberaremos-dijo.

Pat y Renny les lanzaron miradas fulminantes a su salida de la habitación.

Sultman avanzó tambaleándose porque las ligaduras le habían envarado los miembros y dejó que transcurrieran unos segundos antes de hablar.

Lo primero que dijo fue:

—¿Qué me dices de Lizzie?

—¿Lizzie? —Boke se rió con risa hueca y seca—. Esta noche pasó a mejor vida con los ojos desencajados.

—¿Ha muerto? —balbuceó Sultman.

—¡Justamente! Ha sido nueva víctima del aniquilador del crimen.

Sultman fue introducido a la presencia de los hombres que había en la salita de la planta baja y ellos le dirigieron miradas tan rencorosas que, asustado, se refugió en un rincón y allí tomó asiento sin decir nada.

Boke se había retirado a una pieza contigua y por teléfono procedió a hacer llamadas sin fin para lo cual disfrazaba la voz. El nombre de Boke no parecía serles desconocido a las personas que llamaba y cuando la voz amable del bandido les pidió una entrevista para tratar con ellas de un asunto que les atañía muy de cerca, casi todos accedieron a complacerle.

El resto se negó, receloso. Pero Boke pareció satisfecho del éxito obtenido con la mayoría.

Fuera, las calles de la ciudad comenzaban a verse concurridas, aún cuando era muy temprano todavía. Era especialmente notable que muchos transeúntes iban cargados de maletas y se dirigían a las estaciones del ferrocarril.

El miedo se retrataba en casi todas las caras. Esas mujeres estaban nerviosas y alguna que otra era presa de un ataque de histerismo. La gente compraba periódicos, los leía y se ponía pálida o sombría.

Más de un individuo partía en dirección a su oficina, al llegar al primer puesto de periódicos adquiría un ejemplar, lo leía y volvía a su casa para hacer el equipaje.

Los epígrafes eran increíbles. Aquella historia la más fantástica que se recordaba.

Casi cincuenta personas habían muerto la noche anterior en la ciudad de Nueva York. Los ojos de todos estaban desencajados.

Los galenos aconsejaban ahora, desorientados, la evacuación de la urbe ya que era esa sola la capital atacada por la epidemia.

Las oficinas sanitarias de las poblaciones colindantes, se reunían en sesión permanente para decidir si seria o no conveniente sujetar a una cuarentena a los neoyorquinos que fueran llegando a fin de que no se propagara la mortal enfermedad. El especialista llegado de Chicago estaba tan ignorante como sus colegas respecto a la causa de aquellas defunciones.

Cierto astrónomo que era casi un sabueso en materia de publicidad, había declarado públicamente que creía que su origen se debía a misteriosas corrientes de átomos lanzadas a la tierra desde el espacio exterior a ella, o sea, fuera de la atmósfera.

Sus declaraciones se imprimieron y su fotografía circuló por toda la ciudad.

Él basaba sus creencias en la cantidad extraordinaria de electrostáticos que todos oían en los aparatos de radio.

Ciertamente era éste tan malo que incluso los aparatos instalados en los coches de la policía se habían inutilizado y no captaban llamada alguna. Los ingenieros a sueldo de las compañías emisoras investigaban el fenómeno y la mayoría lo atribuían a la borrasca cuando no a las manchas del disco solar.

Pero, los astrónomos sostenían que no había habido un aumento de dichas manchas en aquellos días.

Al medio día se recibió la máxima sorpresa.

Ediciones extraordinarias propalaron la noticia.

¡Todas las víctimas de la misteriosa epidemia habían sido criminales!

Juan Enrique Cowlton, el famoso galán de la Park Avenue, y la primera víctima, era, según un descubrimiento reciente, un ladrón, miembro de una banda famosa por la substracción de joyas, autor de muchos robos y de un asesinato por lo menos.

La segunda víctima, o sea Everett Bucket, el lobo de Wall Street, había sido jefe de otra banda de estafadores y asimismo y para que no hablaran, había ocasionado la muerte de dos de las personas estafadas.

Y por este estilo continuaba la lista. La policía se dedicaba ahora con frenesí a investigar la vida de las personas fallecidas y en la mayoría de los casos hallaba pruebas en abundancia de que aquellas, en vida, habían dejado mucho que desear en materia de honradez.

Individuos a los cuales se suponía inofensivos resultaban ser unos pillos.

Desde luego, había algunas excepciones de la regla; sin embargo creía la policía que, al cabo, resultarían culpables también.

Mas, por extraño que esto pueda parecer, tales descubrimientos no tranquilizaron a los habitantes de Nueva York. Si acaso aumentó todavía más su terror. No todas las víctimas eran culpables de hechos criminales.

Un hombre que se atrevió a pegarle a su mujer se había desplomado con los ojos desencajados.

Los periódicos eran presa de un frenesí que se agudizaba por momentos, y predecían que el mundo iba a ser castigado por sus delitos y que el castigo se había iniciado en la capital neoyorquina. Todo ser poco honrado moriría por pequeñas que fueran sus ofensas contra la sociedad.

Era sorprendente de ver el modo que tenían muchas personas de recordar sus pasados extravíos o deslices. Y más sorprendente todavía los esfuerzos que hacían para ponerles remedio.

La misión establecida en la Bowery anunció un aumento considerable de conversos. Un número considerable de fieles frecuentó las iglesias.

Las jefaturas de policía comenzaron a recibir las visitas de nerviosos individuos que deseaban confesar sus crímenes creyendo atenuar con ello la pena merecida. Estos nuevos visitantes eran, generalmente, ladronzuelos de poca monta.

Entonces, a un ingenioso cerebro que formaba parte del Cuerpo de Policía se le ocurrió una idea luminosa. Y en consecuencia le dio una conferencia a los periodistas afirmando en ella, de que estaba seguro de que se librarían de la epidemia todos aquellos seres malvados que confesaran sus crímenes.

Los periódicos imprimieron la conferencia y los agentes aguardaron, pacientemente, la recolección de una nueva cosecha de amedrentados malhechores.

Mucho antes del mediodía, sin embargo, el primero de una serie de siniestros visitantes llegó a la casa ocupada, entonces, por Boke y su banda.

Este individuo iba en un coche de larga carrocería guiado por un chófer e iba precedido de uno y escoltado por otros dos coches en cada uno de los cuales distinguíanse las rudas fisonomías de cuatro guardias de corps.

Los coches de la escolta se detuvieron en la parte alta de la calle mientras el ocupante de la limousine se apeaba de ella y entraba en la casa.

El guardián abrió mucho los ojos al verlo. Había reconocido en él a uno de los más famosos gangsters de Nueva York durante la época de la prohibición o ley seca. El personaje además del rey del crimen era multimillonario.

Su rostro expresaba franca alarma.

Después fueron llegando más visitas, jefes todos, de bandas de ladrones y asesinos, señores del mal.

Fue una escogida sociedad la que se reunió pues, en el salón del primer piso.

En ella estaban representados unas tres cuartas partes de las organizaciones criminales de Nueva York y sus contornos.

Boke apareció. Todavía llevaba puesto su disfraz, el amplio sobretodo largo hasta los pies, la bufanda y las gafas de color.

Alguien observó gruñendo, que estando entre amigos, haría bien en quitárselo, pero Boke le mandó a paseo por no decir a otro sitio peor, y dirigió la palabra a la asamblea. Su voz atractiva tuvo la virtud de sostener a todo el mundo suspenso de sus labios.

Para comenzar hizo saber a la reunión los nombres de las víctimas sacrificadas durante la noche que eran bien conocidos de todos los presentes.

A la sola mención de los banqueros se arrugaron las frentes porque los ladrones profesionales odian la competición que aquellos les hacen con sus operaciones.

—Ya habrán ustedes reparado, caballeros —dijo a continuación —, que las infortunadas víctimas de la epidemia son gentes situadas fuera de la ley,

—¡Y un jamón! —exclamó un obeso bribón—. La ley no tiene nada que reprocharme en apariencia, y con todo me río de ella.

Boke dijo pacientemente:

—Quiero decir, que todas las personas fallecidas últimamente son... digámoslo claro criminales en el fondo. O para emplear términos más escogidos llamémosles insociables.

—¡Malditos bribones! Todos mueren —dijo brutalmente uno de los presentes—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Algo, desde luego, o de lo contrario pereceremos todos-replicó Boke —. ¡Cuántos de entre nosotros no habrán padecido dolores de cabeza esta noche!

Considerando que unos cuantos jefes mentían bien por orgullo, bien por la fuerza de la costumbre, era evidente que en cantidad considerable habían experimentado síntomas o visto padecer los ataques de la misteriosa epidemia a los miembros de sus bandas.

Boke manifestó seguidamente:

—Mi deseo es que trabajéis conmigo y obedezcáis mis órdenes. El autor de estas muertes es un individuo que se llama a sí mismo el aniquilador de criminales. Y, con toda seguridad, sólo yo le conozco.

Boke dijo todo esto rápidamente con objeto de que ninguno de los presentes pudiera hacer objeciones antes de que él hubiera concluido de hablar. Y luego les dio tiempo de reflexionar.

Algunos de aquellos grandes hombres habían alcanzado la posición que ocupaban al presente dando muerte a todos sus competidores, pero eran tardos de inteligencia. Por ello Boke les concedió tiempo sobrado.

Luego hizo circular en torno aquella nota que decía:

"Savage conoce el secreto del aniquilador del crimen y abandona la ciudad movido por misteriosos fines."

—Esta nota procede de una fuente digna de crédito-añadió.

Cuando el mensaje volvió al cabo a sus manos, lo leyó en voz

alta, clara y pausada. Todos los presentes lo habían leído ya, al parecer, pero él sabia que no todos sabían leer y no había querido avergonzarles.

—¡Doc Savage! —comenzó un jefe de descuideros—. Le tengo mucho, muchísimo miedo. Desde hace años temo que me siga la pista, ¡pero jamás le creí capaz de esto!

—Pues, sin embargo, es propio de él —dijo otro ladrón—. El hombre de bronce posee una mentalidad extraordinaria. Es capaz de todo y sin duda ha inventado la manera de acabar de una vez con todos nosotros.

Otro individuo aconsejó a la asamblea:

—Muchachos, tomemos un vapor que nos lleve a Europa hasta que concluya la función.

—Yo no abandono Nueva York.

—¡Quiá! —exclamó otro—. ¡Yo no renuncio a mis raterías tan provechosas!

—¿Y si no fuera Doc Savage el aniquilador de criminales? —insinuó un tercero.

—Todo le acusa —anunció Boke a la reunión—. En un principio se me hizo sospechoso un tal Sydney Lorrey, pero éste se ha vuelto loco y se ha suicidado provocando la explosión del laboratorio que tenía instalado en una barca.

—He leído la noticia en los periódicos —dijo una voz.

—Yo tengo en mi poder a dos íntimos de Doc Savage-manifestó con su acento más agradable Boke —. Uno de ellos es Patricia Savage, su prima; El otro es Renny, un ingeniero. A estas horas ya he participado al hombre de bronce que mataré a los dos prisioneros si no me entrega, al aniquilador del crimen.

Las criminales inteligencias allí reunidas miraron a Boke con un nuevo interés.

—¡Por el amor a los cachorros! —balbuceó un bandido—. ¿Te has atrevido a hacerle frene y te ha dejado salirte con la tuya?

—Tú lo dices-Boke se infló de orgullo —. Y no sólo eso: me he anticipado a él.

—¿Qué debemos hacer? aconséjanos-le rogó una voz.

—Vigilarle de cerca-replicó Boke —, y prepararle un lazo, para lo cual utilizaremos como cebo a mis dos prisioneros.

Un bandido de rostro diabólico aulló desde el fondo de la sala:

—¡Dejádmelo de mi cuenta! ¡Veréis cómo cuido de él! —AL propio tiempo sacó un automático y lo blandió con gesto teatral.

El brazo armado del revólver gesticuló más y más; cada vez adquiría mayor violencia. Luego el otro brazo de la fiera se sumó a sus movimientos y el hombre comenzó a tambalearse y a emitir sonidos guturales.

Esto duró unos segundos mientras le miraban sus aterrados compañeros.

Después la víctima cayó al suelo, allí perneó con violencia, rodó sobre sí misma y se quedó quieta.

Tenía los ojos casi fuera de las órbitas.

CAPÍTULO XV

ESTADO ARRIBA

EL doctor Mortimer Basestein se palpaba, frenético, los bolsillos de la americana en el momento en que moría en presencia de Boke, el jefe de la banda de gangsters. Estaba desesperado.

¿Cómo habría sido aquello? Se había quitado un momento la americana para afeitarse y durante este tiempo había desaparecido el librito de notas.

Nervioso anduvo de un lado para otro del living room, mirando detrás de los divanes y bajo las sillas sin dar con el objeto perdido.

Se aproximó a la puerta, miró por el hueco abierto y se quedó inmóvil, fascinado.

En la habitación vecina estaba Doc Savage haciendo ejercicio, o mejor: terminando de hacerlo.

Monk se había sentado en el lecho y tras de dirigir a Basestein una mirada de indiferencia cuando apareció en el umbral, tornó a contemplar a Doc y a sudar. Sudaba siempre que contemplaba a Doc en aquella faena.

Tal era la fuerza sugestionadora que originaba con su trabajo diario, el hombre de bronce.

Casi dos horas había estado haciendo gimnasia, desempeñando un ritual al cual estaba ligado desde la infancia. Ya había concluido de ejercitar sus músculos, este ejercicio era similar a los movimientos de una cultura física corriente, sólo que más fatigoso, pero en un maletín de mano tenía otros aparatos destinados al mismo fin.

Eran éstos: un aparato productor de ondas sonoras situadas por encima y por debajo del alcance de su oído cuyo uso le había dado en el transcurso de los años, una fuerza auditiva casi sobrehumana.

Luego venia toda una colección de frasquitos con distintas esencias aromáticas que el hombre de bronce identificaba repetidamente para hacer más delicado el sentido del olfato.

También leía varias páginas en relieve conforme al sistema Braille adoptado para uso de los ciegos y en el maletín había además, otros aparatos de su propia invención, y muchísimo más complicados.

Su cuerpo gigante no daba ni la más leve señal de fatiga, a pesar de que no había dormido en toda la noche.

Basestein retrocedió y continuó la búsqueda del librito sin tener mayor suerte esta vez que la vez primera. Poco después entró Doc en el living room y se acercó, como por casualidad, a la ventana.

De pronto se inclinó, levantó un extremo de la alfombra, y se enderezó con el librito en la mano.

—¿Es suyo? —interrogó a Basestein.

El doctor se registró los bolsillos, luego se sonrió.

—¡Hombre, sí, debe serlo! —dijo—. Sin duda se ha caído sin advertirlo yo.

Tomó el librito y se lo guardó con un suspiro de alivio. No había escrito en él nada que le comprometiera y por ello su pérdida no le hubiera perjudicado gran cosa pero lo necesitaba para mensajes futuros.

Al cabo de un rato se reunió Doc a Monk en el dormitorio. Ham no estaba en él.

Este último le dijo en voz baja:

—¿Ha oído algo?

—No-replicó Doc —, creo que está seguro de que se le ha caído del bolsillo.

Monk le mostró la hoja primera que había estado adherida al bloc de Basestein. Esta hoja había sufrido una operación idéntica a la que siguen los peritos del cuerpo de policía.

O sea que había sido bañada en una solución química y como resultado del baño se distinguía, débilmente, lo escrito anteriormente sobre ella. Por fortuna, las dos hojas arrancadas anteriormente no se habían escrito una sobre otra o de lo contrario sus huellas no hubieran sido legibles.

La primera decía:

"Doc Savage ha recibido la orden de buscar al aniquilador del

crimen bajo pena de ser muerto Renny."

La segunda era la misma misiva que el misterioso Boke había exhibido en la reunión.

—Ese Basestein es un espía —gruñó Monk.

—Evidentemente.

Monk se puso de pie.

—Le voy a sacudir un poco. A ver sí habla-anunció.

—Aguarda-le rogó Doc —. Déjale que finja un poco más.

—¡Hum! Por vez primera desde que te conozco te oigo manifestar una idea descabellada.

Sin alterarse dijo el hombre de bronce:

—El doctor puede sernos útil todavía.

Sonaba el timbre del teléfono. Era Ham quien llamaba al departamento.

—Todo está preparado-dijo a Doc.

Dos horas después conducía el hombre de bronce un veloz aeroplano trimotor a través del aire y por encima del área montañosa que caracteriza la parte norte del estado de Nueva York. Las nubes, muy espesas, estaban bastante bajas y el viento era sorprendentemente cálido porque un súbito ttraw (viento cálido del mediodía), había sucedido a la borrasca.

Nieve en cantidad se acumulaba aun en las cumbres de las montañas, pero en conjunto, se fundía rápidamente y raudales de agua cubrían el fondo de los barrancos, los prados y cañadas de los riachuelos se desprendían torrentes de agua cenagosa.

Ham ocupaba, junto a Doc, el lugar destinado al piloto. Su aspecto era el de costumbre con la sola diferencia de que tenía la tez más oscura y su cabello había adquirido un tinte rojizo.

Esto formaba parte del disfraz que Ham había adoptado para hacer los preparativos del viaje sin exponerse a ser molestado por la policía. Se le había encargado de esto con preferencia a Monk, porque su físico llamaba menos la atención que el simiesco del químico o el sorprendente de Savage.

Monk se aproximó a ellos y les murmuró al oído:

—Basestein vuelve a las andadas...

—Pues ¿qué hace? —deseó saber Doc.

—Está escribiendo notas-le explicó Monk —, y arroja una al vacío cada vez que volamos por encima de poblado.

—Ya había reparado en ello-admitió el hombre de bronce.

—Bueno, y ¿qué hacemos? —Monk hizo un guiño—. Ese individuo va a creerse un lince dentro de poco.

—Déjale en paz-le aconsejó Doc —. Todavía puede sernos útil.

Monk se retiró al fondo de la cabina, refunfuñando.

Ham inquirió, lleno de curiosidad:

—¿Cuándo sospechaste por vez primera de ese Basestein?

—En el mismo instante en que se reunió a nosotros a bordo del alijador donde tenía instalado Lorrey su laboratorio.

—¡Diantre! —exclamó Ham—. ¿Cómo te inspiró sospechas tan pronto?

—Sin duda recordarás que antes de acercarnos a la barca requisé a sus contornos. ¿No?

—Sí-Ham hizo un gesto afirmativo —, y entonces descubriste a Basestein en el acto de espiarnos.

—Y el propio tiempo a varios individuos que se mantenían alejados de la ribera-explicó Doc —. Aguardaron allí hasta ver que Basestein había logrado engañarnos.

Ham exclamó sin poder contenerse:

—¡Y tú les has dejado que albergaran esa creencia! ¿Por qué?...

Se interrumpió. Monk acababa de gritar:

—¡Cuidado! ¡Estamos llegando!

El terreno se había tornado más abrupto a sus pies, más accidentado. Una sola carretera, un sendero más bien apenas distinguible a la difusa claridad del mediodía serpenteaba entre bosques contorneando arroyos y pequeños valles. Aquel camino terminaba ante una maciza puerta de hierro.

Desde la puerta corría una elevada valla de alambres que incluida muchos acres de terreno. Esta valla, entretejida y rematada por pinchos agudos tendría muy bien unos quince pies de altura.

Desde el aire daba la sensación de que circundaba tan sólo un pequeño lago y un edificio de troncos que podía tomarse por un pabellón de caza. A un lado del lago levantada hasta las nubes su cima pelada una montada de sólida piedra gris.

Tras de la valla no había más que la casa, el lago y la árida colina.

Pero a su espalda, quizá a una milla de distancia y en la cumbre de otra montada se elevaba una cabaña pequeña, poco ostentosa.

Doc la examinó valiéndose de los gemelos.

Luego descendió con el aeroplano sobre la valla del cercado y giró en torno de la portería cercana a la puerta.

De ella salió, al cabo, un hombre. Vestía el traje sencillo del habitante de los bosques y por su aspecto parecía un guarda o vigilante. El hombre levantó la vista y miró el aeroplano.

Doc entregó los mandos a Monk, sacó medio cuerpo fuera de la ventana de la cabina e hizo señales con el brazo.

Abajo, el hombre colocado junto a la puerta se dejó caer de espaldas, en tierra para que se distinguieran desde lo alto sus movimientos y accionó con los brazos. Ellos se movieron en ángulos distintos.

Ham, que volvía a la cabina, aprovechó el momento para dar un tropezón y caer, cuan largo era, sobre Basestein con el resultado de que si su pasajero comprendía las señales dejara de percibirlas.

Doc dejó su puesto en la ventana y les comunicó:

—No hay novedad.

Luego volvió a tomar los mandos y se alejó con el aparato de aquel extraño cercado. Le llamamos así, porque no había motivo, en apariencia para que se pensara en vallar de aquel modo una finca perdida en la espesura del bosque.

El aeroplano era anfibio y el hombre de bronce levantóle las ruedas para que dejaran lugar a los flotadores y poder amarar en el agua.

—¡Diantre! —murmuró Monk—. ¿Es que no vamos a descender en el instituto?

—¿Para que le descubra Basestein? —observó el hombre de bronce.

—¡Tirémosle por la borda y acabaremos de una vez!

—No. Basestein me será de utilidad. Podría ahorrarnos muchos disgustos.

Monk replicó con un suspiro:

—¡Maldito si te comprendo!

El aeroplano pasó por encima de las aguas de un segundo lago. Doc le obligó a descender, abrió las válvulas de paso y detuvo la hélice. Las alas le sustentaron y sin choques ni sacudidas, se posó sobre la superficie del lago.

Sus aguas estaban sucias de fango y cuando Doc hubo parado los

tres motores se oyó murmurar y gorgotear el sobrante de las aguas que se precipitaban en el lago.

Bajo los árboles más frondosos había nieve todavía, pero se derretía rápidamente. Una película liquida cubría el terreno casi en su totalidad e incluso el aire estaba saturado de humedad.

—Es un tiempo que ni hecho de encargo para acampar-observó Monk.

—Quédate en el aeroplano —le aconsejó Doc—, y estarás más cómodo.

Pero Monk y Ham se tiraron al agua, poco profunda y la vadearon con el hombre de bronce, dejando en el aeroplano al doctor Basestein.

—Oye, Doc: ¿con qué fin hemos aterrizado en este paraje?

—Eso es-agregó Ham —. ¿Qué se oculta tras de este viaje sin objeto, al parecer?

—El aniquilador y su obra de destrucción —repuso pausadamente el hombre de bronce—. Mucho me engañaría, si no hallamos aquí la solución al enigma.

Luego se separó de ellos el hombre de bronce sin prisa, al parecer, y se metió en un matorral de arbustos de hoja perenne. Monk y Ham aguardaron su reaparición hasta que, de pronto, entraron en sospechas y corrieron a la espesura.

El hombre de bronce había desaparecido.

—¡Maldito sea! —dijo Monk con acento lastimero y trató de seguir el rastro de Doc que perdió tras de haber recorrido unos metros.

—Eh, peludo orangután, deja tus pesquisas-le dijo Ham —. Doc sospecha de alguno, pero no tiene la prueba de su culpabilidad y por ello no expresa una opinión.

Y permanecieron como clavados en su puesto, midiéndose con la mirada mientras iniciaban una de sus disputas acostumbradas. Ni al uno ni al otro se les ocurrió volverse a mirar al aeroplano que la maleza les ocultaba.

En la cabina estaba el doctor muy atareado. La gran nave aérea estaba dotada de una emisora y receptora de ondas y delante de ella se hallaba agachado el doctor. El aparato era un poco complicado, mas a juzgar por la facilidad con que le puso en juego Basestein, se deducía que estaba habituado al manejo de los aparatos de radio.

Ligeramente operó en el mecanismo que marcaba la longitud de onda, provocó un cortocircuito en el micrófono y dijo rápidamente:

—Basestein al habla. Basestein al habla…

—Comunique-le contestó al fin una voz.

—Doc Savage acaba de amarar con su aeroplano en el lago de… —comenzó a decir el doctor. Y a continuación hizo una descripción afortunadísima del lago y de sus alrededores.

—¡Magnifico! —exclamó la voz en respuesta—. ¿Sabe algo más con respecto al aniquilador? ¿Le ha identificado ya?

Basestein titubeó un momento.

—Pienso-dijo luego —, que Savage se conduce de un modo muy raro en todo este asunto e incluso tiene perplejos a sus camaradas. No es improbable que sea, después de todo, el aniquilador.

—Opino lo mismo —dijo la voz lejana.

Basestein manifestó:

—No puedo exponerme por más tiempo a que me descubran. ¡Adiós!

Y cortó la comunicación.

Con sumo tiento volvió a dejar los discos del aparato conforme los encontrara, levantando, de vez en cuando la cabeza para ver si le observaban.

No vió a nadie. Sacó la cabeza fuera de la cabina y oyó disputar a Monk y a Ham.

Como siempre que estaban juntos mucho rato seguido, Monk y Ham se habían metido en cuestiones personales y discutían sobre la captura de Habeas Corpus.

—Ese cerdo ha sido un tormento desde un principio-decía el abogado —, y por ello no me disgusta lo que le ha sucedido.

Monk le dirigió una mirada chispeante. Él abrió y cerró las manos velludas.

—Quizá no te importe ahora-repuso —, pero no me dirás lo mismo más adelante porque si le sucediera algo malo a ese animal, te estrangularía.

—¡Cuándo gustes!

Ham enarboló significativamente el bastón al proferir aquellas palabras.

Monk frunció el ceño y se apoderó de una rama. Era ésta tan gruesa como el brazo de un hombre, pero el químico la manejaba

como una simple porra. La empuñó con fuerza y se acercó a Ham.

Pero se detuvo a medio camino, dejó caer la rama y miró atontado en torno.

Tenía los ojos levemente desencajados.

—¡Diantre! —exclamó sentándose pesadamente en el suelo—. ¡Cómo me duele la cabeza!

Ham dijo:

—Si quieres te cortaré el gaznate para que salgas de penas. —Y le dedicó una sonrisa.

Monk le miró airado. Trató de levantarse mas se apoderó de él un nuevo ataque de dolor y cayó con una mueca.

—¿Qué mal te aqueja? —le interrogó, alegremente, Ham.

—Me anda por la cabeza ese funesto aniquilador del crimen, ¡maldito sea!

—Y eso te sucede cada vez que pretendes meterte conmigo, ¿no es eso?

—¡Si, condenado!

La boca de orador de Ham se dilató en una sonrisa hasta las orejas y apoyándose en el bastón de caña, comenzó a hablar con suave acento, sin apresurarse.

Muchas cosas tenía que decirle a Monk desde largo tiempo atrás, pero no se había atrevido porque Monk con la fuerza de orangután que poseía, podía zurrar hasta a doce individuos de su talla y condiciones y el astuto abogado no lo ignoraba. Justamente le habla atado la lengua el conocimiento que tenía de Monk.

Pero ahora se libró del peso que le abrumaba. De lo más recóndito de su alma sacó a luz palabras insultantes, reminiscencias de otros tiempos, interjecciones escogidas que acumuló sobre Monk con maligno regocijo.

De allí a poco se le enrojeció el semblante y rompió a sudar. Tenía los ojos brillantes y se interrumpía con frecuencia para prorrumpir en una carcajada.

Monk permaneció sentado aguantando el chaparrón. Varias veces quiso ponerse de pie como para asesinar a Ham sin reparar en las consecuencias que podrían derivarse de su acción.

Mas el terror que le inspiraba el terrible aniquilador del crimen, se sobreponía, al punto, a su ira y le hacia retroceder. Para terminar se tapó los oídos con las puntas de los dedos meñiques.

Ham se tornaba más y más elocuente. El recuerdo de todos los pasados insultos de Monk, los berrinches que le había ocasionado con ayuda del cerdo y de la ventriloquia afluían, ahora, a su pensamiento. Ellos formaban legión y Ham se vengó verbalmente de todos.

Aquel instante debía quedársele para siempre grabado en el alma y de allí en adelante le tuvo por uno de los más felices de su vida. Desde largo tiempo atrás venia deseando pinchar a Monk hasta apurarle la paciencia cuando el hirsuto químico se hallara colocado en una situación tal que no pudiera defenderse.

Pero su dicha tuvo un fin inesperado.

Del espacio descendió raudo, un aeroplano. Llevaba parados los motores de manera que no hizo ningún ruido y antes de que repararan en él, lo tenían encima. Mas ni aún entonces lo descubrieron Monk ni Ham. Un grito agudo de Basestein concentró la atención de ambos sobre el anfibio amarillo.

Sus ocupantes, asomados al exterior, sostenían en las manos unos objetos negros, abultados y habían comenzado a arrojarlos por la borda mucho antes de que el aparato descendiera. Cayeron en la maleza con ruidosa violencia.

Ham que se había dirigido a Monk como si el simiesco camarada fuera uno de sus peores enemigos, dio súbitamente de lado a su animosidad.

—Todavía tengo mucho que decirte-observó, —pero quiero que vivas para oírlo.

Al propio tiempo le asió de la mano, le ayudó a levantarse del suelo y trató de ayudarle también a alcanzar un lugar de refugio. Pero el aeroplano era muy rápido.

Pasando por encima de sus cabezas dejó caer sobre ellos una lluvia de oscuros artefactos de metal que estallaron con ruido sordo y Monk y Ham súbitamente sintieron en los ojos la penosa mordedura de los gases lacrimógenos. Simultáneamente se sintieron indefensos.

Mientras franqueaba a saltos, maleza y arbustos espoleado por el ansia de huir cuanto antes de aquellos parajes, le gritó Monk al abogado:

—¡Así te aspen, Ham! Si no hubieras metido tanto ruido hubiéramos oído venir antes ese bólido improvisado.

Ham le contestó:

—¡Corre y no chilles, peludo orangután!

Junto al lago, delante de ellos, oyeron caer más bombas de gases lacrimógenos. Basestein les gritó algo que no pudieron entender. Luego disminuyó bruscamente, sobre sus cabezas, el zumbido del motor del aeroplano; ambos oyeron el gemido del viento que azotaba los cables de los montantes, luego el chapoteo iniciado en las aguas por el amaraje en el lago.

Las detonaciones intermitentes del motor se hicieron más intensas.

Comprendiendo muy bien que no podían defenderse de un ataque en aquellos momentos, se esforzaron en vano por salir de allí cuanto antes. Pero oyeron correr detrás de ellos a los desconocidos y acercarse cada vez más.

Alguien le asestó a Monk un rudo golpe por detrás. Y después, ¡cosa rara! La persona que le había asestado el golpe comenzó a aullar de dolor.

—¡Imbéciles! ¡Conservad la calma! —dijo la voz agradabilísima de Boke—. No os excitéis porque únicamente cuando estáis excitados os hiere el aniquilador del crimen.

—Es muy cierto-afirmó con su leve acento extranjero la voz de Janko Sultman.

Unos objetos duros que sólo podían ser las bocas de los revólveres, amenazaron a Monk y Ham. Se hallaban rodeados de enemigos y como se sentían indefensos, a causa de su ceguera temporal, tuvieron que rendirse.

La banda triunfante de sus apresadores les condujo junto al aeroplano, tras de esposarles las muñecas.

AL llegar junto al lago y recibir la orden de vadearlo para subir al aeroplano, Monk se dejó caer, de intento, en el agua y ella le lavó los ojos. Esto, unido a los pasajeros efectos del gas, le hizo ver algo más.

Miró a sus apresadores y en el acto localizó a Sultman. Otros varios rostros vagamente familiares le llamaron la atención. ¿Dónde los había visto? ¡Ah, sí! En los periódicos. Eran caras de criminales muy conocidos,

Luego buscó a Boke con la mirada y se disgustó mucho al descubrir que iba disfrazado con un sobretodo de viaje y un gran

tapabocas que le ocultaba las facciones.

¿Dónde está Doc Savage? —le interrogó el bandido.

Monk no respondió y su mirada erró hasta localizar a Basestein. El regordete galeno se había colocado a un lado, pero cerca tenía dos de los recién llegados.

—¡Usted ha atraído aquí a la banda! —le gritó lleno de cólera.

—¡Nada de eso! —exclamó a su vez, Basestein.

Uno de los bandidos que tenía al lado le preguntó:

—¿Dónde está Doc Savage?

—¡No lo sé, tunante!

El bandido le asestó al momento un golpe terrible con el puño cerrado.

Basestein se tambaleó, cayó de espaldas en el agua y sus labios inundados súbitamente de sangre, rotos por el golpe, tiñeron de rojo las aguas en torno a su semblante.

—¡Habla bien! —le gritó el hombre que le había agredido. Parecía dispuesto a decir más, pero en lugar de hacerlo se cogió la cabeza con ambas manos y gimió:

—¡El aniquilador del crimen!

Sus ojos estaban ligeramente desorbitados.

—Apoderaos de los dos aeroplanos —les ordenó Boke con calma —. ¡Todo el mundo a bordo!

Monk, cuyos ojos lagrimeaban todavía, contempló, maravillado, a Basestein al cual se levantaba del agua para introducirle en el aeroplano.

Monk se hallaba perplejo. Basestein no era miembro, por lo visto, de la banda de Boke. Entonces ¿quién seria?

Los dos aeroplanos despegaron casi al mismo tiempo.

CAPÍTULO XVI

DOBLE TRAMPA

DOC Savage estaba a dos millas del lago y regresaba a sus orillas corriendo con toda la velocidad de sus piernas entrenadas, cuando oyó despegar a los dos aparatos. Volvía allí porque había oído aproximarse al amarillo anfibio de Boke.

Tras de recorrer casi las dos millas que le separaban del punto donde dejara a sus camaradas hizo alto y aplicó el oído el tiempo suficiente para hacerse cargo de que los dos aparatos se le acercaban.

Entonces se internó en un claro del bosque para hacerles señales desde allí sin correr el riesgo de que le vieran.

Casi al punto apareció en lo alto el trimotor que le había traído, con Monk, Ham y Basestein, a aquella arbórea comarca.

Doc gesticuló. El piloto debió divisarle en el acto porque la hermosa nave giró sobre si misma y se aproximó, deslizándose por el espacio.

El hombre de bronce observó con atención la dirección desplegada por el piloto. Era defectuosa, Monk o Ham lo hubieran hecho mejor, hubieran manejado los mandos con más soltura. Advertido por ello de que ocurría algo anormal, se retiró apresuradamente.

AL momento surgieron cabezas y hombros por la ventanilla de la cabina.

Aquellos hombres desconocidos le apuntaron con sus revólveres, sus rifles, ametralladoras y automáticos de corto cañón. A continuación oyó las detonaciones de las armas de fuego distinguibles por encima del zumbido de los motores del aeroplano.

El segundo aparato entró escorando. Su piloto era más experto.

Volteó con el aparato en torno de Doc y alguien que iba a bordo hizo funcionar un arma aérea de reglamento. De ella se desprendió una hilada gris, ondulante, de postas, que cayeron sobre la marga del bosque, levantaron nubes de nieve fundida, le arrancaron ramas a los árboles.

Rápido como el pensamiento, corrió Doc de un mísero refugio a otro. En aquel punto de la ribera no había árboles de hoja perenne. Además, el terreno había sido devastado por un incendio, años atrás, de modo que los árboles eran jóvenes en torno del claro y no ofrecían seguridad.

En sus confines corría un arroyo de corriente impetuosa, casi lleno de orilla a orilla, de agua de nieve, Doc se encaminó a él. A lo largo del arrojo pendían ramas que le brindaban un escondite más seguro.

Una y otra vez descendieron los aeroplanos rociándole con lluvia de plomo.

El hombre de bronce hundió una mano bajo las ropas y de ellas sacó una bomba de humo químico de su propia invención y la arrojó junto a sí para que al desprenderse de ella el humo le rodeara y ocultase. Ya en diversas ocasiones se había valido de bombas iguales para escapar.

Mas en esta ocasión no le dio resultado. Los hombres de Boke que ocupaban los aeroplanos, descendieron casi a ras de tierra y vaciaron sobre ella media tonelada de bombas lacrimógenas. Doc se vió obligado a correr en dirección del arroyo.

El aeroplano de Boke inició otra zambullida. En todas las ventanas de la cabina se distinguían gentes asomadas.

Un aullido de placer ascendió a los cielos cuando Doc cayó a tierra inesperadamente. Desde el aeroplano los bandidos le vieron retorcerse en el suelo y distinguieron el hilo de sangre que manaba de la pechera de su camisa.

—¡Está mal herido! —exclamó Boke.

Entonces le vieron sacar una, dos, tres bombas de humo y tirarlas a su derecha, a su izquierda, delante y detrás de sí de manera que se esparciera una gran nube de humo sobre el punto que ocupaba.

Los aparatos continuaron zambulléndose y acribillando el humo de plomo; el zumbido de sus motores y el tableteo y estampido de

las armas de fuego se mezclaba en un holocausto de sonidos.

Una ligera brisa agitó el húmedo arbolado del bosque, aporreó el humo, lo dividió, lo empujó sobre la corriente del arroyo.

Boke profirió una maldición con acento tan agudo que atravesó el grueso tapabocas que llevaba arrollado al cuello. Acababa de ver, bajo un árbol raquítico, un cuerpo contorsionado.

—Sin duda el hombre de bronce se ha arrastrado hasta ahí, protegido por el humo —gritó—. Pero… ¡ya le tenemos! ¡Fuego! ¡Disparad sobre él!

El aeroplano descendió, gimiendo, luego se remontó, picando en espiral.

Tronaron los revólveres, los rifles y las ametralladoras. Se desprendieron ramas del árbol que cobijaba el cuerpo tendido. Llovieron sobre él trozos de corteza, saltó el barro, se levantaron del suelo líquidos surtidores…

El propio cuerpo saltaba cada vez que le aporreaban las balas. El barro le había cubierto de tal modo que apenas se le distinguía. Una y otra vez descendieron sobre él los aparatos y los bandidos vaciaron las cámaras de sus armas en el ataque.

Luego, triunfantes como halcones que acaban de hacer una matanza de pollos, picaron en espiral y buscaron un sitio adecuado para aterrizar. El claro donde por vez primera se había visto a Doc Savage era muy reducido.

Tampoco se halló cerca de él otro mejor.

—¡Doc Savage ha muerto! —exclamó Boke complacido—. Ahora ya no tenemos tanta necesidad de aterrizar.

Janko Sultman se encaramó hasta el asiento de Boke, excitado y con el semblante del color de la púrpura, y le asió por un brazo.

—¡Ya no existe el aniquilador del crimen! ¡Ya no volverá a hacernos daño! —gritó.

Boke se retrepó en el asiento. Su risa expresaba un profundo alivio.

—¡Cierto! —chilló a su vez amablemente para hacerse oír de Sultman—. Cada vez que nos excitábamos o tratábamos de matar nos hería el infernal aniquilador. Pero, ahora ya no nos ataca.

—¿Cómo te explicas esto? —dijo reflexivamente Sultman con un nuevo grito.

Boke le indicó con un ademán el cuerpo destrozado, salpicado

de fango, que yacía bajo el árbol.

—El aniquilador del crimen ha muerto-observó —. Pero, aun cuando viviera quizá no supiera decirnos cómo provocaba el mal misterioso.

Sultman meneó la cabeza con pausado movimiento.

—Sí que es raro eso del aniquilador-observó.

Boke se inclinó hacia adelante, le habló al piloto al oído y el aviador comenzó a buscar un claro en los bosques. Al cabo descubrió uno, con suma pericia obligó a descender al aparato, paró el motor y a continuación se volvió en el sillín para ver cómo descendía y tomaba tierra el trimotor.

Todo el mundo saltó a tierra menos los hombres de guardia encargados de la custodia de Monk, Ham y Basestein.

Aquellos criminales empedernidos se condujeron como colegiales en época de vacaciones. Sus malos corazones respiraban libres, ahora, del gran peso que les había abrumado y lo demostraron. El porvenir se les ofrecía color de rosa. Todos se agruparon en torno de Boke.

—EA, volvamos a la gran ciudad-dijo un bandido sonriendo.

—Antes tenemos que celebrar nuestra victoria-observó otro —. Será una hermosa fiesta de unión entre todas las bandas. ¡Yo contribuyo con diez dólares!

—¿Dónde está el caballero que se quería ir a Europa? —gritó con embeleso un tercer gangster—. ¡Que cabalgue sobre la borda del buque!

—¡Propongo un brindis en honor de Boke! Y para empezar la función ahí van diez del ala.

Boke alzó una mano en demanda de silencio.

—Guardaos vuestro dinero-les aconsejó —, aunque mucho me debéis por haberos enseñado la manera de desembarazaros del aniquilador del crimen. En pago, únicamente voy a pediros un favor.

—¿Qué demonios dices? —gruñó alguien.

—¡Desenmascaradle! —sugirió uno inflexible—. Ya había oído hablar de ese niño y por ello me he asociado a él, pero ahora quiero verle la jeta.

Boke sacó de sus ropas un pequeño automático.

—Tengo excelentes razones para mantener mi rostro oculto-

declaró —. Si pudierais verle un momento me comprenderías mejor.

Los bandidos miraron el automático sin saber si debían o no tomar en serio la amenaza. Uno le ellos preguntó a Boke:

—¿Qué es lo que deseas de nosotros?

—Que llevéis a cabo un raid sobre el establecimiento benéfico de Doc Savage, destinado a la curación de criminales y que obliguéis a uno de los cirujanos que allí están a que divulgue determinados informes.

—¿De qué Institución nos hablas, pimpollo? —murmuró un corpulento racketeer.

Boke comenzó a hablar. En resumen refirmó a los circunstantes que los criminales que, en épocas anteriores, se habían puesto frente a Doc Savage habían desaparecido, sin faltar uno sólo, de Nueva York.

Este hecho le había movido a concebir sospechas y, a causa de ellas había alquilado los servicios de Sultman el cual, tras de dedicar unos meses a la penosa investigación del caso, supo que el hombre de bronce mantenía una institución singular erigida en el Norte del estado, en la cual se convertía a los criminales en seres honrados.

—Entonces nos pusimos en contacto con un subalterno-agregó —, y le sobornamos. Por él hemos sabido que Doc ha descubierto que el crimen es, hasta cierto punto, una enfermedad, o en otras palabras: que hay en el cuerpo humano una pequeña glándula cuyas secreciones guardan relación con la moral del hombre y por ello éste es, en determinadas ocasiones, dignísimo ciudadano y en otras un criminal de sangre fría sin sentido del mal o del bien.

—Oye: ¿adónde conduce todo eso? —inquirió con impaciencia uno de los oyentes de Boke.

—Ahora lo verás. Doc Savage trata esta glándula haciéndola funcionar otra vez con normalidad-siguió diciendo Boke —. Es decir, del tratamiento no se encarga él personalmente sino los cirujanos competentes que mantiene la Institución.

Boke hizo aquí una pausa con objeto de mantener en suspenso a sus oyentes y que éstos concentrasen toda su atención en el resto del relato y después lo reanudó de esta suerte:

—Dichos cirujanos conocen tan a fondo el tratamiento empleado para la curación de la glándula, que lo mismo saben curar que, por

el contrario, convertir a los hombres en criminales. Y este es, justamente, el secreto que pretendo descubrir: saber cómo se transforman en malhechores a los hombres honrados.

—¡Diantres! ¿Con qué fin? ¿Qué te metes en el bolsillo con la aclaración del misterio? —inquirió una voz.

—Careces de imaginación, amigo-observó riendo Boke —. Mi plan consiste en apoderarme de los banqueros, de los magnates de la industria, de los políticos de la nación, y en administrarles la droga que deberá transformarles interiormente. Desde luego, ellos deberán ignorarla. Más tarde, yo mismo, o mis apoderados, se acercarán a hablar a esos individuos y les enrolarán en la lista de mis empresas. Ellos aceptarán. Teniendo acceso, como tienen, a miles e incluso a millones de dólares, se apropiarán de esos fondos en obediencia a sus nuevos instintos criminales y yo me las compondré de manera que parte de ese dinero venga a parar a mis manos.

—¡Pues, señor, jamás oí cosa igual! —exclamó uno de sus oyentes.

Boke dijo pacientemente:

—Lo tengo todo planeado con muchísimo esmero y se realizará. Los hombres a quienes yo convierta en criminales no sabrán, exactamente, de la manera que se verifican sus crímenes y se mostrarán encantados en grado superlativo de los proyectos que yo les exponga.

—A ver si te he comprendido bien-dijo un individuo que parecía ser el más inteligente de los allí reunidos —. Lo que deseas es verificar un raid sobre el benéfico establecimiento de Doc para apoderarte de una droga capaz de destruir el sentido humano del bien y del mal, ¿no es eso?

—¡Exactamente!

—Bueno, pues, estoy a tu lado en todo y para todo-concluyó el otro.

Sucedieron a aquellas palabras discusiones y argumentaciones interminables por determinados jefes de grupo, pero su repugnancia no era tanta que no se trasluciera que, al cabo, lograría Boke convencerles.

Media hora después entraban todos en los aeroplanos y los aparatos despegaron del suelo.

Cuando Doc Savage, Monk, Ham y Basestein, habían volado por encima del área cercada del bosque no habían visto señales de vida si se exceptúa al individuo que había aparecido junto a la puerta, y ante la portería hecha de troncos de la finca.

Ahora divisábanse en ella hasta doscientos hombres vestidos, todos, de igual manera, o sea de blanco uniforme. Sólo de vez en cuando aparecía entre ellos uno que otro individuo uniformado de azul.

Los hombres vestidos de blanco se alineaban en grupos distintos y efectuaban ejercicios gimnásticos o avances a la orden de los individuos uniformados de azul. Unos cuantos aparecían diseminados aquí y allá, evidentemente descansando.

Los hombres vestidos de blanco eran ex criminales a pesar de su aspecto actual, tan inofensivo. Todos gozaban de una salud excelente, tenían brillante la mirada, poseían notable fuerza muscular. Ni siquiera uno sólo recordaba la pasada existencia.

Lo que cada uno de ellos tenía solamente en la memoria era su despertar en una habitación de aquella finca cercada del bosque. Nada más.

Cerca de ellos, en la portería que no era bastante capaz para contener a una mínima parte de los hombres visibles en el cercado, estaba sentado un joven ante un cuadro situado sobre una mesa. Le ceñía la cabeza un auricular telefónico y leía una revista atrasada. De pronto se enderezó, le dio media vuelta al pomo de los amplificadores que tenía delante y su rostro asumió atenta expresión. Volviéndose a otro joven trajeado, asimismo, de azul, le comunicó:

—Este aparato auditivo acaba de captar el zumbido de los motores de uno o de dos aeroplanos.

El segundo joven se acercó a un timbre, le pulsó tres veces y tres golpes sonoros se produjeron, a modo de respuesta, en un gong invisible.

El resultado de aquella señal fue maravilloso. Los hombres vestidos de blanco se formaron en una doble columna y marcharon a paso ligero en dirección a la colina de roca cenicienta. En la piedra, aparentemente sólida se abrieron unas puertas. Los hombres atravesaron sus umbrales y se perdieron de vista.

En el transcurso de unos minutos nadie quedó en el área cercada

de la finca.

El hombre de guardia continuaba escuchando. Los aeroplanos no solían pasar con frecuencia por encima de la remota comarca, pero siempre que lo hacían se ocultaba a los habitantes de la benéfica institución pues dado el contorno especial de la región circundante, sólo desde un avión podían ser vistos.

Al cabo aparecieron los aeroplanos: eran dos. El joven de guardia reconoció en uno de ellos al gran trimotor de Doc Savage, pero el otro le era desconocido. Se levantó de su asiento y con los brazos hizo una pregunta.

La respuesta fue una rociada de postas que le movió a refugiarse a escape en la portería.

Posiblemente consideraba Boke la institución que tenía a sus pies como un lugar de retiro, exclusivamente, donde renacían las almas de los hombres a una nueva vida y sus vidas cambiaban de curso y por ello la juzgaba como una plaza indefensa.

No debía saber que al planear la erección del "Instituto", Doc había previsto la posible contingencia de que una banda de criminales tratara de separar a uno de sus miembros de la vida honesta.

En verdad, los gangsters tenían motivos suficientes para querer sacar de allí a sus camaradas. Así, como Boke descubrió muy pronto, se había instalado en ella un mecanismo de defensa que funcionó, entonces, por vez primera.

En distintos y numerosos puntos de la finca se descorrieron húmedas extensiones fangosas de bosque, descubriendo limpios y redondos agujeros en los cuales se había instalado un cañón.

Las armas que albergaban no eran muy grandes, pero tampoco de juguete y a la sazón levantaron sus bocas y comenzaron a seguir a los aeroplanos.

El hecho parecía sobrenatural porque ninguna mano manejaba aquellos cañones.

Con todo, afinaba su puntería un hombre vestido de azul desde un puesto invisible. Observaba los aeroplanos por medio de un telescopio y cuando lo hubo hecho oprimió una palanca.

Los cañones comenzaron a disparar. El hombre colocado en el puesto remoto de control movió otra palanca y las blancas nubecillas de las bombas antiaéreas-que se abrieron en un principio,

a una altura excesiva-bajaron hasta el aeroplano sin caer sobre él sino delante.

La aeronave, sacudida y aporreada por la tormenta de metal, se desvió del campo afectado por las bombas, pero le habían tocado y avanzó con trabajo.

El piloto trató de ascender y descubrió que se habían estropeado los cables de control. Apenas tuvo tiempo de cruzar por encima de la colina y de penetrar en un matorral de árboles de hoja perenne, cuando perdió toda la velocidad que llevaba el aparato.

Entonces se entregó en manos del Destino que rige la suerte de los aviadores, sean estos buenos o malos. Y el Destino le salvó.

El aeroplano perdió las alas y una parte del tren de aterrizaje. Su cabina quedó aplastada y la atravesaron pequeñas ramas. El ruido originado por la caída se oyó en varias leguas a la redonda.

El piloto salió a rastras de la cabina, quitándose de la cara los fragmentos de vidrio procedentes del tablero de instrumentos, miró en torno y lanzó un gran suspiro. De los restos del aparato destrozado iban saliendo hombres, unos más heridos que otros, pero era evidente que todos lo hacían por sus propios medios.

El otro aeroplano giraba por encima de sus cabezas. En él iba Boke y puede afirmarse sin riesgo a mentir que le había desanimado, de momento, el descubrimiento inesperado de que el instituto era un nido de avispas.

CAPÍTULO XVII

UN ERROR DE HARDBOILER

DOC Savage no oyó el estrépito ocasionado por la destrucción del aparato, pero si divisó el fruto blanco de las bombas antiaéreas que precedieron a la catástrofe, y captó los distantes pungs de las bombas aun cuando eran muy débiles.

El hombre de bronce descansaba tendido en la orilla del rugiente riachuelo, sólo que no en el mismo punto donde le había sorprendido la granizada de proyectiles procedentes del aeroplano sino más abajo.

En su torso de hércules se había abierto un agujero. Por fortuna el tiro era de rifle y había seguido una limpia trayectoria penetrando en la espalda, junto al cuello y bajando hasta el nivel de unos huesos con bastante dolor, para salir junto al músculo mayor del amplio y robusto pectoral del lado derecho.

El hombre de bronce introdujo con tiento la mano bajo la pechera de la camisa y se puso de pie. Estaba en paños menores pues sólo llevaba puesta la camisa y los calzoncillos.

Subiendo por la orilla del arroyuelo llegó al lugar donde los aeroplanos habían disparado sobre él y examinó el objeto sobre el cual había hecho fuego tomándolo, equivocadamente, por su cuerpo.

Era un lío compuesto de hojas y ramas y unos cuantos palitroques y vestido con el traje de que se había despojado. Él lo había dejado allí protegido por el humo y como éste había sido barrido por el viento en dirección del arroyo él había seguido y entrado en el agua helada.

Después… hubiera querido olvidar la carrera que se tuvo que dar a nado.

Al examinar el traje más de cerca halló la chaqueta tan destrozada que la juzgó inservible; también las balas habían destrozado los zapatos pero, cubiertos como estaban por la capa de barro los pantalones podían llevarse todavía y se los puso.

A continuación marchó en dirección al instituto.

El hombre de bronce no siguió el camino a la manera del cuervo, ya que solo un cuervo o un ave de otra especie era capaz de ello, que no en balde era tan agreste la región.

Se mantenía en estado primitivo porque era impenetrable. Los montes eran empinados, inaccesibles y los espinos, los matorrales y la maleza baja de sus bosques hubiera podido competir con los de una selva tropical.

El camino más fácil de tomar era el del Sur. Por él ce alcanzaba la carretera y de ella, marchando hacia el Oeste, la institución benéfica. De acuerdo con esto Doc Savage bajó hacia el Sur.

Llegado a la carretera vió que no estaba nivelada más que en aquellos puntos en que era indispensable; sus puentes eran de troncos de árboles y en conjunto recordaba la época de los pioneros. Pero en un camión no era difícil de recorrer en toda su longitud y servía para el transporte de las vituallas que no pudieran acarrearse en un aeroplano.

Los bosques continuaban rezumando humedad; la brisa traía algún ruido y las corrientes de arroyos y riachuelos mantenían aquella sinfonía pastoril.

Posiblemente su rumor fue el responsable de lo que sucedió a continuación porque, de ordinario, no se cogía desprevenido al hombre de bronce.

Delante de él surgió un hombre, en el camino. El individuo vestía el uniforme de los agentes neoyorquinos del Cuerpo de Policía. En la mano empuñaba una escopeta.

—Queremos hablar con usted-notificó a Doc con voz llena y sonora.

Doc se había detenido y ahora dio lentamente media vuelta. Más hombres uniformados surgieron a ambos lados del camino. Eran seis sin contar el oficial que les mandaba.

Este oficial no era otro que el inspector Clarence Humbolt, o "Hardboiler".

Sólo él iba vestido de paisano y en lugar de los zapatos de tenis

se había calzado unas fundas de piel de cordero. Pero todavía cojeaba como si tuviera alfileres en los pies. A pesar de ellos se sentía tan dichoso como el perro que acaba de atrapar un conejo.

—Temíamos no hallar aquí un lugar adecuado para el aterrizaje de nuestro aparato —le explicó a Doc,— y por ello le hemos dejado en la población más próxima. Un coche nos ha traído a esta región.

Savage le preguntó, sin mostrar emoción ninguna.

—¿Tiene usted autoridad en esta parte del estado?

Harboiler le mostró las insignias de su graduación.

—Me basta con esto-replicó —, mas tengo un permiso del Gobernador del Estado y mis hombres han sido comisionados especialmente por las autoridades de la metrópoli.

Doc se encogió de hombros.

—Bueno. Veo que su confidente, el doctor Basestein, ha embrollado las cosas de una manera lamentable.

Hardboiler pegó un brinco como si le hubieran pisado los delicados pies, y dirigió a Doc una mirada penetrante.

—¿Qué dice usted?

—Me refiero a las notas que le ha escrito Basestein-le explicó el hombre de bronce —. Ellas han originado la persecución de Boke y de su banda, que nos han seguido hasta aquí.

Hardboiler se dio un palmetazo con el bastón de mando, expectoró, frunció el ceño y se meció, ora sobre un pie, ora sobre otro. El disgusto le inundaba el semblante.

—Así ¿no ha conseguido engañarle? —murmuró.

—No-replicó Doc —. Aunque si me hubieran ustedes despistado de no haberles oído hablar cerca del laboratorio de Sydney Lorrey. Basestein me explicó un cuento muy bien hilvanado pero ahora quisiera saber lo que contiene de verdad.

—Pues, casi todo él lo es-replicó con evidente repugnancia el inspector —. Es cierto que Lorrey se dirigió a él para que lo asistiera y que le habló mucho del aniquilador de criminales, y una de dos: o con su palabrería quería dar a comprender que el aniquilador era él, en persona, o, como me parece ahora, sabe quién es el tal aniquilador. Basestein pertenece al Cuerpo de Policía del cual es doctor y por ello me llamó. Entonces decidí ponerle sobre la pista de usted.

—Es lo que me figuraba-observó en tono seco Doc Savage.

Hardboiler le miró iracundo.

—Si sabia quién era Basestein ¿por qué le ha conservado a su lado? —interrogó.

—Para que me proporcionara una excelente coartada-repuso Doc.

Hardboiler profirió un juramento.

—¿Dónde está Basestein?

Un agente situado a cierta distancia, en la parte baja del camino, gritó de pronto:

—¡Eh! ¡Cuidado, compañeros!

Sonó un disparo, Doc y los agentes que le acompañaban dieron media vuelta y aun tuvieron tiempo para ver cómo corría el agente hacia ellos con toda la velocidad de sus piernas y agitaba los brazos.

Uno de sus pies se enredó en unas raíces sobresalientes y cayó tan pesadamente que levantó en el aire ambos talones; al caerse tosió y una espuma rojiza salió de la boca.

Una voz les gritó desde la espesura:

—¡Sed buenos, muchachos!

Luego, otras voces gritaron a derecha e Izquierda y Doc comprendió que les tenían acorralados.

Hardboiler emitió un gruñido y quiso echar mano al revólver, pero Doc le asió por el brazo, diciéndole:

—¡Cuidado! ¡No lo haga si no quiere ver cómo asesinan a sus hombres!

Dos agentes se habían dejado caer al suelo y por el momento pareció que iba a haber lucha; luego los asaltantes dieron un rodeo y salieron a la carretera. Las ametralladoras que exhibían desanimaron a los policías.

—Conozco a algunos de esos tunantes-manifestó Hardboiler entre dientes —. Son de lo peorcito de la especie.

Los tiradores avanzaron, se desarmó a los agentes y luego un individuo de talle esbelto y cara llena de cicatrices, que parecía dirigir el grupo de malhechores, exclamó:

—¡Esta captura va a llenar de gozo a Boke!

Doc le interrogó:

—¿Me querrás decir una cosa?

—No-repuso el bandido.

—¿Qué es lo que os ha traído a esta región?

El bandido se echó a reír.

—Es muy sencillo —replicó—. Cada vez que Basestein le enviaba a Hardboiler un mensaje, nos apoderábamos de él o le echábamos un vistazo. Hace poco se ha servido del aparato de radio instalado en vuestro aeroplano para decirle a Hardboiler dónde habéis aterrizado y como de usual, interceptamos el mensaje.

Hardboiler pareció disgustarse mucho y trató de adoptar una postura cómoda para sus pies.

El hombre del rostro lleno de cicatrices lanzó un alarido y más gangsters salieron del bosque arrastrando a dos prisioneros: Habeas, el cerdo, estaba entre ellos.

Pat Savage era una de los dos prisioneros; el otro era Renny.

—Creemos conveniente no perderlos de vista-explicó el lugarteniente de la banda —, y por ello les hemos traído. Marchemos. A ver lo que dice Boke.

El bandido juraba como un condenado cuando le echaron la vista encima.

—¡Toma, toma! —exclamó Patricia—. Ese lenguaje no es digno de un caballero.

Dos o tres bandidos la miraron, admirados. Apreciaban su valor. Hardboiler frunció el ceño y le dijo:

—¿No se da cuenta, señorita, de que pueden asesinarnos?

Pat le observó un instante como para asegurarse lo qué originaba su mal humor y luego concluyó, en voz alta:

—Debe ser a causa de los pies.

Boke se llegó a ellos gritando:

—¡A cerrar el pico! ¿Qué sucede aquí? Yo creí que había muerto el hombre de bronce.

Un bandido le refirió la captura.

—¡Magnifico! —exclamó Boke—. Les ataremos y les utilizaremos de escudo para el asalto de aquella puerta. (Aludía, naturalmente, a la del instituto de Doc).

En cumplimiento de la orden se hizo, pues, marchar a Monk y Ham y se les colocó junto a Pat, Renny, Doc y los agentes de policía. Poco después llegó Basestein a la carretera escoltado por los bandidos y se sumó al grupo de prisioneros.

—¡Vaya un lindo espía que me ha resultado usted! —le dijo Hardboiler con sarcasmo.

—¡Veo qué gratitud me demuestra! —repuso el doctor—. ¡Ojalá le salgan tantos callos en las manos como tiene en los pies!

Hardboiler se sonrió de manera que demostraba que no le había ofendido la exclamación.

Boke se encaró con Doc Savage.

—Se ahorrará muchos disgustos-le predijo —, si me proporciona los componentes químicos de la droga que cura la llamada glándula del crimen. Esto es lo que quiero solamente.

El hombre de bronce no respondió; al parecer no le había oído.

—¡Maldito sea! ¡Respóndeme! —aulló Boke.

Doc Savage contemplaba, en silencio, un punto situado por encima de la cabeza de Boke. Desde el camino divisaba aquella cabaña situada en la cima del monte y fuera del cercado recinto del instituto del cual distaría una milla, tal vez, y, solamente media milla del lugar que ocupaba Doc a la sazón.

La cabaña parecía hallarse vacía y abandonada.

—¡Contéstame! —tornó a chillar Boke.

Doc replicó con viveza.

—Ya conoces mi respuesta. ¿Qué piensas hacer?

—¡Muchas cosas! —exclamó el bandido; Y se alejó.

A la distancia de unos setenta metros se agitó levemente un arbusto. Poco después se quebró una ramita, y más tarde salió volando un ave de la ladera de la montaña y voló en dirección al punto donde se levantaba, solitaria, la cabaña.

Monk dijo con voz apenas perceptible, para ser oído únicamente de Doc.

—Oye: por ahí hay alguien. Tal vez nos esté espiando.

—Si-dijo Doc.

—¿Le has visto? ¿Sabes quién es?

El hombre de bronce negó con un movimiento de cabeza.

—Quizá sea un miembro de la banda…

—Por el contrario, se me figura que es el aniquilador del crimen.

Monk le miró transtornado. Con las manos ligadas se rascó como pudo la barbilla.

—¡Diantre! —murmuró—. ¿De veras crees que es él en persona?

—No me cabe la menor duda.

Renny, que se les había acercado, oyó la afirmación de Doc. Miró con cautela en torno, se miró los grandes puños amoratados

por las ligaduras e interrogó:

—¿Por qué crees que está ahí, Doc?

—El aniquilador del crimen ha dejado de actuar poco después de aparecer en escena nuestro aeroplano —explicó a sus dos camaradas el hombre de bronce—, y por ello es lógico suponer que al divisar el trimotor temiera que diéramos con su pista y para evitarlo cerró el aparato de su invención.

Monk dijo, con un gruñido:

—Si, por eso ha dejado de actuar.

Otro pájaro voló sobre la montaña. Este se hallaba más lejos de ellos, junto a la cabaña.

—El espía se dirige a la cima de ese monte —observó Monk, bruscamente.

Delante de ellos, junto a la puerta del cercado que cerraba la extraordinaria y benéfica institución de Doc Savage, oyeron gritar a Boke.

No tenía muchas ganas, por lo visto, de entablar una batalla pues no sabia qué clase de armamentos había al otro lado de la valla y pedía, a voces, que se le diera la fórmula de la droga que curaba a los criminales o de lo contrario se asesinaría a los prisioneros.

—¿Existe esa droga, Doc? —deseó saber Ham.

El hombre de bronce hizo un movimiento afirmativo.

—Sí, existe-dijo —. Fue descubierta mientras se llevaban a cabo los experimentos destinados a darnos luz, con respecto a la manera de hacer funcionar naturalmente la llamada glándula del crimen.

Sus apresadores les tenían atados, a la sazón, por las muñecas pero les habían dejado libres los tobillos, fúnebre presagio de lo que iba a suceder si empeoraba la situación. Para ello se habían utilizado cuerdas de algodón cuyos cabos eran finos y resistentes.

Los hombres se dirigieron, en mayoría, a un lugar desde el cual se pudiera ver la puerta, acuciados por el ansia de ver en qué acababan las negociaciones de Boke.

Sólo cuatro permanecieron junto a Doc Savage y el resto de los presos, pero empuñaban las ametralladoras con el gatillo levantado, amartilladas.

Doc se recostó en el tronco de un árbol, fatigado al parecer, y se restregó un brazo en la corteza rugosa.

Nadie reparó en el botón que se desprendió de la manga de su camisa y cayó al suelo. Entonces se sentó en el suelo como si le abandonaran las fuerzas y recogió el botón.

Era blanco, construido, al parecer, de una sola perla pero mediante un examen detenido se hubiera visto que era de metal, en realidad y que en lugar de estar redondeados sus bordes cortaban como una hoja de afeitar.

Les protegía un aro fino de metal que Doc rompió sin gran trabajo con las uñas.

De dos o tres pasadas bien hechas dejó casi cortadas del todo las cuerdas que le oprimían las muñecas.

Como sorprendiera una mirada de Monk le tiró el botón. Monk lo cogió en un momento en que no le vigilaban sus guardianes, mantuvo un semblante inexpresivo mientras descubría su utilidad y cuando se hubo servido de él se lo pasó a Renny. Este se lo entregó a Pat y Pat a Ham..

Junto a la puerta continuaban agrupados los bandidos. En el instituto se negaban a acceder a sus pretensiones. Doc fingió retorcerse a impulsos de un dolor insoportable ocasionado por la herida del hombro, metió las manos en tierra y las cerró sobre una piedra oculta por el fango.

—Todo va bien-dijo de pronto, y arrojó la piedra.

Simultáneamente Monk, Ham, Renny y Pat se pusieron de pie.

La piedra arrojada cogió por sorpresa a uno de los bandidos armado de ametralladora y le derribó, tembloroso, al suelo del camino. Los otros tres, sorprendidos, dieron la voz de alarma y trataron de usar las ametralladoras.

Monk atrapó a uno, le golpeó con el puño como quien golpea un clavo y el hombre cayó.

Los dos restantes dispararon sus armas pero no tuvieron tiempo de afinar la puntería antes de que se les echasen encima Ham y Renny. Este aporreó de lo lindo a su víctima. A Ham le costó más trabajo acogotar a la suya.

Pat se acercó a ellos y le ayudó echando a su contrario una zancadilla.

Entonces Ham le remató de un directo. El cerdo comenzó a gruñir.

—¡Apoderaos de sus armas y corred en dirección a la montaña!

—les gritó Doc.

Monk aulló:

—Oye: en ella no hay nada mas que la cabaña y no me parece un refugio seguro, ¿Por qué no tratamos de saltar la cerca?

—¡A la montaña! —repitió Doc; Y comenzó a desatar a Hardboiler y a los agentes.

Hardboiler interrogó:

—¿Es que no piensa librar batalla con esos bandidos?

Doc le ordenó, sin contestar a la pregunta:

—¡Suba por la montaña en dirección a esa choza!

—Pero ¿por qué no luchamos con ellos?

—Para no matarles —replicó Doc—. ¡EA, muévase!

Los fugitivos ascendieron el monte en fila india y unos cuantos proyectiles saltaron en la espesura, mas debido a lo intrincado de la maleza no iban bien dirigidos y por consiguiente no les ocasionaron ningún daño.

Hardboiler, que avanzaba penosamente, con mirada torva, se puso al lado de Renny y le preguntó:

—¿Qué mosca le ha picado al hombre de bronce? ¿Por qué se niega a luchar con esos pájaros de cuenta? Con las ametralladoras que llevamos podemos quitar de en medio a unos cuantos.

—Es cuestión de principios-le dijo Renny con su voz retumbante —. Doc no ha matado jamás.

—¡Demonio! ¡Tratándose de Boke y de la banda que le sigue no hay escrúpulos que valgan! —exclamó el inspector.

—Calle y corra-le aconsejó el ingeniero —. Ignoro por qué quiere Doc que nos dirijamos a la cabaña pero, sin duda, tiene excelentes razones para quererlo.

El hombre de bronce no se había situado a la cabeza del grupo sino a la cola.

De vez en cuando descargaba la ametralladora de que se había apoderado, pero tiraba al aire. Su objeto era meramente retardar la persecución de que eran víctimas.

Era evidente que de esta manera llegarían a la cabaña antes de ser alcanzados por la banda. Monk llevaba en brazos al cerdo favorito.

Finalmente llegaron a la cima del monte y Hardboiler dio una vuelta en torno a la cabaña y bajando la vista contempló la

pendiente que se extendía más allá.

—¡Fuego del infierno! —rugió—. ¡En buen atolladero nos hemos metido!

Las laderas de la montaña bajaban en suave pendiente hasta el valle; su maleza rala y escasa no ofrecía refugio; y los mismos troncos de los árboles eran muy delgados; ninguno de ellos medía más de seis pulgadas de diámetro.

Doc no la prestó atención. Se hallaba estudiando el húmedo terreno en que estaba enclavada la cabaña. En él había huellas recientes. Tan recientes eran algunas que aun estaban llenas de agua y todos habían sido dejadas por los mismos pies a juzgar por la igualdad de tamaño.

El hombre de bronce subió al pórtico agrietado y penetró en el interior de la casa. Descubrió una habitación amplia, amueblada de toscos muebles, el más notable de los cuales era un banco lleno de alambres, trozos de metal y tubos de diversos tamaños.

A su extremo había una puerta cerrada. Detrás de ella sonó una voz.

—¡Apartaos de mí! —decía.

Monk, que se había colado en la habitación detrás de Doc, abrió mucho la boca y preguntó intrigado:

—¿Quién diantres se halla en esa habitación?

—Creo que debe ser el aniquilador del crimen-le contestó Savage.

—Bien, bien-gruñó Monk y cruzó la pieza. Con el hombro le dio un empujón a la puerta y a juzgar por la cara que puso esperaba derribarla. Pero se había mostrado optimista en demasía. La puerta no cedió. Estaba hecha de una madera gruesa y resistente.

—¡Salid de ahí! —le gritó la voz al otro lado.

El estampido de las armas de fuego y el silbido de las balas ahogaron aquellos gritos. AL propio tiempo se desprendieron y cayeron al suelo los cristales de la ventana con musical retintín.

Ham, Pat, Hardboiler y los agentes entraron en la cabaña.

—Tendeos en el suelo. Estos troncos van a convertirse en plomo.

Sin darse cuenta, al parecer, del peligro que corrían, Monk señaló con un movimiento del pulgar la cerrada puerta interior, que no había logrado derribar, y preguntó a Doc:

—¿Cómo sabes que está ahí dentro el aniquilador?

—Valiéndome del aparato localizador de direcciones-replicó Doc —. Me he servido de él en Nueva York.

—¿Y eso significa…?

—Que el arma empleada por el aniquilador es, simplemente, un aparato que emite emanaciones similares a las ondas ultra-cortas de un aparato de radio-dijo Doc —. Esas emanaciones producen un efecto irritante en las llamadas glándulas del crimen ocasionando una especie de envenenamiento parcial que provoca los espasmos mentales y una reacción particular de los músculos, que da por resultado el desencajamiento de las pupilas.

—Bueno, tendrás que explicarlo más claro para que yo lo entienda-gruñó Monk.

—En mi laboratorio de Nueva York-continuó diciendo Doc —, me serví de un localizador de tipo corriente y él me indicó esta comarca.

Monk ya no pudo más.

—Oye, Doc; ningún aparato de la clase a que te refieres es capaz de indicar esta cabaña-exclamó.

—No señalaba la cabaña, precisamente, sino esta dirección —corrigió Doc—. Lo demás lo he adivinado, ya que era lógico tomar la cabaña como punto estratégico.

Monk comenzó a decir:

—Pues yo no veo… —y guardó súbito silencio. Se humedeció los labios. En el suelo se incrustó un proyectil al saltar a la habitación desde el techo.

—¡Caramba! Se ha edificado esta cabaña…

Hardboiler le interrumpió gritando: —¡Eh! ¡Mirad! ¡Mirad!

Y el fuego cesó simultáneamente como si le hubiera hecho cesar el sonido de la voz del inspector.

Mas no se hizo el silencio. Por el contrario, al cesar el fuego le sucedió una espantosa gritería. Los gritos se convirtieron en chillidos y estos en escalofriantes alaridos.

Todos los ocupantes de la cabaña se dieron cuenta, a un tiempo, de que acababa de iniciarse un zumbido metálico que surgía, por lo visto, de la pieza cerrada.

Pat corrió a la ventana, los vidrios rotos crujieron bajo sus pies, y asomó la cabeza un instante; luego se retiró levantando los brazos horrorizada, había perdido el color.

—¡El aniquilador del crimen! —balbuceó con lengua estropajosa —. Se están muriendo ahí fuera. El mal parece retornar con más fuerza.

Doc se levantó del suelo y se arrojó contra la puerta de la habitación donde se originaba el zumbido.

La cerradura frustró sus intenciones como frustraron antes las de Monk. Él tornó a empujar, sirviéndose del hombro sano, golpeó con una silla. El sonido que le arrancaron los golpes le dijo por qué era tan sólida.

—Está forrada de metal-explicó a sus compañeros —. Probablemente la habitación ha hecho las veces de bodega o despensa.

Así diciendo se aproximó al banco de trabajo, le vació de golpe de los objetos en desorden que sostenía y le arrancó a continuación una de las grandes y sólidas planchas de madera que constituían su parte alta.

—¡Echad aquí una mano! —rogó a sus camaradas—. Tenemos que entrar en esa habitación para salvar a los bandidos de la muerte.

Monk, tan dispuesto de ordinario a llevar a la obra la menor sugerencia de Doc se hizo ahora el remolón. En pasadas ocasiones se había hecho sospechosa su sangre fría. Ham le acusaba de sanguinario. A la sazón miró por la ventana e hizo una mueca mas no se apartó.

Sin embargo, el espectáculo que veía tenía poco de agradable. Los hombres de Boke se hallaban muy cerca de la cabaña en el momento en que les sorprendió la epidemia y así puede decirse que la ventana habíase convertido en él palco proscenio del químico, desde el cual presenciaba aquellas muertes espeluznantes.

Enseguida localizó a Janko Sultman. El bandido había sucumbido ya y su cuerpo retorcido estaba debajo de un árbol. Al sorprenderle la muerte les había ocurrido a sus cabellos una cosa singular.

Súbitamente habían perdido la lozanía que los mantenía rizados y estaban tan lacios como si se hallaran desprovistos de vida.

Después Monk descubrió a Boke. La mente directora de la banda de criminales se había colocado bastante detrás de ella, fuera del alcance de las balas, posición que frecuentemente ocupan muchas

mentes directoras.

Pero, con ello, no había conseguido substraerse a la venganza del aniquilador del crimen.

Boke se tambaleaba al avanzar por la pendiente; gritando, se abofeteaba el semblante. De un tirón se quitó el tapabocas que le servía de antifaz, luego cayó al suelo y ya no volvió a moverse.

Monk alargó el cuello cuanto pudo para verle la cara y lanzó un resoplido.

No era aquel el semblante del jefe de una banda de gangsters. Tenía las facciones muy delicadas y una tez fresca como los pétalos de luna rosa.

Ningún ser depravado podía mirar aquella cara y tener por señor a su dueño.

Ahora se comprendía por qué la llevaba siempre cubierta.

Boke y el afeminado Lizzie eran una misma persona. Probablemente no lo había sospechado Sultman jamás y ello explica que se descubriera su doble juego. Pues, ostensiblemente, Lizzie era miembro de la banda de Sultman.

Varios agentes asieron la plancha que le habían arrancado al banco.

Retrocedieron con ella a la puerta cual animado ariete. La puerta cedió con un gemido. Una segunda arremetida la hizo ceder un poco más. Y cayó con estrépito a la tercer acometida.

Doc Savage cruzó los umbrales. La habitación estaba a oscuras ya que carecía de ventanas. Pero alguien se movió en uno de sus ángulos. El hombre de bronce se soslayó en las tinieblas.

—¡Atrás! —exclamó de repente; y se lanzó adelante.

En el rincón más remoto de la pieza estaba agachado, un ser humano sobre un montón de objetos desparramados por el suelo.

Había allí casi una caja entera de dinamita unida a una batería y a los hilos que de ella surgían; también había un fonógrafo pequeño del tipo que ahora se ha puesto a la venta.

Este aparato puede enchufarse a un circuito de la luz eléctrica y con ayuda de un micrófono se usa para impresionar placas que pueden volverse a tocar repetidas veces.

Doc desconectó apresuradamente los alambres del explosivo mientras el ocupante de la habitación colocado frente a él lanzaba, insensato, agudos gritos.

Monk entró pesadamente con Renny pegado a sus talones. Ambos miraron la figura lastimosa del aniquilador del crimen.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny con su voz de trueno.

Y Monk, señalando el explosivo y el fonógrafo, dijo:

—Así fue como simuló su muerte en la barca. Salió de ella antes de nuestra llegada y dejó asegurado un rifle a la puerta de madera que se disparara en cuanto se quisiera abrir el laboratorio. Entonces el fonógrafo dejaría oír su voz y se produciría la explosión. Por lo visto, pensaba hacer lo mismo aquí.

Sacudió con lento movimiento la cabeza y agregó:

—Pero ¿por qué?

Ham, que acababa de llegar dijo con acento de sarcasmo:

—Si tú hubieras sufrido como él, orangután, te hubieras conducido de manera tan extraña.

Entonces todos se sumieron en la contemplación del aniquilador de criminales, en su cuerpo atormentado, maltrecho por tortura, lleno de vendajes, y no les fue difícil comprender su empeño de librar a la sociedad de malhechores.

—Han matado a mi hermano-murmuraba el infeliz —. ¡Malditos, malditos sean! ¡Yo les atraparé!

¡El aniquilador era Sydney Lorrey!

CAPÍTULO XVIII

MONK APROVECHA LA OCASIÓN

AL otro lado de la habitación ocupaba todo el testero de la pared una mesa y sobre ésta aparecía una serie tremenda de aparatos eléctricos. Debajo de la mesa continuaba lanzando el zumbido una dinamo eléctrica.

—El aparato productor de la muerte con las pupilas desencajadas-murmuró Ham. Y le lanzó una ojeada.

Doc Savage hizo un gesto de afirmación.

—Sydney Lorrey era, y es, un sabio cirujano que se interesaba por la terapéutica mental en cuanto se halla sometida a la influencia de varios rayos luminosos e infrarrojos-dijo el hombre de bronce —. Recuerdo haberle oído decir a Roberto que Sydney trataba de perfeccionar un tratamiento nuevo, de la llamada glándula del crimen, tratamiento que excluiría el uso de drogas.

El hombre de bronce señaló el intrincado laberinto de aparatos eléctricos.

—Es posible que Sydney Lorrey no se diera cuenta en principio de que su aparato estaba matando criminales. Situado como estaba en el laboratorio, instalado en la barca y operando de continuo en algún trozo de tejido animal. Más adelante, al constatar por sí mismo los efectos de su invento fue cuando se daría cuenta de su alcance.

—Y comprendería asimismo que disponía de un arma eficaz-insinuó Ham.

Monk interrogó señalando a Lorrey:

—¿Qué vas a hacer con él?

Doc se acercó a Sydney. Este retrocedió en un principio pero, influido por las palabras tranquilizadoras del hombre de bronce se

sometió a un examen.

—El dolor le ha vuelto loco accidentalmente —dijo Doc al cabo —, pero, recobrará la razón así que lleve algún tiempo descansando y esté sometido a un tratamiento adecuado.

Monk murmuró con acento pausado:

—¡Me alegro en el alma!

Hardboiler rondaba en torno de ambos como si tuviera algo en el pensamiento y no supiera si debía decirlo o no decirlo.

Como sorprendiera fija en él la mirada de Doc Savage le hizo una seña y ambos salieron al porche.

Hardboiler le indicó a Doc el área de bosques incluida en el alto vallado.

—¿Qué es lo que hay ahí dentro? —le preguntó—. Desde luego debe ser algo de extraordinaria importancia, pero no caigo en lo que pueda ser.

Doc contempló un instante al rudo Inspector de policía. —Lo que acaba de decir-repuso al cabo con seco acento—, es un embuste de los más grandes. De la charla de Boke tiene que haberse formado una idea muy aproximada de lo que encierra esa cerca.

Hardboiler meneó la cabeza.

—No he oído nada-dijo.

Doc Savage le tendió la mano.

—¡Gracias! —exclamó—. Usted no sabe cuantisimos disgustos y sobresaltos me acarrearía el descubrimiento de esa institución.

—Tengo unos cuantos amigos íntimos-confesó el inspector a Doc —, a los cuales me agradaría encerrar ahí dentro… si les atrapo. ¿Querrá admitirles… como un favor especial?

El hombre de bronce se sonreía en raras ocasiones pero en aquel momento lo hizo.

—Con muchísimo gusto-contestó al inspector.

Hardboiler volvió a preguntarle:

—¿Qué va a hacer de todo lo que contiene la cabaña incluyendo los aparatos eléctricos?

—Pienso destruirlos —repuso Doc Savage.

—¿Por qué? —Hardboiler pareció disgustarse mucho—. Piense en lo bien que nos viene para desembarazarnos de los criminales.

Doc inquirió:

—¿Cuándo un hombre es atacado de las viruelas le mata usted?

—¡Oh, no! Me apresuro a llamar a un médico.

—¡Justamente! Pues bien: esto explica por qué voy a destruir el aparato inventado por Lorrey.

El hombre de bronce recogió un fragmento de la silla de que se había servido poco antes para echar abajo una puerta y entró en la habitación interior de la cabaña. Con la vista recorrió los aparatos allí reunidos hasta que se le grabaron bien en la memoria.

En el futuro podía servirle de algo su recuerdo.

Ante todo paró el motor y luego valiéndose del pedazo de la silla rota comenzó a aplastar tuberías y deshacer los intrincados rollos de alambre. Los tubos estallaron sembrando el suelo de cristales.

Quedaron cascadas las delicadas materias aisladoras y arrancados los condensadores de los cuales se desparramaron hojas de finísimo metal.

Doc llevó cuidadosamente a cabo su obra destructora, gastando en la tarea cinco minutos y cuando la hubo terminado y se apartó de la mesa asomó Monk la cabeza por la puerta.

Señalando el aparato o mejor dicho lo que restaba de él, preguntó a Savage.

—Bueno ¿está ya destrozado ese chisme?

—Lo está —le aseguró Doc.

Monk se pasó la lengua por los labios. Sus facciones reflejaron infinito contento y se retiró de la puerta.

Unos treinta segundos más tarde sonó un espantoso alarido, seguido de voces, gruñidos, y el fragor de una lucha terrible.

Luego Ham dobló una esquina de la cabaña. Venia corriendo con toda la velocidad de sus piernas, había perdido la chaqueta, la camisa y traía destrozado el resto de la ropa como si le hubiera sorprendido un huracán.

Monk corría detrás de él, persiguiéndole, y sus manos destrozaban todavía las prendas arrancadas al abogado.

—¡Socorro! —gritó este último—. ¡Volved a poner en movimiento el aparato aniquilador!

—¡No es flojo movimiento el que vas a llevar tú ahora! —gruñó Monk—. ¡Música, maestro!

FIN

Título original: *The Annihilist*